Yatareni - Volumen 1

Omar Ramirez Ramirez

Capítulo 1

Dedicatoria

A la verdadera Mayra, la que inició esta historia un 17 de septiembre de 2011.

Donde sea que te encuentres, gracias.

Capítulo 2

Prologo

Hay una novela que tiene poco tiempo de haber llegado a los anaqueles de las librerías y que, sin embargo, ha logrado cosechar una popularidad un tanto inaudita, tratándose de un escritor que, hasta ese momento, era completamente desconocido.

Aquella novela llama poderosamente la atención gracias a su peculiar nombre, el cual evoca al lugar en el que se suceden los hechos narrados en ella. Y en su portada aparece la figura de la protagonista femenina, una tímida chica ataviada con un vestido negro estilo victoriano y una capa roja como su rasgo más llamativo. Y justo ahora, se llevará a cabo una firma de autógrafos del autor en un importante centro comercial de la capital. Ni siquiera la fuerte lluvia que se avecina ha impedido que se formen largas filas para obtener un ejemplar autografiado.

Pues bien, querido lector, esa novela de la que hablo fue escrita por aquel que te dirige la palabra. Hay algo de realidad en la ficción, así como también algo de ficción en la realidad. Dicen que los escritores podemos crear universos enteros de la nada pero esto no es del todo cierto, siempre hay un antecedente, un mundo real que siempre existió previo a este.

Y es en este relato en el que hago un pequeño repaso de aquel mundo primigenio, que dio vida aquel otro mundo que ahora yace en las estanterías de las librerías más importantes de la república. Es una historia fantástica, pero no porque aparezcan dragones, hechiceros o superhéroes, sino porque en ella se narran historias de la vida cotidiana, y son muchas veces aquellos relatos las que nos parecen más mágicos que las historias de fantasía.

Pero eso, querido lector, lo descubrirás al leer estas páginas. En un remoto pueblo pequeño de la provincia mexicana cuya ubicación en los mapas no es muy precisa, hubo una vez una chica ataviada con un vestido negro y una capa roja. Hubo también una chica idéntica físicamente a ella, aun sin ser de su familia. Hubo, además, un grupo de chicos aficionados al anime. Y también hubo un pasante de arquitectura que un buen día llegó a este pueblo sin mucho que esperar de él. Y no se decepcionó.

Esta es la historia de todos ellos. Su historia.

Capítulo 3

Uno

Acompañé a mi madre a su pueblo natal, Yatareni porque ella necesitaba realizar unos trámites con relación a su acta de nacimiento.

Ahora que ya todo se está haciendo virtual, se digitalizan todos los documentos y papeles importantes, pero para las personas que aún no cuentan con ella, tienen que dirigirse al lugar donde nacieron a que les entreguen un acta certificada para que esta pueda agregarse a la base de datos.

Mi madre decidió aprovechar las vacaciones de Semana Santa para poder "escaparse" unos días y poder hacer el trámite ya que el acta antigua que tenía ya no le es válida y forzosamente tuvo que venir aquí a sacar la nueva.

Y como dije antes, esto hizo que ella volviera a su pueblo natal.

Yo era el único disponible para acompañarla, porque mi hermana, aunque también está de vacaciones, quiso aprovechar para entrenar para un torneo de futbol en que participará pronto.

Ella juega futbol, por cierto.

Y en cuanto a mi padre… pues, prefiero no hablar de ese tema.

No tenía ganas de acompañarla. Prefería pasar mis vacaciones viendo anime.

Esta semana se estrenaría un nuevo anime de un género que me gusta mucho. Los llaman isekais. Son animes donde un protagonista de nuestro mundo es enviado a otro, por lo general, de temática fantástica a tener diversas aventuras.

Pero yo era la única persona que podía acompañarla, así que tuve que ir, ni siquiera tenia caso quejarme.

Aunque, por otro lado, también debo admitir que me causaba un poco de curiosidad conocer el pueblo donde nació mi madre. Jamás he ido, pero ella siempre habla de él, casi siempre de manera melancólica. Y aun así se le ve feliz. Supongo que la invade la nostalgia.

Cuando habla de Yatareni, siento como si me estuviera contando acerca de un pueblo desierto, solitario y triste donde nadie tiene esperanza, y también donde nunca pasa nada. Por eso mismo, antes no me llamaba la

atención conocer ese lugar. Pero, eventualmente, en algún momento tenía que ir.

Creo que su infancia en aquel lugar fue dura.

Y es de esperarse, porque, para empezar, ella ni siquiera se crio con sus padres.

Mi madre fue producto de una relación pasajera entre su madre y un tipo que la dejó cuando ella iba a dar a luz. Cuando ella nació, mi abuela materna encontró a otra persona con la que se juntó, pero esta persona le impuso la condición de que tenía que deshacerse de la niña, y entonces mi abuela materna dejó a mi madre con sus abuelos.

Aunque mi madre se crio con sus abuelos, creo que al final fue lo mejor, ya que siempre que habla de ellos se le iluminan los ojos, como si le llegaran a la mente muchos bonitos recuerdos. Solo cuando habla de ellos, Yatareni parece ser otro pueblo completamente diferente.

Creo que la querían demasiado.

Pasaron cuatro horas y el camión en el que viajábamos comenzó a internarse en la sierra. Los caminos se hacían cada vez más empinados y el vehículo vibraba por los caminos de terracería, además todo comenzó a cubrirse de un verde tupido, gracias a la vegetación abundante.

Y finalmente, ella me mostró el pueblo.

—Ahí es —dijo señalándome con el dedo—. Yatareni.

Lo que mi madre señalaba era una torre de iglesia que sobresalía entre techumbres de color rojo en su mayoría, que a su vez destacaban entre densa vegetación. Conforme nos acercábamos, aparecían cada vez más.

Yatareni es un pueblo bastante pequeño. Aquí predominan las casas de adobe con teja roja o de techo de lámina, ya sea de asbesto, de aluminio o de cartón. Es raro encontrar una casa hecha con ladrillos y concreto. Las calles no están pavimentadas, están cubiertas de piedras de rio redondas. La práctica totalidad de la gente lleva sombrero o rebozo, en el caso de las mujeres, y todavía algunos caminan con huaraches. Según me explicó mi madre, todavía hay gente que habla náhuatl. Incluso creo que ella sabe un poco.

Por ahí veo pasar un hombre viejo con una yunta de bueyes y otro en compañía de un burro que usa para cargar costales de lo que parece ser abono. Pasamos por el parque central, donde hay una explanada repleta de árboles y en el centro, un kiosco. Ahí puedo ver varios niños jugando y

corriendo por todo el lugar.

Mi primera impresión de Yatareni fue similar a un pueblo colonial como Taxco o Guanajuato.

El camión se detuvo en la parada y mi madre y yo descendimos.

—Nos quedaremos esta noche con tu tía —señaló—. Y mañana iré a la cabecera municipal a sacar el acta.

A la tía de la que ella hablaba tampoco la conocía, o, mejor dicho, no la recordaba. Parece ser que es su prima, o eso supongo. Creo recordar vagamente que mencionaba a una prima que vivía aquí y que jugaba con ella cuando eran niñas.

Seguimos caminando por aquellas calles empedradas, hasta que llegamos a una parte del pueblo donde no había tantas casas como en el centro. A partir de ese punto, las casas se dispersaban más hasta perderse entre la vegetación de los cerros.

La casa de mi tía estaba en la periferia del pueblo, por decirlo así. Era la ultima de la mancha urbana. Mas allá, empezaban las viviendas dispersas entre los cerros y la vegetación.

No era tan grande a primera vista, aunque al inicio no vi toda la extensión de la misma, pero me sorprendió un poco que la casa de mi tía fuera de esas pocas que estaban construidas con concreto.

Mi madre tocó el timbre y una mujer de baja estatura salió a recibirnos. Aunque llevaba también un rebozo, toda su ropa en realidad era más "citadina". Si no fuera por aquel rebozo, hubiera pensado que era de la ciudad.

—Oh ya llegates —exclamó mi tía usando un acento pueblerino mientras abrazaba a mi madre.

—¿Y este es Eliseo? —preguntó al verme—. Ya está regrandote.

Ahora que la veo, recuerdo haber visto a esta señora en fotografías antes, pero no sabía entonces quién era. Pero ella me conoce bien. Su nombre era Julia, y en cuanto lo escuché, me llegó algo a la memoria, pero no pude interpretarlo.

—Si, Eliseo ya ha crecido bastante —respondió mi madre—. Ya está por terminar su carrera.

A veces mamá suele hablar de más, diciendo cosas innecesarias antes de

tiempo.

Mi tía nos hizo pasar a su casa, la cual ahora se veía mucho más grande que por fuera, y esto más que nada por el patio que era enorme.

Vi por ahí algunas gallinas corriendo espantadas al vernos. Por otro lado, un perro dormía en una casita de madera improvisada, ropa secándose al sol en un tendedero y hasta el fondo, la casa de mi tía en sí, que era más chica que el resto del terreno y también hecha de concreto, aunque había un cuarto aledaño que estaba hecho de madera y de donde vi salir un poco de humo.

Y detrás de la casa, otra extensión de terreno dos veces más grande que la casa donde habían cultivadas algunas hortalizas. Ahí sembraron maíz, alfalfa, haba y había también algunos árboles frutales. Predominaban los manzanos y las nueces.

De una grabadora puesta en el borde de una ventana, sonaba la canción "Perfume de gardenias"

Entramos a la casa y dejamos nuestras cosas en un sillón que mi tía nos indicó.

—¿Queren comer algo? —nos preguntó mi tía sondando muy amable—. Seguramente han destar hambrientos.

—De hecho si —respondió mi madre—. Pero déjame ayudarte, ¿Qué vas a preparar?

Un rato después, la comida ya estaba servida y los tres nos sentamos a almorzar.

Fue algo impresionante. Jamás había percibido el aroma de unos frijoles refritos que olieran tan bien. Estaban revueltos con huevo, de las gallinas que mi tía tiene. Acompañamos la comida con unas tortillas azules hechas a mano, aunque, de hecho, son verdes, pero son más grandes y más gruesas que las que conozco, que están hechas industrialmente.

Asimismo, mi tía preparó agua fresca de manzana, también de su huerto. Juro que fue el agua mas deliciosa y refrescante que he probado en mi vida. He escuchado que la comida de campo sabe más deliciosa, pero no me imaginé que tanto. Todo sabia muy rico.

Creo que después de todo, no fue tan mala idea haber venido aquí.

Capítulo 4

Dos

Durante la comida, como debí suponerlo, ya que mi madre tenía años sin venir aquí, la conversación entre dos amigas que llevaban mucho tiempo sin verse no se hizo esperar.

Y como yo salía sobrando, me limitaba únicamente a escuchar todo lo que decían.

Mencionaban nombres de tíos, abuelos y otros parientes que jamás en mi vida conocí, porque la mayoría o vivían lejos o ya estaban muertos. Cuando querían introducirme a la plática, era para comentarme alguna anécdota que ellas vivieron de niñas, algo que quizá ahora les daría risa, pero que en aquel entonces era algo serio o vergonzoso, y acto seguido, volvían a ignorarme.

Pensar que la plática comenzó por el acta de mi madre.

De todos modos, mi tía se ofreció a acompañar a mi madre a ver aquel asunto por la mañana. Ahora ya era un poco tarde, el sol se estaba ocultando y comenzó a soplar un fuerte frio, uno muy intenso.

Ya que Yatareni era un pueblo situado en la sierra, debido a que estábamos a mayor altitud, el frio aquí resentía aún más.

Mamá mencionó que planeaba quedarse más días en el pueblo. Había pasado bastante tiempo desde la ultima vez que vino, así que quería recordar viejos tiempos.

Y también quería visitar el panteón donde estaban sus abuelitos.

Mi tía sugirió entonces algunos lugares de interés en Yatareni. Por ejemplo, una vieja hacienda de la época revolucionaria que yace abandonada a las afueras del pueblo.

Ella comentó que, durante la revolución, los hacendados ricos escondían su dinero, joyas y demás pertenencias valiosas, ya que era común que las tropas revolucionarias saquearan haciendas en busca de recursos para la guerra.

Y pues, muchos de esos “tesoros” siguen ahí escondidos, o eso dice ella.

Ella pasó por esa hacienda unas semanas antes y comentó que el recinto está lleno de agujeros por todas partes, desde las paredes hasta el suelo,

ya que aún siguen buscando el “tesoro”

Contaron muchas otras anécdotas, pero la que llamó mi atención fue la siguiente:

Mi bisabuelo, el que crió a mi madre, cuando era un niño, estaba sentado a la sombra de un árbol cuidando un rebaño de ovejas, cuando, a lo lejos, pudo ver a varios revolucionarios a caballo moviéndose a gran velocidad.

Él se escondió detrás de un árbol y observó todo desde ahí.

Acababan de conseguir, es decir, robar un botín muy grande y planeaban esconderlo bajo tierra, algo así como los piratas de los cuentos infantiles.

Después de cerciorarse de que nadie más los estuviera observando, cavaron un agujero en el suelo y escondieron una caja enorme, seguramente repleta de dinero y joyas, y después se alejaron.

Mi bisabuelo siempre recordó el lugar exacto donde lo enterraron, e incluso, tiempo después plantó una mata de aguacate cerca de ahí para que no se le perdiera la ubicación.

Siempre quiso desenterrar el tesoro, pero nunca encontró a alguien que lo ayudara ya que no mucha gente le creía aquello, pero más que nada, era por miedo, o alguna clase de superstición.

Y esto lo digo porque, cuando mi madre y mi tía cambiaron el tema de la plática de anecdótica a sobrenatural, entendí a lo que se refería.

La gente, no solo de Yatareni, sino de todos los pueblos como este, que, por lo general, permanecen aislados de las grandes ciudades, tienen su propia idiosincrasia, sus costumbres y tradiciones intactas, a veces por siglos, y en muchas ocasiones incluso siguen creyendo en cosas sobrenaturales.

Por la manera en la que mi tía lo narraba, me hizo darme cuenta de que toda la gente cree en esas cosas como si fueran una verdad absoluta que no necesita demostrarse, como algo cotidiano. Y eso hizo que yo también me terminara convenciendo de que todo lo que decían era verdad.

Parece ser que aquí suceden a menudo eventos paranormales, desde un alma en pena que vaga por ahí en busca de descanso eterno, hasta lugares embrujados donde el tiempo pasa más rápido dentro que afuera.

Muchas veces estas almas en pena estaban en la Tierra porque no pudieron entrar al cielo debido a que dejaron asuntos pendientes aquí, y entonces tienen que pedir ayuda a los vivos, indicándoles un lugar donde hay escondido un tesoro, el cual le es ofrecido a algún incauto que se

haya encontrado con esa alma, con la condición de que le sean pagadas una cierta cantidad de misas por el descanso de esa alma para que finalmente pueda entrar al cielo.

Pues bien, eso le sucedió a una señora hace muchos años, le dieron el plazo de un año para que pagara 80 misas por un alma que estaba en el purgatorio, pero ella no lo hizo, terminó despilfarrando todo el dinero para sí misma y como castigo, cada vez que entraba a una iglesia salía muy lastimada, como si la hubieran golpeado.

También, supuestamente, estos tesoros están malditos, ya que mi tía contó que otra mujer, había encontrado uno de esos tesoros cuando una serpiente gigantesca le indicó el camino, aunque según ella, la serpiente se convirtió en el tesoro. Y cuando ella abrió la caja con todo el oro, quedó ciega instantáneamente.

Me puse a pensar en ello y llegué a la conclusión de que la supuesta "maldición" no es más que vapores tóxicos que sueltan los metales de las monedas y joyas antiguas, cuando permanecen muchos años bajo tierra y se oxidan. Eso pudo haberle provocado la ceguera.

Me imagino también que por eso mi bisabuelo estuvo pensando muchos años si sacaba aquel tesoro.

Y con respecto a aquellos lugares "encantados" ella comentó sobre un cerro que esta junto a Sayula, la cabecera municipal. Se dice que allí hay una cueva donde una vez un hombre hizo un pacto con el diablo, y que, en esa cueva, si alguien entra, el tiempo pasa de manera distinta que, en el exterior, de manera que, aunque se permanezca pocos minutos dentro, afuera habrán pasado varios años.

Hasta que finalmente mi tía encontró la forma de introducirme en la conversación.

Me preguntó mi edad, ya que, según ella, la última vez que me vio, tenía poco más de dos años de edad. Naturalmente no recuerdo nada de eso.

Respondí que tengo 22 años, que estudiaba la carrera de arquitectura y que ya estaba cursando el último semestre.

—Si todo sale bien —comenté un poco inseguro—. Espero terminar la carrera en agosto de este año, en cuatro meses.

—¿Y porque no, cuando acabes te vienes a trabajar aquí? —soltó mi tía de

golpe.

—¿A-aquí? —hablé con una voz entrecortada.

—Hay aquí en el pueblo un arqui —comentó mi tía—. Tiene su despacho y todo, como es el único de los alrededores me imagino que ha de tener harta chamba.

—No es mala idea —intervino mi madre—. Así podrías ganar algo de experiencia antes de entrar en una empresa más grande.

—Pero para eso tendría que quedarme a… —titubeé porque pensé que lo siguiente que diría podría malinterpretarse—. vivir aquí un tiempo ¿no?

—Eso es lo de menos —mencionó mi tía bastante despreocupada—. Te puedes quedar aquí conmigo, solo estoy yo, aunque tu tío regresa en un mes del gabacho, aquí hay espacio pa´ que te quedes.

Las dos siguieron conversando sobre la posibilidad de que me quedara a trabajar, y, por ende, vivir en Yatareni cuando acabara mi carrera. A medida que seguían hablando, la posibilidad se hacía más real.

No niego que es un pueblo muy bonito, y si lo comparo con la ciudad de México, que es donde vivo, aquí no hay contaminación, hay más contacto con la naturaleza, la vida es más sencilla. Viéndolo bien, no hay mucha diferencia entre un lugar como este y los paisajes rurales de Japón. He visto tantos animes que transcurren en el campo japonés que, tan solo esa idea, fue la que me dio el primer impulso para quedarme aquí.

El problema es que, creo que me voy a aburrir, porque al parecer, aquí no hay nada con que entretenerme. No hay cines, no hay salas de videojuegos, no hay centros comerciales, y no sé qué haré en mis ratos libres.

Honestamente, no me agradó mucho la idea de mi madre y mi tía, pero no quise contradecirlas, sobretodo porque la que parecía más emocionada con esa idea era mi tía precisamente. Así que, cuando mi madre confirmó que vendría a trabajar a Yatareni dentro de cuatro meses, acepté sin más.

Creo que estaré bien siempre y cuando encuentre algo con que entretenerme.

Capítulo 5

Tres

Esa noche, mientras caía una ligera llovizna, mi madre y mi tía decidieron que al día siguiente las dos irían a Sayula para ver lo del acta de nacimiento de mi madre. Yo no las acompañé. Me pidieron que me quedara en la casa para cuidarla, ya que no había nadie más.

Aunque, de todos modos, mi tía me sugirió que, si quería, podía dar unas vueltas por el pueblo para conocerlo y familiarizarme con él. Considerando que dentro de cuatro meses me quedaría a vivir aquí, sería lo ideal.

Y así fue, cuando desperté, ellas ya se habían ido. Me dejaron pan y café con leche para que desayunara.

Después de comer, ya no supe qué hacer.

Permanecí unas dos horas en la casa, intentando entretenerme primero con la televisión, pero no había muchos canales, y definitivamente no encontraría uno que trasmitiera anime. Además, se trataban de canales locales que hablaban de temas referentes a todo el municipio de Sayula y los alrededores, como, por ejemplo, la noticia de una minera canadiense que quería asentarse en esta zona.

Apagué la televisión, seguí la sugerencia de mi tía y salí a conocer Yatareni.

Traté de no alejarme tanto de la casa de mi tía para no perderme, ya que, aunque el pueblo es pequeño, aún no lo conozco del todo, así que sólo traté de recordar por dónde me movía.

Al igual que el día anterior, también estaba nublado. De hecho, estaba más nublado que ayer. No lo comenté en su momento porque pensé que el cielo se despejaría en poco tiempo, pero hoy, eso definitivamente no pasaría. La cantidad de nubes grises en el cielo me indicaron que la lluvia era inminente.

¿Qué tan aburrido tendría que estar en casa de mi tía para que prefiriera salir a las calles con la amenaza de una fuerte lluvia?

Hablando de lluvia, mi tía mencionó que, por la ubicación geografía, aquí en Yatareni siempre hace frio y llueve incluso en verano.

No tengo problemas con la lluvia, me agrada un poco la lluvia, pero el frio

es otra cosa.

Y me puse a recordar lo que mi tía dijo acerca del frio del pueblo y de cómo se ponen las cosas aquí en diciembre. Ella comentó que en aquellas fechas hace tanto frio que a veces hasta llega a caer hielo y algo de nieve que, a veces, destruyen los cultivos o los animales de granja se mueren de frio.

Me emocioné cuando dijo que caía nieve hasta que me sacó de mi fantasía: no nieva como lo hace en, por ejemplo, Japón o Estados Unidos, sólo aparece hielo en las plantas y algo de nieve acumulada a los lados de los caminos. Nada de mantos blancos ni muñecos de nieve.

Supongo que cuando venga traeré mucha ropa abrigadora.

Se me ocurrió primero caminar al centro del pueblo, donde hay un parque y en el centro de este, un kiosco. La parte más poblada del pueblo.

Como es un pueblo pequeño, me imagino que no debe de haber muchos habitantes. Hice un rápido cálculo, tomando en cuenta todas las casas y la extensión de la mancha "urbana" que había visto desde que llegué y calculé que Yatareni no debía tener más de 2000 habitantes.

Lo cierto es que esa cantidad era una cifra muy alta para pueblos como este.

En la plaza central del pueblo había mucha gente yendo a todas partes, había también puestos de comida, de ropa, y de mercancía diversa.

Un tianguis que dominaba una de las calles laterales de la plaza, donde la gente se juntaba a comprar de todo.

Por la plaza también caminaba un hombre con un árbol de algodones de azúcar, otro señor de avanzada edad empujando un carrito de helados de los antiguos mientras sonaba su corneta. Niños jugando en el kiosco, otros más comprándole globos a un señor…

Muchas mujeres llevaban a sus niños de meses de edad en rebozos que ataban a sus espaldas, otros llevaban jaulas hechas con juncos, llamados jacales, donde tenían encerrados a animales de corral, conejos, gallos, que llevaban a vender… o a comerse.

Algunos hombres transitaban por las calles a caballo, compartiendo camino con los pocos automóviles que pude ver, y si no eran automóviles, eran tractores los que pasaban por ahí.

Y yo diría que, por lo menos un 95% de todas las personas que vi llevaban

sombrero. Hasta los niños.

Era un pueblo lleno de vida en más de un sentido. Y curiosamente, la amenaza de la lluvia no parecía apresurarlos.

Ya deben estar acostumbrados a eso.

Otra cosa curiosa de este lugar, es que todos, aunque no me conocían, me saludaban con un "Buenos días", ese tipo de cosas no se ven en la ciudad así que al inicio me incomodó un poco, pero les devolví el saludo.

Y cuando digo que todos lo hacían, eran todos, desde los más viejos hasta los niños, o chicos de mi edad. Todos me saludaban.

Decidí alejarme del centro, y, para no perder el camino hacia la casa de mi tía, regresé por donde había venido.

Desde donde estaba pude ver que la casa de mi tía, junto con otras, estaba situada delante de uno de los tantos cerros llenos de vegetación que rodean el pueblo, en la frontera "urbana", tal y como lo mencioné antes.

Y se me ocurrió entonces subir a aquel cerro para poder ver todo el pueblo desde arriba. Total, el cerro no parecía ser tan alto.

Cuando ya estaba por llegar a la cumbre, la lluvia se soltó repentinamente. Como ya había recorrido un tramo considerable, pensé que no sería práctico volver corriendo a la casa de mi tía y decidí subir más rápido para buscar refugio en la cima, ya que desde abajo había visto que en la cima del cerro abundaba más la vegetación. Así que apreté el paso.

Y tal y como lo vi, así fue.

En la cima había aún más árboles, de toda clase de tamaño y especie. De cierto modo parecía una selva. Al adentrarme un poco, la lluvia ya no me caía encima, debido precisamente a la abundante vegetación.

Y fue cuando la vi.

Una vieja construcción abandonada.

Una pequeña iglesia, quizá una capilla, de estilo arquitectónico románico, o eso supuse, que se erguía entre toda la vegetación que la estaba ahogando, aunque por lo menos la entrada parecía estar libre.

No debía tener más de veinte metros cuadrados de extensión y unos cinco de altura tomando en cuenta el campanario que yacía relativamente

intacto, el punto más alto de la iglesia.

Estructuralmente se veía estable, aunque presentaba algunas grietas menores, salvo el techo, con algunos vestigios de loseta que presentaba algunos agujeros. Casi todo se había caído y solo quedaba una porción de la estructura de madera que la sostenía.

Si el agua no entraba, era por la vegetación y no por la existencia de un techo.

Y decidí entrar para refugiarme.

La planta de la iglesia tenia forma de cruz, pero sus "brazos" eran mas anchos y cortos, y en la parte trasera, una tercera saliente delimitada por una pared curva. Ahí donde, en otra época, debió haber estado el altar.

Algo de luz entraba por las pequeñas ventanas que estaban distribuidas a lo largo del cuerpo de la iglesia, pero no era suficiente como para iluminar el interior.

Supuse que debía tener por lo menos unos tres siglos de haber sido construida, aunque solo eran palabras. No tenía ni la menor idea de saber cuánto tiempo tenia de existir, pero, definitivamente, pasaba de los cien años.

También supuse que debía haber sido abandonada hace por lo menos unos 40 años, considerando su estabilidad y su deterioro, que, aunque hubiera pasado mucho tiempo, la capilla seguía firme gracias a los materiales con que fue construida.

Adentro no había nada más que basura, desde envolturas de alimentos y botanas que llevaban años de estar ahí, hasta algunas más recientes. Incluso, al notar otro tipo de "basura" adiviné que ese lugar en ocasiones también era usado como sanitario. También había rastros de lo que pudieron haber sido bancas de madera o trozos de piedra que podrían haber pertenecido a una pila bautismal.

El suelo presentaba un decorado de azulejo aunque era casi imperceptible debido al polvo acumulado y también a la basura ya mencionada.

Quizá no soy el primero que usa esta iglesia como refugio.

Echando un vistazo a la lluvia que caía afuera, me di cuenta que, desde ahí, donde estaba parado, era posible ver todo el pueblo y por primera vez tuve una idea de su tamaño.

Volví a la iglesia, a seguir analizándola mentalmente, a tratar de adivinar todo sobre ella, ¿Quién la pudo haber construido? ¿Cuánto tiempo podría

tener? Me causaba mucha curiosidad.

Últimamente cosas como esas las hago inconscientemente, todo por la carrera que estoy estudiando.

Estaba ensimismado en esos pensamientos, hasta que una voz que provino detrás de mí me trajo otra vez a la realidad:

—¿Quién eres y que haces aquí?

Al voltear, vi a la persona que me dirigió esas palabras. Una chica de cabello largo y suelto empapado por la lluvia en las puntas ya que aún le escurría agua.

Usaba un vestido negro, parecido a los que usan las lolitas góticas, y cubría su cabeza con un gorro que pertenecía a una especie de caperuza color rojo oscuro que cubría gran parte de su atuendo. Digamos, como la caperuza de la Caperucita Roja, solo que más largo ya que le llegaba hasta las rodillas, lo cual daba la apariencia de una capa como la de los superhéroes de los comics americanos.

Llevaba consigo una mochila con un personaje de anime que no pude identificar, y dentro llevaba, supongo, algunas herramientas porque pude observar asomándose por ahí una soga, y unas tijeras gigantes, como las de jardinería.

Tenía una mirada fría y perdida, como si, aunque sus ojos me estuvieran enfocando, no me mirara a mí. Era tan fría como las palabras que me dirigió y como el ambiente que nos rodeaba.

Y me estremecí, pensé que este lugar era propiedad privada y lo estaba invadiendo sin permiso. Ni siquiera me sorprendí por el extraño atuendo de la chica, al menos no de momento.

Capítulo 6

Cuatro

Me quedé helado por la manera de hablarme de aquella chica, así que tardé un poco en responder.

—Yo… lo siento —me excusé—. No sabía que este lugar era propiedad privada… solo me quería refugiar por la lluvia, p-pero si te molesta, me voy…

—No es propiedad privada —respondió secamente—. Pero no importa, puedes quedarte en lo que pasa la lluvia.

Esto último lo dijo después de dar un suspiro que, aparentemente, no quiso hacer tan obvio. Creo que no le agradó encontrarme ahí. Imagino que esta iglesia debe ser una especie de escondite para ella.

Porque sí se notaba que de mala gana aceptó que me quedara.

Ella entró a la iglesia y se sentó recargada en una de las paredes, se quitó la mochila que llevaba para acomodarse mejor, se acomodó la capa roja que llevaba y así se quedó, sentada en posición de cuclillas.

Yo, inconscientemente, la imité al sentarme en la misma posición, pero en el muro de enfrente, de manera que quedamos uno frente al otro. Cuando me di cuenta de que estábamos en posiciones muy parecidas, ya no quise moverme de nuevo porque creí que algo como eso podría molestarla, pero no sé porque pensé eso.

Y ahí comenzó un silencio incómodo. Ella parecía sobrellevarlo bien, a ratos se giraba para ver la lluvia, y cuando nuestras miradas se cruzaban, durábamos así menos de un segundo y se desviaba a otro lado, ella no parecía sonrojarse ni nada por el estilo.

Pero yo sí.

Supongo que solo esperaba a que la lluvia pasara para que me fuera de ahí, y ella hiciera lo que tuviera que hacer aquí, por algo trajo esa mochila con esas herramientas.

Aprovechaba las veces que ella no me veía para verla bien, preguntándome, ahora que ya me daba cuenta, porqué estaría vestida de esa forma.

Y también me percaté de que, aunque no sabía si era por su “cosplay”, se

veía hermosa.

Su rostro lindo y perfecto, su color de piel, bastante claro para la gente que vive aquí, su cabello largo y negro, del cual aún escurrían algunas gotas de lluvia, su cuerpo bien formado que portaba ese vestido negro.

Se que he visto antes una ropa como esa en algún anime, pero no logro recordar cual.

Debería de tener alrededor de 20 años.

Fue un buen rato de escuchar solamente la lluvia cayendo sobre el lugar, hasta que comencé a fastidiarme de eso, y decidí tomar la iniciativa:

—¿Tú vives aquí? —pregunté evidentemente algo tan obvio, pero fue lo primero que se me ocurrió.

—Si —respondió de manera desinteresada sin siquiera mirarme.

Mi intención era que diera una respuesta que permitiera continuar el hilo de la conversación, pero al parecer, no quiso hacerlo.

Bueno, tampoco es como si mi pregunta permitiera algo así.

Así que de nuevo tomé la iniciativa:

—Pues… yo no soy de aquí, vine de visita con mi madre porque ella nació en este pueblo… vino a arreglar unos papeles y…

—Aja —respondió taciturna aun sin voltear a verme.

—Y pues… —continúe a pesar de su evidente rechazo a la conversación—. En cuatro meses quizá, vendré a vivir aquí un tiempo porque voy a trabajar.

Esta vez, ni siquiera se molestó en responderme o hacer algún sonido. Probablemente ya ni siquiera me estaba prestando atención.

Que chica tan exasperante, era la primera vez que me sentía tan incómodo con una chica.

¿De verdad estaba tan molesta de que estuviera aquí? ¿No le habría costado más trabajo decirme simplemente que me fuera y ya, aun con la lluvia?

Afuera seguía lloviendo cada vez más fuerte, no veía la hora en el que,

por lo menos la lluvia bajara un poco para poder irme de ahí.

Y como si alguien me hubiera escuchado, de repente la lluvia comenzó a escampar.

Así que me levanté dispuesto a irme, pero antes de que me incorporara por completo, ella también se levantó, casi como si me hubiera seguido.

Otra vez fue incómodo. Creo que ambos lo pensamos al mismo tiempo.

—Yo… me tengo que ir —dije secamente.

—Yo también me iré —comentó ella también.

¿Qué? ¿Ya se va? Pensé que iba a hacer algo aquí, ¿Para que trajo entonces esa mochila, y lo que sea que tenga adentro?

Y se lo pregunté.

—Esto no es nada —me respondió un poco molesta—. Ya no importa.

Sabía que, aunque ella no me lo quería decir, ella sí planeaba hacer algo. Sea lo que fuere, ya no lo hizo porque yo estuve aquí.

Era de esperarse, no todos los días te encuentras un extraño invadiendo tu refugio privado.

—Yo… lo siento —dije—. Perdón por meterme aquí sin permiso.

—No te preocupes —me dijo, aunque me seguía dando la sensación de que estaba molesta, y supongo que, por eso, casi sin pensarlo, le dije:

—Te prometo que te lo compensaré cuando venga a vivir aquí.

Una frase tan extraña soltada tan de repente llamó su atención como no lo había hecho antes.

Creo que fue la primera vez que me miraba enserio.

—¿Compensarme?

—No se cómo —le dije ya sin poder retractarme de lo que le acababa de decir, tengo la costumbre de hablar sin pensar antes—. No puedo hoy porque mañana regreso a la ciudad, pero cuando venga a vivir aquí, podré compensártelo, será cosa de que me digas cómo.

—No es necesario —me respondió, con lo que me pareció una leve sonrisa.

Ella tomó su mochila y ambos salimos. Aunque ya no estaba lloviendo, aún seguía nublado.

—Tengo que irme —le dije—. Te veré después… espero—. Y se lo dije sonriendo. Y sonreí hasta darme cuenta de lo fuera de lugar que estuvo decirle eso. Ni siquiera sé su nombre y ya estoy hablándole como si fuéramos amigos.

…Y hablando de su nombre…

Ese pensamiento me detuvo cuando ya estaba tomando camino para irme, así que me detuve, me volteé y le pregunté, otra vez sin pensarlo:

—¿Cómo te llamas?

—¿Eh?... ¿Yo? —dijo extrañada, guardó silencio por unos segundos y me respondió al final—: Mayra, me llamo Mayra.

—Mayra —repetí en voz baja y le dije—: Entonces nos vemos después Mayra— Y me alejé corriendo de ahí.

Le sonreí, pero cuando ya me había alejado y ya estaba de camino a la casa de mi tía, me pregunté por qué le dije aquello de que la compensaría. En qué estaba pensando.

Pero ya ni modo, lo dicho, dicho está.

****

Esperó unos minutos más hasta que estuviera completamente segura de que aquel extraño chico citadino no regresaría.

Cuando se aseguró de que no volvería, Mayra entró de nuevo a la iglesia, la observó como si fuera la primera vez que entraba ahí, dio un suspiro largo, dejó su mochila en la entrada y caminó hasta el fondo del recinto. Ahí, de uno de sus bolsillos sacó un papel de cuaderno doblado, sus arrugas daban a entender que tenía texto escrito en el. Era una carta.

La contempló por algunos segundos y su mente terminó viajando hasta el chico que acababa de conocer, pero del que no sabía ni su nombre.

Recordó sus palabras “Te prometo que te lo compensaré cuando venga a vivir aquí” se preguntaba por qué habría dicho algo así, no había necesidad de compensarle nada, no era como si invadir aquel espacio personal sin permiso fuera un gran crimen.

Por primera vez esbozó una leve sonrisa. Posiblemente ni siquiera era consciente de que estaba sonriendo.

Después de unos segundos, dejó la carta sobre una pila de basura que tenía enfrente, dio la vuelta y caminó dispuesta a irse.

Estaba por tomar su mochila de nuevo cuando algo la detuvo, un pensamiento que hizo que contemplara su mochila por un tiempo más de lo habitual, sobre todo al recordar el contenido dentro de ésta. Dudaba. Otra vez su mente divagó hasta recordar la “promesa” que le hizo aquel chico y entonces se dijo a si misma:

—Será otro día, pero hoy no.

Acto seguido, tomó la mochila, se la cargó al hombro y abandonó la iglesia.

****

Al día siguiente, por la mañana, mi madre, ya con su acta de nacimiento certificada y yo volvimos a la ciudad.

No lo sabía en ese momento ni me lo preguntaba, pero muy dentro de mí, ya estaba deseando que pasaran los cuatro meses para poder venir a Yatareni a trabajar, pero, aunque no quería admitirlo o no me daba cuenta, todo era porque quería volver a ver a Mayra, la chica de la capa roja. Creo que de cierto modo me dejó impresionado, pero no sabría explicar por qué, ¿Será por su vestimenta tan peculiar que me recuerda a la típica protagonista de anime? ¿Por qué vestía de ese modo? ¿Acaso era otaku? ¿Hay otakus en Yatareni?

Y no creo que haya sido por esa “promesa” que le hice, creo que al final eso fue solo un pretexto, seguramente cuando la vea de nuevo ya se le habrá olvidado.

Al menos eso espero, porque no sé qué hacer si resulta que aún se acuerda.

Capítulo 7

Cinco

Al inicio no sabía por qué, pero, aunque ya habían pasado varios días desde que volví de Yatareni, no dejaba de pensar en Mayra, pero no de manera romántica. Admito que es linda, y pienso que, me llamó poderosamente la atención su manera de vestir.

Supongo que tengo la idea de que a ella le gustan esas cosas del anime así como a mí.

Y entonces se me ocurrió buscarla en cierta red social muy popular en todo el mundo.

Quiero pensar que hasta en un pueblo como Yatareni, debe de haber gente que tenga una cuenta ahí, o más bien, eso esperaba.

Si tengo suerte en encontrarla, podría mandarle un mensaje, aunque no estoy seguro de que acepte.

Para empezar, no estoy seguro de poder encontrarla ahí.

O, mejor dicho, ni siquiera estoy seguro de que tenga una cuenta ahí.

O, más bien, ni siquiera sé si es correcto hacerlo.

Pero no pierdo nada con buscarla.

Esta red social tiene un "Buscador de amigos" con el cual podría localizar a cualquier persona en el mundo siempre y cuando tenga una cuenta asociada.

Sólo tengo que poner algunos datos como el nombre, el lugar de residencia y la edad.

Los dos primeros los tengo, pero el tercero, supongo que tendré que tantearle un poco.

Así que puse en el "Buscador de amigos" el nombre Mayra. Ojalá logre algo porque no tengo los apellidos. Como es un pueblo chico, dudo que haya otra Mayra viviendo en Yatareni.

En "Lugar de residencia" escribí: Población de Yatareni, Municipio de Sayula, Estado de Los Ángeles.

Y la edad, como calculé que tendría unos 20 años de edad, esa edad le puse.

Y sorprendentemente funcionó, o eso creo.

Me arrojó un resultado. Una chica llamada Mayra Páez que vive en Yatareni y que tiene 20 años de edad.

Viendo su foto de perfil deduje que era ella.

No llevaba la capa roja ni el vestido negro de aquella vez. Era una foto normal, es decir, con ropa casual, y con el cabello atado con una cola de caballo.

Pero se parecía demasiado a la chica que yo vi. Tenía que ser ella.

Estuve varios minutos armándome de valor para enviarle un mensaje. No me atrevía, pensaba cosas como "¿Y si me bloquea? ¿Y si no se acuerda de mí?"

Después de un buen rato de pensarlo, al final, ignoré todos esos pensamientos y le di a "Escribir mensaje"

Y escribí:

"Hola, me llamo Eliseo Torres Cruz, soy el chico que viste en la iglesia abandonada en la cima de un monte en Yatareni hace unos días mientras estaba lloviendo. Espero que te acuerdes de mí, bueno, espero que seas la chica de aquella vez, saludos"

Solo puse lo primero que se me ocurrió, si perdía el tiempo pensando en un buen mensaje, se me iría el valor.

Ya sólo queda esperar a que conteste. Ojalá que no me bloquee o algo así.

Y la respuesta llegó unas horas después cuando me "asomé" a ver qué había pasado.

Sentí que mi corazón aceleraba durante los últimos segundos antes de ver

su respuesta.

Y Mayra Páez me envió este mensaje:

"Hola Eliseo, lo siento pero no te conozco, creo que me confundes con otra Mayra"

Además, estaba conectada en ese momento.

—¿No es? —me dije sorprendido—. Pero se parece demasiado a la que Mayra que yo conocí.

Volví a revisar su foto de perfil.

Excepto por la vestimenta, era idéntica a la chica que yo vi en la iglesia aquella ocasión.

Lo más probable es que si sea ella, pero quizá me está mintiendo, me imagino que lo hace por motivos de seguridad.

Y si, tratándose de alguien que violó su espacio personal, es comprensible.

Siendo así, creo que no lograré nada con ella.

Lo que menos quería era parecer un acosador, quizá no debí mandarle nada. Me siento como un idiota.

Así que decidí seguirle el juego, o, mejor dicho, disculparme antes de que el problema creciera:

"Perdona entonces, creo que te confundí, gracias de todos modos"

Fue lo que escribí antes de cerrar mi sesión.

Pero no la cerré, porque vi que ella aún estaba escribiendo.

Podría ser un "No te preocupes" o algo así, no era tan relevante.

Pero si lo fue. Y honestamente no me esperaba un mensaje así:

"Si quieres puedo ayudarte a encontrar a la chica que buscas"

****

Siguiendo las instrucciones de Eliseo, Mayra Páez se encaminó hacia el cerro donde estaba aquella iglesia abandonada, y donde podría encontrar a aquella chica.

Dudaba un poco de aquello que le dijo el tal Eliseo, acerca de que había una chica idéntica a ella físicamente.

Fue por esta razón principalmente, por la cual aceptó ayudarlo a localizarla.

Ella no lo sabía, pero ese día, el hecho de que el cielo estuviera nublado, le daría la oportunidad de darse cuenta de que todo era cierto.

Y tal y como Eliseo le dijo, en la cumbre del cerro, rodeada de bastante vegetación, estaba aquella iglesia abandonada.

Sintiendo la misma curiosidad que el chico, la chica caminó lentamente y admiró la estructura.

—Pensar que un lugar como este estaba aquí —murmuró la chica sonriendo—. No estaría mal para una prueba de valor.

Pero a diferencia de Eliseo, Mayra no entró, y eso fue porque oyó la voz de alguien más.

Y al voltear, las dos se llevaron una sorpresa tremenda.

Para Mayra Páez fue como verse en un espejo, pero con otra vestimenta, aunque la imagen reflejada se moviera independiente de ella.

Por la mente de Mayra, la recién llegada, cruzaron pensamientos fugaces a gran velocidad intentando hacerle entender lo que estaba pasando. Casi todas interpretaciones basadas en ciertas animaciones orientales que la chica estaba acostumbrada a ver.

Pero estaba pasando.

Las dos chicas eran idénticas, tanto físicamente, como en complexión, estatura y color de piel.

La únicas dos cosas que las diferenciaban eran:

La primera, que ambas estaban vestidas de manera radicalmente distinta. Mayra aun llevaba el conjunto que lució cuando se encontró con Eliseo. Aunque el vestido negro estilo victoriano que llevaba esta vez era distinto, pero la capa roja era la misma.

Además, ya no llevaba su mochila con sus herramientas como aquella vez.

Mayra Páez llevaba una ropa casual, típica de un citadino, chaqueta de mezclilla color azul claro que, hacia juego con unos jeans del mismo color, una playera grisácea y unos tenis blancos.

La segunda diferencia, era que, aunque ambas tenían el mismo color de cabello con la misma longitud, Mayra Páez lo llevaba anudado con una cola de caballo, y la otra Mayra lo llevaba suelto.

Por la impresión que se llevaron, las dos se quedaron sin palabras por unos segundos, hasta que Mayra Páez tomó la iniciativa:

—¿Q-quien eres... tú?

—Yo… te pregunto lo mismo —respondió tartamudeando la de la capa roja al tiempo que la señalaba—. ¿Por qué te pareces tanto a mí?

—Ese chico tenía razón —murmuró Mayra Páez—. Pero no pensé que nos pareciéramos tanto.

Se acercaron lenta y curiosamente, a medida que se movían, sus pasos parecían estar reflejados una con la otra, pero no se percataron de ello.

Llegaron a unos treinta centímetros de distancia una de la otra y cada una levantó su mano derecha y la posó en la mejilla izquierda de la otra con mucha suavidad.

Quizá ambas creerían ver un fantasma.

—¿Por qué nunca te había visto en el pueblo? —le preguntó la Mayra de la capa roja a la otra.

—Acabo de mudarme —respondió—. Hasta hace una semana más o menos,

estaba viviendo en Sayula.

Y esta a su vez preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Mayra.

—No me jodas, ¿también te llamas Mayra?

—¿Qué? ¿Tú igual te llamas Mayra?

—¿Mayra qué?

—Mayra Palacios

—Yo soy Mayra Páez.

Era algo virtualmente imposible, ¿eran idénticas hasta en el nombre y la primera silaba de su apellido?

Y por la cabeza de las dos pasaron un montón de ideas que intentaron darle explicación, desde padres infieles en el caso de Mayra Páez, hasta clonación extraterrestre, en el caso de Mayra Palacios.

—¿Tú también vives aquí en Yatareni? —preguntó Mayra Páez

—Si —respondió Mayra Palacios—. Toda mi vida he vivido aquí, pero nunca te había visto.

—Te acabo de decir que yo vivía antes en Sayula —dijo—. ¿Qué no me pusiste atención?

Luego de unos segundos, Mayra Páez recordó a qué había venido.

—Ah,… es verdad, alguien me envió porque te estaba buscando.

—¿Me estaban buscando? —preguntó tímidamente la de la capa roja.

—Es un chico de la ciudad —comentó—. Se llama Eliseo, dijo que te conoció aquí en esta iglesia en un día lluvioso.

—Ah… ese chico —murmuró la Mayra de la capa roja desinteresadamente.

—Quería ponerse en contacto contigo y me mandó un mensaje a mi creyendo que eras tú.

—¿Un mensaje?

—Por la red social, ya sabes, la que se ha vuelto muy popular últimamente.

—Ah —dijo—. Yo no tengo cuenta ahí. Yo la borré.

—¿Por qué?

—Eh… por nada —dijo haciéndose la desatendida.

—Entonces, ¿no hay manera de que te pongas en contacto con él?

—Él dijo que vendría en cuatro meses a trabajar aquí —comentó mientras esbozaba una leve sonrisa—. Ya tendrá oportunidad de hablar conmigo.

****

Días después, Mayra Páez me envió un mensaje gigantesco, el cual podría dividir en dos partes:

En una primera parte me contó todo lo que sucedió cuando se encontró con la otra Mayra en la iglesia abandonada.

En la segunda parte me contó lo impresionada que estaba de que las dos se parecieran tanto.

Según ella, la otra también estaba igual de impresionada.

Mayra me envió una foto que se tomó con la otra Mayra el día que se conocieron y me la envió.

Una selfie que se tomaron en el que, aparentemente, Mayra Páez obligó a la otra a posar.

Y si, eran idénticas.

Jamás se habían visto, no eran parientes, pero se parecían bastante.

Recuerdo haber escuchado, y esto se lo dije a Mayra Páez, que hay una teoría que dice que tenemos siete gemelos en todo el mundo.

Pero que hasta en el nombre se parezcan ya es algo bastante peculiar.

Porque eso también me recordó el caso en un programa que veía hace años, en el que se contaban cosas increíbles, y expusieron la historia de una niña que envió un globo con un mensaje y este mensaje llegó a kilómetros de distancia a casa de una niña idéntica a ella, tenían el mismo nombre y complexión, y hasta las dos tenían de mascota un conejo con el mismo nombre, entre otras coincidencias. Pero nunca se habían visto ni se habían conocido hasta ese momento.

Me pregunto si habrá una explicación racional a esto.

Lo malo de todo esto es que la Mayra que yo buscaba no tiene cuenta en aquella red social, así que no podré comunicarme con ella.

Ocasionalmente hablaba con Mayra Páez, ella acababa de mudarse a Yatareni, sin embargo, todavía pasaba mucho tiempo en Sayula por algunos asuntos pendientes que tiene ahí.

Ella es la que me cuenta cosas acerca de su gemela, que al parecer es muy solitaria y pasa todos los días lluviosos en aquella iglesia abandonada, de modo que casi no hablan mucho.

Hablando con ella me doy cuenta de que su vestimenta y su peinado no son las únicas diferencias entre ellas.

Habrá que esperar entonces hasta que me mude a ese pueblo y pueda verla de nuevo.

Capítulo 8

Seis

Y finalmente, los cuatro meses se pasaron volando.

Me gradué en una ceremonia bastante sencilla para ser una ceremonia de graduación de licenciatura. Nada emocionante ni emotivo.

Días después, preparé mis cosas para irme a vivir a casa de mi tía en Yatareni.

No era una maleta muy grande, llevé diez cambios de ropa, algunos zapatos y tenis más que nada. Sólo ropa.

Me habría gustado llevar algunos mangas que tengo conmigo pero se habrían maltratado entre tantas cosas en la maleta y al final no me los llevé.

Podré leer algunos que tengo en mi celular para entretenerme en el camino.

Mi madre ya no me acompañó esta vez, así que me estuvo explicando cómo moverme, qué camión tomar y cuánto gastaría de pasaje.

Aunque yo ya me sabía el camino para Yatareni, atendí la explicación de mi madre.

Me basta con ir una sola vez a un lugar para saber cómo llegar ahí después. Tengo muy buena memoria espacial.

Llegué a Yatareni ya en la noche. Hacía mucho frio.

Mis tíos me encontraron en la parada.

Y digo mis tíos, porque esa noche conocí a mi tío Isidoro, al cual nunca había visto, al menos que yo recuerde.

Creo recordar que mi tía mencionó que él estaba en Estados Unidos y volvería en un mes.

Así que ya estaba aquí. Y él también al parecer me conocía de pequeño.

Bigote frondoso, bajo de estatura, un poco canoso, unas manos durísimas quizá de tanto trabajar en el campo, además vestía un sombrero, como todos aquí, y una chamarra de mezclilla con interior de algodón, para el

frío.

Así que yo, nada más bajarme del autobús, me puse también una chamarra gruesa.

—¡Como has crecido mijo! —dijo mi tío al verme y abrazarme—. Me ‘cuerdo que estabas ben chiquito cuando te vi por última vez.

—Bienvenido —dijo mi tía Julia a su vez—. ¿No te acuerdas de tu tío Isidoro?

—La verdad no —respondí mientras lo veía de nuevo para ver si algo se activaba en mi memoria, pero no fue así.

—Stabas ben chiquito cuando te vio como dice —comentó mi tía—. A lo mejor por eso no te acuerdas.

Mi tío me ayudó con mi maleta y los tres nos fuimos a su casa.

Nada más entrar mi tía me preguntó qué es lo que me gustaría cenar.

—Lo que sea está bien tía, gracias.

—Horita te preparo algo delicioso —sonando maternal, se dirigió a la cocina.

De hecho, si, no me importaba lo que cocinara, tenía la sensación de que fuera lo que fuera, sabría muy delicioso.

Mi tío y yo nos sentamos a la mesa, ellos también iban a cenar. Primero me platicó un poco de él y de la familia, de las cosas que hacía en Estados Unidos y porqué se regresó.

—En el gabacho me dedicaba a recoger naranja de los sembradíos de allá de Arkansas —explicó—. Al inicio pagaban bien, pero de repente bajó el precio de la naranja y ya no se ganaba bien. Además sí se extraña harto la familia y la tierra.

—¿Cuánto tiempo estuvo allá?

—Dos años —respondio—. Hasta que ya la migra hacia sus rondines por ahí, y ya no era seguro, así que mejor me regresé solito antes de que ellos me tiraran acá.

Luego cambió repentinamente de tema:

—Horita que acabes de tragar, ‘amos a celebrar que ya acabaste tu

carrera.

—¿Celebrar?

—Ya me vinieron con el chisme —dijo—. ¿De qué te graduaste?

—Soy arquitecto —respondí—. Pero soy pasante, todavía no tengo el título.

—Son de esos que construyen las casas ¿verdad? —preguntó mi tío—. Como los albañiles.

—No exactamente —aclaré—. Los arquitectos hacen los planos, calculan estructuras, lo diseñan todo, y los albañiles construyen la obra.

Pues horita nos tomamos unas frías para que te sientas contento —dijo—. Te va a gustar este lugar.

—No le des de tomar, es su primera noche —replicó mi tía—. ¿Qué tal si Euge me echa bronca?

—No creo que se agüite —respondió mi tío—. No tomaremos mucho, ya ves que después no puedo dormir.

—Al contrario, te quedas bien dormidote —y agregó—: Deberías por lo menos llevar sus cosas a su cuarto, para que ya se vaya acomodando, ya horita les sirvo la cena.

—Ah, cierto —y me dijo—. Sígueme.

Mi tío se llevó mi maleta, y me condujo a una habitación semivacía, donde sólo había una cama de hierro con un colchón delgado y algunas cobijas dobladas, casi todas de esas que llaman San Marcos, las que tienen tigres y otros animales grabados en ellas.

También había un ropero vacío, una mesita pequeña, y otra más grande con una televisión de las análogas. Tenía bastante tiempo que no veía una.

—Está habitación es de tu prima —dijo mi tío—. Pero ella ahorita está viviendo en la capital, así que no hay problema si te quedas aquí.

—¿Tengo una prima?

—¿Tampoco te acuerdas de ella? —me preguntó extrañado—. Lidia, mi hija, es mayor que tú, tiene 26 años.

—No la recuerdo —comenté.

—Es que no nos vemos muy seguido —comentó—. Y ella ya no viene muy seguido por acá, trabaja en el gobierno del estado, así que renta allá en la capital.

Mi tío dejó la maleta sobre la cama y me dijo:

—Puedes acomodar tu ropa en el ropero, y ya te vienes a cenar.

—Gracias.

Saqué toda mi ropa de la maleta y la acomodé en unos ganchos metálicos que había dentro del ropero, también puse mis zapatos y todo lo demás, tendí la cama y como seguía haciendo frio, use todas las cobijas.

Justo cuando acabé, contemplé mi nueva habitación. No era como la de mi casa en la ciudad, pero se veía agradable.

—Aquí viviré por un tiempo —me dije a mi mismo como para darme ánimos.

Justo en ese momento, mis tíos me llamaron para que fuera a cenar.

Tal y como lo supuse, la cena estuvo deliciosa, mi tía hizo unos nopales refritos con huevo a la mexicana y también hizo un poco de café de olla que comí con un pan calientito, mucho más delicioso que los que comía en la ciudad.

Después de que acabamos de comer, mi tío se levantó y me dijo:

—Acompáñame.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—Ya verás.

Capítulo 9

Siete

Me puse mi chamarra y salimos a la oscuridad de la noche.

Yatareni era un pueblo hermoso de día, pero de noche cambiaba completamente, debido a que no todas las casas y calles contaban con luz eléctrica. Había grandes espacios vacíos y oscuros donde no se veía prácticamente nada. Apenas y se distinguían las siluetas de los cerros entre la noche estrellada, por cierto, más estrellada que en la ciudad, debido a la ausencia de contaminación.

Caminamos unas tres cuadras hasta que llegamos a una especie de jacal, ahí afuera, estaba sentado un anciano con sombrero, como de costumbre y una chamarra parecida a la de mi tío.

—¿Tienes pulque? —preguntó mi tío.

—Claro Isidoro —respondió el viejo mientras sonreía al tiempo que se levantaba—. Para ti siempre hay. Pasen.

Los dos entramos al jacal donde había algunas cubetas blancas y esperamos sentados en una banca.

Y entonces el viejo gritó el nombre de una mujer ordenándole que trajera una botella vacía.

Minutos después, una niña de alrededor de 14 años, llamada Martina, llegó corriendo con una botella de refresco vacía de tres litros.

Era una niña morena, de baja estatura, y pelo castaño amarrado en dos trenzas que estaban rematadas con dos listones rojos. Vestía un atuendo tradicional simple, una especie de camisa con decorados de grecas, un short corto y unas sandalias.

—Aquí tiene abue —dijo la pequeña antes de lanzarme una rápida mirada y alejarse rápidamente, así como vino.

El viejo tomó la botella y un embudo que había cerca de las cubetas, vertió el contenido de la que estaba más vacía y llenó la botella.

—Aquí tienes Isidoro —dijo al tiempo que le daba la botella llena de pulque—. Recién salida de las pencas.

—Por eso me gusta tu pulque —respondió—. ¿Cuánto se te debe?

—Ya sabes, lo que gustes.

Mi tío sacó un billete arrugado de veinte pesos y se lo dio al viejo, agradeció y nos despedimos.

Iba a preguntarle a mi tío si eso era pulque pero la respuesta era demasiado obvia.

Y es que jamás lo había visto.

Mi madre comentaba a veces que su abuelo tomaba mucho pulque, y tenía un negocio así como este que acabamos de visitar, donde la gente venía a comprarle pulque.

Eran muy comunes los negocios así antes, pero últimamente, ya no hay porque me parece que la planta de donde se obtiene el pulque ya se está extinguiendo.

Pero aunque me decían esas cosas, yo jamás había probado el pulque ni tampoco sabía cómo se veía.

Llegamos a su casa y mientras él ponía música El Recodo, Los Cadetes de Linares, Los Tigres del Norte y demás grupos similares como para crear ambiente, yo examinaba aquella bebida blanca.

Se notaba que era demasiado espesa.

Verlo cómo se movía cuando mi tío me sirvió un vaso, o mejor dicho, una jarra llena de pulque, me dio un poco de asco, pero traté de que no se me notara tanto.

—¿Jamás lo has probado verdad? —me preguntó mi tío.

—No —respondí.

—Ah pues, ahora lo probarás.

—Pero, en sí, ¿qué es esto?

—Bebida de origen prehispánico —respondió—. Obtenida del maguey. La llamaban “La bebida de los dioses”

Interesante su nombre.

Vi a mi tío tomarse su bebida en segundos, así que supuse que no sabría

tan mal.

Y entonces le di un sorbo, sentí una extraña sensación en mi lengua, pero seguí tomando.

—Sabe bastante agria —dije al final cuando me la acabé con algo de trabajo.

—¿Queres que le eche azúcar? —me preguntó mientras se levantaba y tomaba un tarro lleno de azúcar—. Como es tu primera vez tomando pulque, quizá no estés acostumbrado.

—Si por favor —respondí sin saber si realmente era buena idea.

Él tomó una cucharada de azúcar y la revolvió en el pulque como si fuera agua, luego me dio a probarla de nuevo. Ya no sabía tan agria como antes aunque esa sensación pastosa en mi lengua no se fue.

—¿Qué tal? ¿Mejor?

—Algo mejor —respondí antes de percatarme que todo se movía un poco más rápido.

—¿Esta cosa tiene alcohol?

—Pus claro —respondió mi tío—. No debiste haber tomado tanto de golpe, y menos si jamás has probado.

—¿Has tomado cerveza? —preguntó mi tía que pasaba por ahí y ya se había enterado de todo.

—Me hicieron una fiesta cuando cumplí 18 años —contesté—. Pero sólo tomé una botella de cerveza. Luego en mi fiesta de graduación tomé un poco más pero no me emborraché.

—Por eso te dije que no le deras pulque —le replicó mi tía a mi tío—. Euge nos dijo que lo cuidáramos y ya lo stas enviciando.

—Tranquila, yo estoy con él —respondió mi tío—. Si veo que se pone mal ya no le daré.

—Si es que tú primero no te pones mal —le dijo viéndolo de reojo.

Pero mi tía no confiaba mucho en mi tío, así que también se sentó a la mesa y terminó uniéndosenos.

A partir de ahí todo se volvió algo confuso, no recuerdo el orden de los

eventos ni lo que pasó después.

Lo único que sí se me quedó grabado en la mente fue una conversación algo borrosa en la que yo dije bastante exaltado que quería tener amigos con mis mismos gustos porque en donde vivo no hay personas así.

Mis tíos me preguntaron qué es lo que me gustaba y yo dije, sin nada de pena, que me gustaba el manga y el anime.

Y como ellos no sabían de qué estaba hablando, les expliqué que eran comics y caricaturas japonesas.

Creo que dije otras cosas, e incluso tengo la sensación que hasta imité algunos personajes de anime. Si esto resultara ser verdad, juro que no volveré a tomar pulque.

Esta parte no la recuerdo bien, pero creo que ellos me comentaron que conocían a alguien que tenía esos gustos, que, aunque no se hablaban, creían que esa persona le gustaba esas cosas porque siempre la veían disfrazada de un personaje de caricatura.

También decían que a veces en los días nublados la veían subir al cerro, es decir, desde el patio de la casa de mi tía es posible ver cuando alguien sube a aquella iglesia abandonada.

Estaban hablando de Mayra.

Es obvio, esa chica resaltaría bastante en un pueblo pequeño con esa vestimenta tan peculiar.

Seguramente todos en el pueblo pensarán que está loca, quizá por eso es tan solitaria.

Y entonces me perdí.

Cuando desperté, estaba en la cama de la habitación donde me acomodé, me dolía la cabeza.

Supongo que esto es lo que se conoce como resaca.

Que sensación tan horrible, no puedo creer que haya gente a la que le guste tomar sabiendo que terminarán así al día siguiente.

Me levanté y encontré a mi tía haciendo el desayuno.

—¿Cómo amanecistes?

—Me duele la cabeza —respondí.

—Es que tomates mucho pulque y de golpe —me dijo mi tía—. Por eso no quería que tu tío te dera de tomar.

—¿Y mi tío?

—Se jue a trabajar al campo —respondió—. A él también le dolía la cabeza y se jue a sembrar para que se le bajara.

—Ah.

—Desayuna hijo —me dijo mi tía—. Para que vayas a ver al arqui, a ver si te da chamba.

Cierto, para eso vine a Yatareni, con todo eso de Mayra y la borrachera de ayer, se me había olvidado.

La verdad no tengo ganas de eso, pero ni modo, ya les estoy causando molestias a mis tíos con quedarme aquí, aunque hay espacio, ahora tienen a alguien más a quien alimentar, así que debo de trabajar para pagarles algo de lo que me den.

Sobre todo después del desfiguro de anoche.

—Por cierto —murmuré— No le diga a mi mamá que me emborraché.

—Tranquilo mijo —respondió con una sonrisa—. De esta casa no saldrá nada.

Sólo he visto dos veces a mi tía y creo que ya es mi tía favorita, creo que la adoro, es un amor de persona.

Capítulo 10

Ocho

Mi tía preparó el desayuno. Además, me dio una aspirina para que se me bajara el dolor de cabeza.

Después de desayunar, bañarme y alistarme, salí de casa de mi tía dispuesto a buscar trabajo.

O eso pensé. No estaba realmente tan dispuesto, y no precisamente por la resaca.

A pesar de que vine aquí para trabajar, porque de otro modo, no habría venido, me daba bastante pena presentarme a la oficina del arquitecto.

No pensé en ello, en el hecho de que soy un completo desconocido para este pueblo y de que, llegar de la nada a pedirle trabajo a alguien a quien jamás había visto me apenaba mucho.

Mis tíos ya me habían dicho dónde estaba ubicada la oficina del arquitecto y cómo llegar, pero a la hora de la hora no me animé a entrar.

Me acercaba lentamente al lugar como para hacer tiempo, pero siempre que me animaba a querer entrar, no lo hacía, y permanecía desde lejos observando.

La oficina del arquitecto destacaba entre las demás construcciones del pueblo por su estilo propio de una ciudad, un pequeño edificio de estilo minimalista.

Definitivamente era la oficina de un arquitecto.

Y ese diseño era tan extravagante para los pobladores de este lugar, tan acostumbrados al adobe, la madera y demás materiales nativos de la región.

Supongo que pensaba todas estas cosas para matar tiempo, aunque sabía que en algún momento tenía que entrar.

Planeaba decirles a mis tíos que encontré la oficina cerrada y que volvería al día siguiente cuando, espero, pudiera conseguir el valor suficiente para entrar, pero, ya he perdido bastante tiempo, no me creerían.

Además, en algún momento tendré que presentarme.

Qué pena, si se supone que para esto vine a Yatareni.

Pasó un rato y se empezó a nublar otra vez.

Aquí siempre esta nublado o lluvioso.

Y entonces encontré un buen pretexto para matar el tiempo, o para esperar a reunir el valor suficiente.

Decidí entonces escalar de nuevo el cerro y llegar a la iglesia abandonada, con la esperanza de encontrarme con Mayra.

Si la otra Mayra decía la verdad, esa chica siempre andaba por aquí en los días nublados.

La verdad, es que quiero verla de nuevo desde que llegué a Yatareni, pero no sé dónde vive ni como encontrarla, así que supuse que la única manera de localizarla era en esa iglesia abandonada.

Todavía no llegaba a aquel lugar, pero ya podía mirarlo desde lejos, cuando pude oír que no estaba solo.

Aquella chica apareció por otro sendero. Cuando nos dimos cuenta, ambos llegamos al mismo tiempo a la iglesia.

Como si le hubiera leído la mente, esta chica es tan predecible.

Otra vez usaba su capa roja, aunque esta vez, el vestido victoriano que usaba era diferente, pero seguía siendo predominantemente negro.

Creo que al inicio no me reconoció porque tardó en reaccionar.

Apenas habían pasado cuatro meses desde que nos vimos por última vez.

—Mayra —dije sonriendo tratando de no asustarla.

—¿Quién eres? —me preguntó.

—Soy yo, Eliseo —respondí—. El chico con el que te encontraste hace cuatro meses aquí, que viene de la ciudad.

—Ah, es verdad —dijo aunque me dio la sensación que desde el inicio sabía quién era, Mayra seguía con esa actitud taciturna, como si no le importara lo que pasara a su alrededor.

Y de nuevo no sabía qué decirle.

Hasta que le pregunté algo obvio, solo porque no se me ocurrió otra cosa:

—¿Siempre vienes aquí cuando se nubla?

No me respondió de inmediato, pero me dio una respuesta corta y también obvia:

—Sí.

—¿Y no vas a otro lado? Es decir ¿No sales a pasear con amigos?

—No tengo con quien ir.

—¿Tú sola?

—No me gusta.

Le iba a decir que ella viene sola aquí de todos modos, pero, mejor me reservé esa opinión.

Entonces la lluvia se soltó y nos metimos a refugiarnos a la iglesia. Otra vez.

Inconscientemente nos volvimos a acomodar como estábamos cuando pasamos la lluvia el día que nos conocimos, uno frente al otro.

No sabía qué decirle. Otra vez. Me preguntaba, por ejemplo, si ella se acordaría de la "promesa" que le hice antes de irme.

Espero que no, o espero que no le importe así como parece no importarle nada.

Pero entonces hizo algo que no me esperaba: tomó la iniciativa:

—Esa chica que se llama como yo.

—¿La otra Mayra?

—¿La conoces?

—No —respondí—. Yo no soy de este pueblo, apenas llegué ayer. A ella jamás la he visto, solo he platicado con ella por medio del chat.

—Ah.

Esa conversación acabó rápido y entramos en un silencio incómodo. Otra

vez.

Quise preguntarle algo, pero pensé que sería demasiado personal.

Aunque de todos modos lo terminé haciendo:

—¿Por qué siempre estás vestida así?

Se sobresaltó un poco como si fuera yo la primera persona que se lo preguntara, cosa que me parece improbable.

—Esta capa me la compró mi madre en un evento de anime —respondió taciturna, dando una respuesta diferente de lo que yo le pregunté.

—¿También ves anime? —ahora tenía toda mi atención.

—¿También tú también ves anime? —esta fue la primera vez que mostró interés en mí, o en mi conversación.

—Si —respondí—. aunque últimamente no veo mucho por la escuela y por otras cosas.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó después de analizarme con la mirada.

—22 años —respondí.

—Creo que estás un poco grandecito para que sigas viendo anime —me dijo.

No sé si tenía razón, pero aun si así fuera, no es como si me importe.

Conozco personas de más de 30 años que ven animes que definitivamente son para un público exclusivamente adulto. Y no me refiero al hentai, más bien, a historias muy complejas como para que un niño las entienda.

Yo estoy más o menos por entrar a esa categoría.

Aun así no pude evitar sonrojarme por lo que me dijo.

—Pues yo no soy el que va por todas partes haciendo cosplay —respondí como contrataque—. También te ves algo grandecita para andar paseándote disfrazada por todo el pueblo.

—Tengo 20 años y esto no es un cosplay —respondió algo exaltada.

—Es casi mi edad —comenté—. ¿Y yo soy el que es muy grandecito para

seguir viendo anime?

—Olvídalo —sentenció para cortar la conversación— No entenderías.

Es verdad, si bien, es extravagante ver a una chica de 20 años vestida de un personaje de anime paseándose por un pueblo provinciano, sus razones tendrá.

Quizá sí está loca después de todo.

Pero aun con su locura, si es que la tiene, algo de esta chica me atrae, y no hablo románticamente, pero no sé de qué se trate.

Quizá como es la única que ve anime en todo el pueblo, pienso que podría llevarme bien con ella. Es decir, yo la veía como una potencial amiga con quien poder hablar y compartir los mismos gustos.

O, en otras palabras, la única persona con la que podría evitar el aburrimiento durante mi estadía en Yatareni.

Así que, si quería que se volviera mi amiga, tendría que ir poco a poco, sobre todo con alguien que parece tener una personalidad impredecible y que es muy cerrada.

—De todos modos me sorprende encontrar en este pueblo alguien que ve anime —dije y agregué:

—¿Dónde te compraron tu capa?

—Hay un local en este pueblo donde venden cosas de anime —respondió—. Aunque no es muy grande.

—¿De verdad hay eso aquí? —pregunté sorprendido.

He dado tantas vueltas al pueblo y jamás vi algo así. Y eso que es pequeño.

—Nunca voy porque no me gusta ir sola —dijo ella.

Miré hacia afuera de la iglesia y vi que la lluvia ya estaba disminuyendo, así que, casi de la nada, y sin pensarlo mucho, se me ocurrió proponerle:

—¿Te gustaría que fuéramos a ese local cuando pase la lluvia?

No respondió, pero al parecer se mostró interesada en mi idea.

Capítulo 11

Nueve

Ahora entiendo por qué nunca vi el local de anime a pesar de pasear por el pueblo.

No había ni un solo letrero que remitiera al manga o al anime afuera, era una simple casa como cualquier otra en el pueblo, solo que algo más grande.

Así que, para alguien de fuera, es imposible que se sepa que ahí venden mercancía de anime.

En una habitación principal de aquella casa, era donde se encontraba el pequeño local de anime con todo a la venta. Videos, series en DVD, posters, fichas, peluches, collares, figuras, etc.

Era curioso ver cómo estas cosas japonesas estaban en un cuarto de adobe revestido de cal blanca y techo de lámina, una cosa que no tenía nada que ver con la otra.

Qué lejos ha llegado el merchadising de manga y anime, como para llegar hasta el pueblo más remoto de mi país.

Y era cierto. Comparado con las tiendas de anime de la ciudad, esta no debería tener ni un 20%. Tanto en superficie como en contenido.

—Pasen y vean lo que les agrade— dijo una chica sentada hasta el fondo, como de 16 años de edad, detrás de un escritorio donde había anaqueles con estampitas y fichas de anime. Dijo aquello sin siquiera echarnos una mirada, porque estaba entretenida leyendo una revista de Conexión Manga.

Reconocí muchos de los animes que vi en el anaquel, repasándolos mentalmente: "Este ya lo vi" "Este no", "Este lo dropeé" "Este quiero verlo" …

Mayra también se limitaba a ver todo lo que se encontraba por su camino. De verdad parecía que jamás había entrado aquí, aun cuando ella dijo que aquí le compraron esa capa, porque se emocionaba con cada cosa que veía. Parecía una niña de cinco años en un departamento de juguetería.

De cierto modo eso me causó ternura.

Hasta sentía ganas de comprarle algo, así como si yo fuera su padre y ella

una niña que quisiera algún juguete.

No pasó mucho tiempo hasta que oímos un gran alboroto en la parte de atrás de la casa, que provenía de un patio interior.

Al preguntar qué sucedía, la encargada nos respondió:

—En estos momentos están haciendo un concurso de cosplay, ¿quieren pasar a ver?

Al salir del local, en una zona al aire libre pero protegida con una lona, había un templete improvisado y alrededor, unas treinta personas a lo sumo.

Por lo menos la mitad venían disfrazadas de algún personaje de anime, y casi todos bastante rudimentarios.

Y sobre el templete, un chico que hacía de presentador y tres chicas haciendo cosplay, los tres cosplays mas decentes que pude ver.

A estas alturas, encontrar un local que vende anime en un pueblo como este ya era raro.

Y ahora, un concurso de cosplay.

Me siento extraño al respecto. Este tipo de cosas son las que normalmente verías en una ciudad, pero no aquí. Debo decir que era algo incómodo.

Al parecer, llegamos cuando ya estaba avanzado el concurso, ya que las tres chicas de arriba del templete eran las semifinalistas.

Me llamó la atención una de ellas, que parecía estar un poco nerviosa.

Estaba disfrazada de un hada de hielo de color azul, personaje muy popular de una saga de videojuegos.

Era animada por cuatro chicos. Un primer muchacho de más o menos mi edad, que usaba sombrero, pero también unos lentes oscuros, como de sol. Estaba junto con otro chico de cabello muy corto y una actitud algo más infantil, otra chica de cabello largo y oscuro, también de lentes, solo que a ella se le veían lindos, y una última chica de cabello corto.

Solo el de los lentes negros estaba vestido como citadino, los demás usaban ropa nativa de la región.

El de lentes parecía ser el más animado de los cuatro, le oí gritar algo

como:

"Tienes que ganar en nombre de la Sociedad"

Pero la chica vestida de hada llamó mi atención, no solamente por el apoyo que estaba recibiendo, sino porque me pareció reconocerla.

Sé que la había visto, pero no lograba recordar dónde.

Estaba embobado viendo estas cosas hasta que me percaté tardíamente de que uno de los que estaban organizando el evento, estaba platicando con Mayra.

Ella no parecía sentirse a gusto con aquella persona.

Al final ella acompañó al tipo, al parecer contra su voluntad, y llena de pena.

La subieron al templete y la anunciaron como otra participante.

No me dio tiempo ni de intervenir, cuando me di cuenta de lo que estaba pasando, ella ya iba camino al escenario.

Ahora que lo menciono, creo que su vestimenta sí podría pasar como un buen cosplay, aunque ella diga que no lo es.

Con eso de que quizá tenga algo de fama en este pueblo por vestir de ese modo, es posible que la reconozcan.

Le preguntaron a Mayra de qué personaje estaba disfrazada, y ella contestó tímidamente.

Sabía que había visto ese cosplay.

Aquel anime no es muy conocido porque fue hecho por una empresa de animación estadounidense.

Lo curioso es que el personaje que ella estaba representando también es igual de tímido que ella, por eso le quedaba como anillo al dedo.

Todos podrían pensar que estaba actuando muy bien su personaje, pero yo sí me percataba que Mayra estaba siendo agobiada. Hablar en publico debe ser toda una proeza para ella.

Y pues, gracias a eso, Mayra vino a cambiar las votaciones a su favor.

Porque, como me imagino, no solo se califica el parecido con el personaje,

también su personalidad, su forma de hablar y todo lo que lo define.

Finalmente, por medio de aplausos, se decidió que las dos que llegaban a la final, por decirlo así, eran Mayra y la chica disfrazada del hada de hielo.

Hasta que descubrieron que yo fui el único que no había votado porque acababa de llegar.

No sé cómo se dieron cuenta, hasta que entendí que fue porque yo fui el único que no aplaudió.

Entonces el tipo de lentes oscuros se me acercó con bastante confianza, como si ya me conociera de mucho tiempo atrás y, poniendo su brazo en mi hombro, cosa que me estremeció, me dijo:

—Hey compa, vota por el hada de hielo —y me señaló a su amiga sobre el templete.

No es como si quisiera pasarse de listo, pero sí me estremeció que se acercara así sin más.

En otras circunstancias me habría alejado de una manera un poco violenta, pero no quería armar un escándalo, así que sólo me zafé lentamente.

—Lo siento, pero yo vengo con ella —respondí señalando a Mayra.

El organizador entonces dijo que yo tendría el voto del desempate, así que me hicieron elegir.

Era obvio por quién iba a votar, aun cuando técnicamente, a las dos no las conozco del todo.

Nadie se lo esperaba, pero la concursante que llegó a último momento ganó el concurso, tan sólo porque actuó un poco como siempre lo hace.

Mayra se mostraba apenada, pero también fue la primera vez que la vi sonreír.

Y entonces el organizador le dio un premio, un fajo de dinero. Eran 2000 pesos.

Supongo que mantuvieron el premio en secreto porque vi que todos se sorprendieron.

Me pregunto qué habrá pasado por su mente cuando vio el dinero.

Algo como “Valió la pena haber venido aquí” quizá.

Todavía no bajaba del templete cuando ya varios chicos se le acercaron pidiéndole una foto.

¿Es enserio? ¿Anda disfrazada todo el tiempo, la ven todos los días y hasta ahora se les ocurre pedirle una foto?

Cuando por fin la dejaron en paz, se acercó a mí.

Supongo que ahora soy la persona con la que se siente más cómoda en estos momentos.

La felicité y ella me respondió:

—Gracias, supongo —Y observando su dinero, agregó—: No me esperaba esto, pero al menos obtuve dinero gratis, jeje— y sonrió de nuevo, solo que ahora de manera más notoria.

Verla sonreír de ese modo hizo que traerla valiera mucho la pena, porque tenía la sensación de que cosas como esta, que la hicieron sonreír así, no le suceden a menudo.

Capítulo 12

Diez

Mayra y yo estábamos por irnos de aquel lugar cuando oímos que alguien nos habló pidiendo que esperáramos.

Era el chico de los lentes y su grupo, acompañados también de la niña disfrazada del hada de hielo.

El de los lentes, que por la posición en la que estaba, parecía ser el líder, se acercó con bastante confianza a Mayra, así como lo hizo conmigo hace un momento, y, tomando su mano, felicitó efusivamente a la chica. Y Mayra, que no se esperaba para nada ese acto, no sabía qué hacer.

—En nombre de SPEED, te felicito por tu victoria —soltó el chico—. Debo decir que, aunque te confundí con otra persona al inicio, me percaté que no eras tú, y eso me dejó sumamente impactado.

¿La confundió con otra persona? Seguramente habla de la otra Mayra… esperen, ¿SPEED? ¿Qué es eso?

Al mismo tiempo que yo lo pensé, Mayra preguntaba lo que significaba aquello.

—Oh, perdón —se excusó el chico mientras se acomodaba los lentes oscuros como forma de vanidad—. No nos hemos presentado apropiadamente.

Alejándose un poco de nosotros, pero quedando frente a sus compañeros, hizo unas poses un poco extrañas, que me parece haber visto antes en un anime, y al mismo tiempo se presentó:

—Mi nombre es Gibrán, y soy el fundador y líder de SPEED.

—¿Qué es SPEED?

—Sociedad Para El Estudio De —hizo una pausa—. la cultura japonesa a través de su literatura gráfica y su animación.

Tardé en entender que la palabra SPEED estaba compuesta por las primeras cinco palabras de aquella larga frase.

—¿Y las demás palabras? —preguntó Mayra quien al parecer llegó a la misma conclusión que yo.

—Descubrimos que no cuadraba —respondió una de las chicas que lo acompañaban— Pero decidimos dejarlo así en lo que pensamos un mejor nombre.

No nos esperábamos que la chica de la capa roja participaría en el concurso —comentó el chico de cabello muy corto—. A decir verdad, queríamos conocerte.

—¿Conocerme?

—La gente aquí habla mucho de ti —comentó otra de las chicas—. Eres un poco popular por, digamos… llamar la atención por la manera en la que vistes.

Era de esperarse. Me imagino que, al verla disfrazada de esa manera, ellos asumieron que también tenía sus mismos gustos, y probablemente planeaban invitarla en algún momento.

Pero eso también significa que en Yatareni, Mayra es reconocida precisamente por andar todo el tiempo de capa roja. Tal y como lo supuse.

Para esos chicos podría parecerles una cosplayer, pero para los demás pobladores, ella les da otra imagen, y no creo que sea muy positiva.

—Por cierto —se presentó esta última chica—. Mi nombre es Guadalupe.

—Yo soy Claudio —dijo a su vez el chico de cabello muy corto.

—Yo me llamo Angelina —se presentó también la primera chica.

Y finalmente la chica disfrazada del hada de hielo se presentó mientras se quitaba la peluca azul que usaba como parte de su disfraz, y ambos nos reconocimos.

—Ya te recuerdo —me dijo—. Fuiste anoche con tu papá a comprarle pulque a mi abue.

—No es mi papá —respondí—. Es mi tío, vivo con mis tíos por ahora.

Y agregué:

—Déjame ver si recuerdo tu nombre… tu abuelo lo dijo… pero no recuerdo…

—Soy Martina —se presentó al fin la chica.

—La loli del equipo —murmuró Claudio con una sonrisa.

—¿Loli? —pregunte extrañado.

—Es la más pequeña del equipo —comentó Gibran—. Todos aquí somos mayores de edad, pero ella tiene 14 años.

—Ohh, vaya.

—¿Vives con tus tíos? —me preguntó Gibran—. ¿No eres de aquí?

—Vine a trabajar una temporada aquí —respondí—. Pero no sé cuánto tiempo.

—¿Cómo campesino? —me preguntaron.

—No —rápidamente contesté—. Soy arquitecto.

—Ah —comentó Martina— ¿Trabajarás con el arquitecto del pueblo?

—Eso espero —contesté—. Aun no lo he visto.

No. En realidad, sí lo había visto, o al menos había visto dónde trabajaba, pero no me atreví a ir, y en vez de eso, terminé junto con Mayra en un concurso de cosplay. Al menos hice que ganara 2000 pesos gratis.

Cuando Mayra estaba por decir algo, o eso creí, Gibrán la interrumpió preguntándonos de golpe:

—¿No les gustaría unirse a SPEED?

Tardamos en procesar la pregunta. Nos estaba invitando a que formáramos parte de su "Sociedad"

—¿Por qué tan de repente…? —pregunté—. Para empezar ¿a qué se dedican?

—Leemos manga y vemos anime —respondió Claudio—. Pero también a veces hacemos otras cosas como en los animes.

—Todo es para divertirnos —comentó Gibrán despreocupadamente.

—Solo somos un grupo de chicos que tienen el mismo gusto y pasión por el manga y el anime —contestó también Angelina—. Y lo disfrutamos juntos.

Por lo que me están diciendo, el club, o lo que sea, no tiene un propósito

específico, más que el de divertirse con el manga y el anime.

Pero ni siquiera pregunté por las "otras cosas" de las que hablaban.

Cuando vine a este pueblo, creyendo que me iba a aburrir, podría haber esperado encontrarme de todo, incluso todas esas leyendas y cosas paranormales que comentaba mi tía.

Pero un club de anime jamás.

Luego entonces, Gibrán nos preguntó a Mayra y a mí, cual era nuestro anime favorito.

El de Mayra, obviamente resultó ser aquel del cual sacó su "cosplay"

Yo mencioné que mi anime favorito era un cierto anime que tiene la costumbre de emitir sus episodios desordenados, pero nadie sabe por qué. No es muy conocido. No muchos lo ven porque es muy largo. No saben lo que se pierden.

Y, uno por uno, los miembros de SPEED también mencionaron sus animes favoritos.

Después de aquello, le pregunté a Gibrán el propósito de preguntarme por mi anime favorito.

—Cuando piensas en anime, por lo general, el primero que te viene a la cabeza el que más te gustó —respondió—. O el que más te impactó de algún modo, porque te identificas con él. Pienso que eso habla mucho de ti. Es como si, al presentarte, bastara con decir qué anime te gustó, para que los demás sepan cómo eres. Es algo inconsciente.

Y repitió de nuevo su invitación para unirnos a su Sociedad.

Todavía no lograba procesar el hecho de haber encontrado aficionados al manga y al anime en un pueblo como este. Y unos tan peculiares.

Recordé entonces todo lo que dije cuando me emborraché con el pulque, diciendo que me gustaría conocer a gente con mis mismos gustos para no aburrirme en el pueblo.

¿El pulque cumplió mi deseo?

Sé que su grupo quizá no sea la gran cosa, tomando en cuenta el hecho de que estamos en un pueblo remoto de la provincia mexicana, pero peor es nada.

Supongo que Mayra también estaba pensando la proposición, pero se notaba a leguas que declinaría la oferta.

No era difícil adivinar que no se juntaría con ellos, dado que prefiere andar de solitaria.

Así que, mi cabeza pensó varias cosas a una velocidad tremenda, y entonces por fin se me ocurrió cómo cumplir mi promesa a Mayra.

Si, quizá, aquello de la promesa fue algo que dije sin pensar y que no significa nada ni para mí ni para ella, pero la verdad es que no hago esto por mí, lo hago por ella, creo que puedo ayudarla, y este grupo de anime puede ser la solución.

Así que acepté la oferta de Gibrán de unirme al grupo, y me adelanté a la respuesta negativa de Mayra, asegurándole a Gibrán que ella también estaría encantada de unirse.

—Si no te lo dice es porque es muy tímida —le dije acercándome un poco para que no me escuchara—. Pero a ella también le agradaría formar parte de tu brigada.

—Sociedad

—Lo que sea.

Espero que no me lo tome a mal por haber decidido por ella. Pero sorprendentemente, no dijo nada. Las ventajas de que sea tan callada.

Me imagino que ahora está más embobada con los 2 mil pesos que acaba de ganar.

—Perfecto —comentó Gibrán mientras nos abrazaba amistosamente a mí y a Mayra, cosa que también nos impactó—. Sólo que tenemos un problema.

—¿Cuál?

—Dentro de pocos días nos quedaremos sin base de operaciones.

—¿Qué quieres decir?

—Hasta hace poco nos reuníamos en el sótano de la casa de Gibrán —explicó Martina— Pero su madre le pidió que desalojáramos ese lugar porque necesitaban ocupar el sótano.

—Me dio una semana para buscar otro lugar —comentó el líder.

—Pues —dije—. Conozco un lugar. Hay una iglesia vacía encima de un cerro que serviría bien para…

Pero de nuevo, fue algo que dije sin pensar, así como con la promesa a Mayra.

¿Porque no aprendo a cerrar mi boca?

—Eso sería genial —dijo Gibrán siempre hablando positivamente—. ¿Puedes llevarnos?

Ni siquiera tomó en cuenta el hecho de que me detuve antes de tiempo.

Los cinco chicos, algo más emocionados desde que oyeron lo que dije, salieron primero del lugar dejándonos atrás a Mayra y a mí.

Ya estando solos, fue cuando sentí todo el peso de la mirada penetrante de la chica.

Ella me lanzó una mirada asesina y salió del lugar.

Le acababa de quitar a Mayra su lugar privado, pero ya no podía retractarme.

Y se supone que quiero ayudarla.

Capítulo 13

Once

Durante todo el camino hacia la iglesia, no dije ni una sola palabra, y no me atreví a mirar a Mayra.

Y ella era experta en ignorarme, tal y como lo estaba haciendo en ese momento.

Si no se había molestado porque la metí a la fuerza al club, ahora lo estaba por haberle quitado su santuario.

Y entonces llegamos al susodicho lugar.

Los chicos de SPEED rodearon la construcción analizándola hasta el más mínimo detalle, entraron en ella y siguieron con la faena.

Y al final, reunidos todos, nos comunicaron su decisión:

—Mi tropa y yo lo hemos discutido, y hemos decidió establecer en esta iglesia la nueva base de SPEED. Solo será cosa de limpiar el lugar, retirar la maleza y acondicionarlo para que pueda albergar la Sociedad.

—Jaja, que bien que te haya gustado —dije tratando de parecer condescendiente, cuando no debería.

Y, dirigiéndose a su tropa, les dijo, haciendo de nuevo esas poses curiosas:

—Mañana a primera hora, vendremos con todo lo necesario para limpiar y acondicionar este lugar, y al día siguiente nos mudaremos. Aprovecharemos que es fin de semana para ejecutar nuestra tarea.

Sonó como un líder dando un discurso antes de ir a la guerra.

Y los demás miembros lo secundaron.

Sé que Mayra y yo ya formamos parte de "eso" pero aun no sentía las ganas de unírmeles. Faltaba mucho para eso. Mucho.

—Antes de despedirnos, me gustaría hacer nuestro grito de guerra —anunció Gibrán—. Servirá para que los nuevos reclutas lo conozcan.

Y de nuevo los otros cuatro miembros lo secundaron.

—¿Grito de guerra?

—Lo hacemos cuando nos despedimos o cuando terminamos de hacer algo importante —comentó Claudio.

—Lo que tienen que hacer es lo siguiente —explicó el líder.

Gibrán gritó primero el número uno, pero en japonés, que es "Ichi", y al mismo tiempo levantaba su mano derecha, a la altura de su cuello y de ésta, levantaba el dedo índice, poniéndolo un poco más abajo que su rostro, además de que encorvaba un poco la espalda.

El siguiente en gritar fue Claudio, quien dijo el número dos en japonés, es decir "Ni" y al mismo tiempo adoptó la misma postura que Gibrán.

Y así, las otras tres chicas hicieron lo mismo con sus respectivos números, quedando al final todos en círculo y con los dedos índices formando otro círculo más pequeño en el centro del primero.

Los siguientes seríamos Mayra y yo.

Según Gibrán, como yo fui el que aceptó la oferta de unirse a SPEED, era más antiguo que Mayra, por unos dos segundos de diferencia, de manera que me tocaba el número seis, o "Roku", es decir, el número que nos tocaba era el orden en el que se integraron a SPEED.

Y finalmente, Mayra, mucho más tímida que de costumbre, hizo lo mismo y repitió su número, siete o "Nana"

Cuando ya todos estábamos en el círculo con los dedos índices levantados, a la señal de Gibrán, saltamos y al mismo tiempo levantamos los índices lo más alto que pudimos mientras gritábamos "SPEED" con todas nuestras fuerzas.

O eso debimos hacer Mayra y yo, pero no lo hicimos correctamente por el agobio de la pena ajena.

Afortunadamente, los otros gritaron tan fuerte que no se dieron cuenta.

Pensar que la chica que todo el tiempo anda disfrazada encontraría algo como esto vergonzoso.

—Eso es todo muchachos —anunció Gibrán—. Nos vemos mañana aquí a primera hora, traigan herramientas y todo lo necesario para limpiar este lugar, lo dejaremos como nuevo.

Todos accedimos y el grupo se dispersó, quedando solo Mayra y yo en el

lugar.

Una vez solos, lo primero que hice fue disculparme con Mayra por haber ofrecido su escondite así de la nada.

—Olvídalo —dijo todavía algo apenada por lo que acabábamos de hacer—. Desde que te encontré aquí por primera vez, este lugar dejó de ser privado.

No dije nada, pero tenía toda la maldita razón del mundo.

Pero cambió su semblante de manera casi inmediata y me dijo un poco curiosa, pero sin mirarme:

—Por cierto, no sabía que venias a trabajar como arquitecto.

—¿No te lo dije?

—No —respondió—. Lo mencionaste durante el concurso de cosplay.

—Ah —contesté— Pues sí, vengo a trabajar como arquitecto.

—Entonces acompáñame —me dijo—. Ahora me toca a mí guiarte.

—¿A dónde?

Realmente este pueblo es pequeño. Resulta que Mayra es hija del arquitecto de la oficina a la que no me atreví a entrar antes.

Pero ahora ella me acompañaba.

La oficina del arquitecto era pequeña, pero estaba muy bien distribuida de manera que parecía haber más espacio. Aunque tampoco había muchos muebles ahí.

Lo que sí me llamó la atención era que, en una repisa, había algunas figuras de personajes de anime, casi todos de los 80’s. Creo que ya sé de dónde sacó la afición su hija.

El arquitecto, era un hombre vestido con chaleco, el típico que usan los arquitectos en el que parece que pueden guardar cualquier cosa, desde un bolígrafo, hasta una viga. Usaba una camisa a cuadros, pantalón de mezclilla y botas industriales.

Estaba sentado frente a su escritorio donde había bastantes papeles desordenados, una pequeña maqueta de una casa residencial, un plano de

esa misma casa y su casco de construcción con unos caracteres en japonés que no supe qué decían.

Su hija intercambió palabras con el arquitecto y ella después ocupó un asiento de piel que había cerca de ahí, en una especie de sala de espera.

El arqui se presentó y me preguntó:

—Mi nombre es Víctor ¿De dónde vienes?

—De la ciudad de México —respondí un poco tímidamente—. Vine para trabajar con usted porque me dijeron que necesitaba dibujantes.

—Así es —dijo—. ¿Sabes hacer planos por computadora?

—Si —respondí.

—Ok, trabajarás conmigo —comentó—. Estoy comenzado un proyecto de una residencia cerca de aquí —dijo mientras me mostraba precisamente la maqueta y los planos.

—¿Una residencia?

—Después te llevaré a ver la obra. Pero por ahora solo necesito que dibujes los planos y les hagas las correcciones que te diré.

—¿Esta es la residencia? —dije al analizar los planos.

—Es apenas el plano arquitectónico —respondió—. Aún faltan las instalaciones, los acabados, la estructura, de todo eso te encargarás tú.

—Entiendo —dije y luego le di las gracias por haberme contratado.

—Preséntate el lunes a las 9 de la mañana.

—Muchas gracias —repetí hablando bastante formal—. Me retiro.

Me sentí un poco extraño durante todo ese tiempo, pero no sabía por qué, si fue porque su hija la cosplayer fue la que me trajo a conseguir trabajo, o fue por el hecho de que el arqui se me quedó viendo con algo de asombro cuando me vio llegar e irme con su hija.

Ojalá no lo malinterprete.

Saliendo de su oficina, Mayra y yo conversamos un poco.

—Gracias —le dije—. No me imaginé que tú papa fuera el arquitecto con el que pensaba trabajar, supongo que el pueblo es muy chico, creo que no debería sorprenderme

—Pues solo lo hice porque papá mencionó al aire que necesitaba ayuda —comentó—. No es como si él me hubiera pedido que buscara uno. Aquí en Yatareni nadie, además de él, tiene la carrera de arquitectura, o sabe hacer planos por computadora.

—¿Tú no sabes?

—Yo no estudie eso.

—¿Qué estudiaste?

—Quería estudiar leyes —respondió—. Pero tuve problemas y no pude acabar la carrera.

—¿Qué problemas?

Permaneció callada por un rato, como si se hubiera acordado de algo, y al fin respondió:

—Cosas personales.

—Ah —murmuré y luego agregué—: …Por cierto, de nuevo, por quitarte tu escondite, tú me ayudaste a conseguir empleo y yo te quité…

—Ya no importa, olvídalo —interrumpió—. Supongo que era inevitable.

—¿Siempre has sido solitaria toda tu vida? —pregunté después de pensarlo mucho.

—No exactamente —respondió.

Cuando parecía que me iba a contar más acerca de ello, de la nada, un tipo con pinta de rockero salió, se abalanzó sobre Mayra y la jaló del brazo de manera violenta.

—¿Qué haces aquí con este…— pero se detuvo al verle el rostro y la soltó.

Unos segundos más, uno solo y habría tenido que intervenir, aunque, no sabría cómo hacerlo.

Nunca he sido bueno para las peleas, yo preferiría resolver las cosas de

manera pacífica, como buen cobarde que soy.

—¿Quién eres tú? —pregunté.

Él no dijo nada, ni siquiera me miró, siguió viendo a Mayra como si la reconociera de algún lado. Y quizá sí era así.

—Te pareces mucho a ella —murmuró.

Y se alejó rápidamente, sin disculparse siquiera.

Después de aquello, Mayra había quedado asustada, casi en shock, así que me quedé más tiempo con ella hasta que se tranquilizara.

¿No será que ese tipo estaba buscando en realidad a la otra Mayra?

Capítulo 14

Doce

Ese fin de semana, durante el sábado y el domingo, pasamos casi todo el día limpiando y haciendo la iglesia abandonada un poco más habitable para que albergara al club.

El sábado nos dedicamos a retirar la maleza, cortar algunos árboles pequeños que nos estorbaban. Barrimos y limpiamos el interior hasta que la dejamos, no como en sus días de servicio, cuando era una verdadera iglesia, pero creo que la dejamos decente, al menos para el propósito que cumpliría.

Y al día siguiente, el domingo, fuimos a la casa de Gibrán, al otro lado del pueblo. Usamos triciclos que nos prestaron algunos vecinos para poder llevar todo lo que tenían en su sótano hasta la base, aunque de todos modos nos costó trabajo subir todo eso al cerro y algunas cosas las tuvimos que subir a pie.

Ahí me enteré que la mamá de Gibrán tiene una fonda y que usaría el sótano donde antes estaba SPEED como cocina ya que conectaba directamente con el local.

De entre las cosas que llevamos, había varios volúmenes de mangas de varias series, aunque casi todos eran de editoriales ya extintas, de manera que ya eran algo anticuadas. Trajeron también un reproductor de DVD y algunos DVD's de anime.

Subimos también algunas figuras de anime que tenían los chicos y algunos trajes de cosplay.

También subimos varios muebles, un estante donde estaban los mangas, una televisión antigua como la que tiene mi tía, un reproductor de CD'S y también algunas mesas y sillas de plástico plegables.

Una vez que subimos todo, usando un poco mis conocimientos de arquitectura, acomodé todo de tal manera que quedara bien vestibulado y se aprovechara todo el espacio disponible.

Así que se formaron tres compartimientos o "habitaciones" dentro de la iglesia. En el primer compartimiento, pusimos unas sillas a modo de sala de espera. En la segunda parte, acomodamos otras sillas y una mesa para crear una "sala de juntas", en ese lugar también metimos unos muebles con cajones pequeños para guardar nuestras cosas personales y dejamos un espacio porque, Gibrán quería más adelante poner un mueble con una estufa portátil, una cafetera, un horno de microondas y un refrigerador de

los pequeños, para poder comer ahí mismo.

Aunque esa idea me agradó, no sé de donde podríamos sacar todo eso.

Después, en la tercera parte, donde estaba el altar, lo dividimos en dos partes. A la derecha, aprovechamos la saliente de la iglesia para establecer ahí la biblioteca. Ahí pusimos los muebles donde acomodamos todo el manga, algunos cómics y los DVD's de anime.

Para poder conectar todo lo electrónico, nos las ingeniamos para conectar una extensión de cable que llegaba hasta un poste de luz. Sabíamos que estaba mal, pero como nos dieron permiso, supongo que no había problema.

Y en la saliente izquierda, adaptamos una especie de sala para ver el anime. Ahí pusimos la televisión, los reproductores de DVD´s y más sillas.

Solo la pared curva de hasta el fondo la dejamos libre y ahí acomodamos unas tarimas para improvisar un muro plano. Detrás de este muro no había nada mas que algo de la basura que no pudimos limpiar.

Todos estos compartimientos estaban divididos por tarimas que acomodamos de tal manera que parecieran "paredes", y también usamos otras tarimas para improvisar una puerta, ya que la iglesia no tenía.

Fue una jornada pesada, pero valió la pena.

Terminamos ya en la noche, muy cansados, pero felices de lo que habíamos logrado.

Incluso Mayra, que al inicio no estaba muy de acuerdo con la "invasión" a su espacio personal, quedó encantada con la reforma.

Aunque ella mencionó que, de todos modos, cuando no fueran las reuniones de SPEED, seguirá usando la iglesia como refugio.

Yo personalmente me sentía satisfecho, porque de cierto modo, lo que hice aquí se parece a lo que yo estudié. Y me da gusto ayudar a la gente con mis conocimientos, incluso a un grupo de otakus.

Gibrán nos indicó que las reuniones de SPEED serían los sábados al mediodía.

Y al final nos despedimos otra vez con aquel grito de guerra.

Creo que ya me estoy acostumbrando a esto.

Al día siguiente me presenté con algo de pena a trabajar con el arquitecto.

Esta vez ya no me podía ir por otro lado como aquella vez, esta vez tenía que presentarme a fuerza.

No cambiaba nada el hecho de que fuera padre de Mayra.

Me dio una computadora y me enseñó lo que quería que modificara de los planos, asumiendo, claro, que yo ya sabía manejar esos programas.

Y eso estuve haciendo toda la semana, todo lo que hacía era corregir y modificar los planos en AutoCAD, que es el programa que se usa para estas cosas. Y todo lo hacía tal y como me decía.

Ganaba relativamente bien, supongo que es un buen comienzo. Quizá más adelante haga más cosas y me suba un poco el sueldo. Porque sí, como profesionista que soy, debo de ganar más.

El arqui pasaba todo el día hablando por teléfono con sus trabajadores o sus clientes, o a veces salía a ver la obra que estaba dirigiendo, la residencia, así que era raro que estuviera en la oficina.

Pero las pocas veces que estuvo conmigo no hablaba más que para darme indicaciones.

Pero me hubiera gustado hablar con él sobre Mayra.

Así que el siguiente sábado, fue la primera reunión formal de SPEED en su nueva base.

—Me agrada este lugar —comentó Gibrán como primeras palabras como presidiendo la apertura de la reunión en la sala de juntas de la base—. Era mejor que el sótano de mi casa, ahí se metían las ratas y goteaba mucho.

—¿Y aun así tu madre quiso poner su cocina ahí? —le preguntó Guadalupe.

—Obviamente la remodelaron para adaptarla como cocina —contestó Gibrán—. Así que taparon los agujeros por donde se cuelan las ratas y repararon las cañerías.

Y dicho esto, se acomodó en la silla principal como si se fuera a dormir.

—Además, esta iglesia, aunque ya tiene más de 100 años aún se ve estable —comentó Claudio.

—¿100 años? —pregunté—. ¿Cómo sabes eso?

—He investigado un poco —respondió—. En la biblioteca de Sayula, en algunos registros y periódicos de la época, aparece una fotografía antigua de la iglesia que fue tomada durante la época revolucionaria, ahí dice que fue construida hacia finales del siglo XVIII, funcionó como iglesia hasta que, cuando estalló la guerra cristera, fue abandonada.

—Interesante —dijeron todos.

—¿Tienes el libro contigo? —le preguntó Gibrán.

—No me dejaron sacarlo de la librería —respondió—. Y no había servicio de copiadoras.

—En fin —Gibrán cambió rápidamente de tema como si jamás se hubiera hablado de lo anterior—. Sé que se están preguntando qué haremos ahora, en nuestra nueva base.

Yo por lo menos no me lo preguntaba, no sé los demás. A decir verdad, me pareció más interesante lo que dijo Claudio.

—Pues —comentó—. Celebraremos que tenemos nuevos integrantes y nueva base.

Y poniéndose de pie, exclamó mientras hacia uno de sus típicos ademanes:

—Desde hace semanas hemos estado planeando una salida a la playa. Es el momento.

—¿De verdad? —preguntamos Mayra y yo al mismo tiempo.

—Así es, naturalmente iremos todos —comentó Guadalupe—. Ya lo hemos preparado todo.

—Pero nuestra excursión a la playa no será una común —dijo Gibrán sonando como si fuera un actor de película—. Lo haremos como los hacen en los animes.

Y cuando dijo esto, volvió a posar de nuevo como es su costumbre. Me

pregunto si las ensayará o algo así antes de mostrarlas.

—¿Y cómo se supone que haremos una salida en la playa como en los animes? —pregunté con curiosidad, lo admito.

—¿Tú ves anime y no lo sabes? —Gibrán exageró un poco su sorpresa— Ya lo descubrirás cuando vayamos.

Quedamos de acuerdo en que nos reuniríamos al día siguiente en casa de Angelina, que vive en un pueblo cerca de Yatareni llamado Ihuatzio.

A esto debo de aclarar que Angelina y Guadalupe no viven en Yatareni. Cada una vive en un pueblo distinto cercano.

El caso es que nos teníamos que ver a las ocho de la mañana en casa de Angelina porque su hermana mayor seria la que nos llevaría a la playa.

Por suerte el arquitecto me paga cada semana. Para variar, mi primer pago me lo gastaré en la playa. Bueno, trataré de no gastarlo todo. Después de todo, tengo que enviarle un poco a mi mamá y otro poco se lo tengo que dar a mi tía para pagar mi estancia en su casa.

Suena divertido, pensé que unirme a este club no sería la gran cosa, pero si hacen cosas como esta frecuentemente, me da gusto haberme unido.

Por otro lado, Mayra se mantuvo callada todo el tiempo y casi no habló, aunque sí estuvo atenta a toda la conversación.

Veremos cómo le va en este club. Bueno, como nos va los dos.

Capítulo 15

Trece

Y así fue. En el poblado de Ihuatzio, todos nos reunimos temprano en la mañana.

Este pueblo está a unos veinte minutos de Yatareni en bicicleta. Mi tía hizo el favor de prestarme una que era de su hija, o sea, mi prima, pero que ya no usa porque ya no vive aquí.

De hecho, muchos aquí usan la bicicleta para trasladarse entre pueblos, porque no mucha gente tiene autos.

Se usa el auto o el transporte público para ir a lugares más lejanos como a Sayula, la cabecera municipal que queda a más de una hora en bicicleta.

Pero a pesar de usar la bicicleta, Mayra y yo fuimos los últimos en llegar.

Para cuando llegamos ya habían subido todas las cosas a la camioneta de la hermana de Angelina, ya solo nos estaban esperando a nosotros.

—Lo siento, se nos hizo tarde —me disculpé junto con Mayra—. Esta chica se quedó dormida y tardó en prepararse, así que tuve que esperarla.

—No era necesario que me esperaras, te lo había dicho —respondió—. Yo también sabía cómo llegar.

—Si no fuera por mí, aun seguirías dormida —repliqué—. Por algo tu papá me pidió que fuera a recogerte a tu casa.

Mencioné al arquitecto porque, durante la semana le platiqué sobre nuestra excursión a la playa, y antes de que yo pudiera decir algo, él mismo me animó, y de cierto modo "obligó" a Mayra a ir con nosotros. Él, y también yo, sabíamos de sobra que Mayra jamás habría querido ir por su propia cuenta. Supongo que él pensará que unos amigos como nosotros le cayeron muy bien a su hija, la solitaria.

Pero olvidamos el asunto rápidamente y observé la camioneta de la hermana de Angelina, una camioneta Urban del año, es raro ver vehículos como ese por acá.

—¿Nos iremos en esta camioneta? —pregunté.

—Así es —respondió Angelina hablando como si fuera una agente de

ventas—. Llegaremos en unas dos horas.

—Pero también haremos una escala en el mercado de Sayula para comprar la comida y otras cosas —intervino Claudio.

—Y unos trajes de baño —comentó Martina.

—Es lo que iba a preguntar —comentó Mayra un poco apenada—. No tengo un traje de baño, pero mi papá me dio dinero para comprarme uno.

—Te ayudaremos a escoger uno —le dijo Guadalupe.

—Su hermana saldrá en un momento —dijo Gibrán—. Dejen sus bicicletas en el patio, se quedarán aquí. Suban sus cosas en la camioneta, aún hay espacio.

Y así lo hicimos.

Cuando la hermana de Angelina salió, nos pidió que nos subiéramos al vehículo.

Era una chica de unos 28 años más o menos. Se parecía bastante a su hermana, a decir vedad, era como ver a Angelina con esa edad.

Se notaba a leguas que ella misma se ofreció a llevarnos a la playa porque ya desde ese momento estaba usando ropa ligera y lentes de sol.

—¿Son todos? —preguntó.

—Así es —respondió su hermana.

—Ok vámonos.

Después de subirse al asiento del conductor, ella se disculpó por no haberse presentado antes.

Su nombre es Evangelina.

Llegamos al mercado de Sayula en aproximadamente veinte minutos porque la camioneta iba a gran velocidad en una carretera donde casi no transitan carros. Durante ese tiempo, los chicos y yo nos pusimos de acuerdo para que, al llegar al mercado, nos dividiéramos para comprar todo lo que hacía falta, así que cada uno ya sabía qué tenía que comprar. La única que no fue a comprar fue Mayra, que, por alguna razón, no quiso

entrar al mercado.

Por cierto, era la primera vez que iba a la cabecera municipal. Sayula es un pueblo igual de rural que Yatareni, solo que mucho más grande, y también hay algunas cosas que no hay ni en Yatareni ni en los otros pueblos, como el mercado, un teatro al aire libre, algunos museos regionales, escuelas secundarias y una preparatoria.

Mientras Evangelina nos esperaba en la camioneta, nos dividimos en tres grupos. El grupo de las chicas se dirigió directo hacia el área de la ropa para mujeres para escoger sus trajes de baño, y también para comprar algunos salvavidas. Tuvieron que obligar a Mayra a que las acompañara para que eligiera su traje de baño, y ella aceptó, pero, por alguna razón, evitaba pasar por algunas partes del mercado, y nunca dijo por qué.

Gibrán y yo nos dirigimos al área de las bebidas y compramos algunos refrescos de tres litros cada uno.

Claudio y Guadalupe, la única chica que no se juntó con las otras porque ella sí llevaba su traje de baño, se dirigieron a la zona donde venden las botanas y compraron muchas bolsas de papas fritas, totopos y otras cosas.

Por lo que sé, Gibrán también le ordenó que consiguiera, según sus palabras "la sandía perfecta"

Y supongo que sí era perfecta porque cuando Gibrán la vio, dio su aprobación.

Ahora comenzaba el verdadero viaje a la playa.

Durante todo el camino los chicos se la pasaron cantando canciones en japonés, asumo que openings de anime porque reconocí algunas, pero Mayra y yo no los acompañamos en eso.

Yo me entretenía viendo el paisaje que pasaba frente a mis ojos. Todo este lugar, sus sierras, sus bosques, sus montañas, sus pueblos, su gente, todo es tan hermoso.

Había visto paisajes como estos en películas y fotos pero siempre me enteraba que estaban en lugares lejanos como Europa.

Aquí no hay villas alpinas que se yerguen sobre campos de flores inmensos y tienen como fondo montañas nevadas, pero todo lo que vi es

igual de hermoso.

Cuesta trabajo creer que aquí, en este país, haya paisajes así.

Me imagino que Mayra también estaba viendo todo esto.

Al llegar a la playa, las chicas se cambiaron los trajes en el lugar indicado para ello y aparecieron frente a nosotros.

Para ser chicas pueblerinas, escogieron trajes de baño muy exuberantes, excepto el de Mayra, la cual, a pesar de tener el traje de baño, no se quitó la capa. También llamó la atención que su traje de baño era completamente negro con bordados que me hacían recordar los vestidos góticos que siempre usa.

Quería preguntarle por qué nunca se quita la capa, pero creo que mejor no, sus razones tendrá.

—Si esto fuera un anime ya estaría escupiendo sangre por la nariz —murmuró Claudio al ver a las chicas un poco ansioso.

—Que bueno que no lo es —comenté—. Y ten cuidado, porque una de ellas es menor de edad.

—Yo no soy lolicon —replicó—. Jamás atentaría contra la pureza e inocencia de una loli.

—Solo que esta "loli" no es tan pura ni inocente —dijo a modo de broma Angelina.

—Cállate —intervino Martina.

—Yo prefiero mujeres como esa —comentó Claudio mientras señalaba a Evangelina, la cual estaba llegando. Era la única que usaba un traje de baño de dos piezas, o, mejor dicho, un bikini.

Hasta ese momento me di cuenta de que era muy hermosa. Podría hasta ser modelo y ganar mucho dinero.

Pero bueno, supongo que es inalcanzable, para mí y para todos, o eso me dio a entender Claudio.

Además, según su hermana, ya tiene novio, y planean casarse el próximo año.

Lo primero que hicimos, fue, entrar a la playa a jugar un rato. Tuvimos cuidado de no meternos hasta dentro por la marea.

Afortunadamente en esa zona de la playa no había mucha gente.

El agua estaba fría al inicio, pero, luego de unos minutos, uno se acostumbra.

Martina era la única que estaba usando un salvavidas, tenía un poco de miedo de meterse al agua, pero Guadalupe y Angelina la ayudaban.

Le perdió el miedo rápidamente, pero aun así, no quiso separarse de las chicas.

Mientras tanto, Gibrán y Claudio estaban formando un castillo con arena.

Pero reconocí que no era cualquier castillo, era una fortaleza que me parece haber visto antes en un anime.

Todo iba bien hasta que una ola rompió muy adentro y destruyó todo su trabajo.

Y entonces me percaté que Mayra estaba un poco más alejada. Caminaba como en círculos mirando al suelo.

Cuando me acercaba para preguntarle qué estaba haciendo, vi que recogió algo del suelo.

Era una concha.

Siguió caminado por otro lado y recogió otra.

Me acerqué y me ofrecí para poder ayudarle a recoger conchas, pero no quiso.

—No sabrías cuáles son las que necesito —argumentó.

—¿Qué tienen de especial esas? —le pregunté.

—Esto —y tomando una, la acercó a mi oído, yo sólo escuchaba el aire escapando de la concha.

—¿Qué oyes? —me preguntó.

—Nada —respondí.

—¿Cómo que nada?

Ella se puso esa misma concha en el oído y me dijo:

—Se oye el mar.

—Pero si ya estamos en el mar —repliqué—. ¿Cómo sabes que ese ruido viene de la concha?

Me dio otra concha que había levantado, me la puse en el oído y de nuevo, no oí nada.

Caminamos unos metros más hasta que Mayra vio algo que llamó su atención a tal grado que fue por eso corriendo.

Era una concha aún más grande, de unos veinte centímetros de diámetro quizá.

—Pues a ver si oyes esto —me dijo y acto seguido intentó soplar la concha por una parte angosta que tenía, pero no pudo porque el aire que ella soplaba no tenía por dónde salir.

Y entonces entendí lo que quería hacer.

Me parece que esas conchas como la que ella recogió, las usan los danzantes que a veces bailan en el zócalo de la ciudad de México. Ellos saben cómo soplar para que salga el característico sonido.

Le pedí la concha a Mayra, ella me la dio sumamente cansada y mareada de tanto soplar.

Después de analizarla, descubrí dónde tenía que sopar y cómo hacerlo, así que soplé y se escuchó un sonido potente por toda la playa.

Por unos momentos todo el mundo en la playa me miraba, y eso me incomodó un poco.

Le regresé la concha a Mayra diciéndole que después le enseñaría a soplarla.

Después de una hora más o menos, Gibrán nos llamó a todos para que hiciéramos la dinámica de la sandía.

Lo que haríamos seria partir la sandía con un palo, lo típico en los animes.

Aunque esta tradición no es específicamente exclusiva del anime. Me imagino que es una tradición japonesa.

Esta dinámica consistía en lo siguiente: Se pone la sandía en el centro de una tela, lona o toalla y le vendan los ojos a alguien. Este, después de dar tres vueltas, intenta romper la sandía con un palo, teniendo un tiempo límite de tres minutos, y gana la primera persona que logre partirla.

Es más o menos como cuando rompemos la piñata en las posadas decembrinas.

Ahondando más a fondo, Gibrán nos explicó que ese juego se llama Suikawari y que existe incluso una asociación que promueve el juego y estableció algunas reglas, pero que no íbamos a usarlas aquí de todos modos.

Como Mayra y yo éramos los nuevos, se decidió que yo pasaría primero a intentar romperla y después le tocaría a Mayra.

Así que me vendaron los ojos, me dieron un palo, y di tres vueltas sobre mí mismo.

De verdad esto se sintió como cuando uno trata de romper la piñata en las posadas.

Y más porque, a pesar de que me daban indicaciones, que no sabía si eran del todo ciertas, no logré asestarle ni un golpe a la sandía.

No soy bueno para estas cosas.

La siguiente fue Mayra. Le vendamos los ojos y ella intentó dar golpes a la sandía, solo que ella, de hecho, estaba agitando la vara como si golpeara el aire. Lo golpeaba todo menos la sandía.

Parecía que en realidad no la estaba buscando.

Como se estaba moviendo y caminaba mucho, le dimos demasiado espacio, no vaya a ser que nos golpeara a nosotros.

Al final terminó por tropezarse con la sandía y así la rompió.

Fue muy gracioso, pero traté de contener la risa mientras corría a ayudarla.

Después, pedimos prestadas unas sillas playeras y nos sentamos a descansar mientras comíamos la sandía, las botanas y el refresco que teníamos.

La hermana de Angelina permanecía relativamente cerca de nosotros, descansando recostada en una silla playera que mandó alquilar con sombrilla, mientras tomaba algo de jugo de naranja y cerveza.

Usaba unos lentes de sol y un sombrero ligero que combinaba con su bikini decorado con flores y había una tolla cerca de ella.

Realmente parecía una modelo promocionando algún calendario de verano, excepto por el detalle de que estaba leyendo un manga.

Si, ella también es otaku.

Pero aun así, ella no se unió a nuestros juegos.

Además, ya estaba cabeceando, pronto se quedaría dormida.

Y entonces a Gibrán y a Claudio se les ocurrió despertarla.

Así que los chicos conspiraron para llevar a la fuerza a Evangelina a la playa.

Su hermana, Guadalupe y Claudio la tomaron de las manos y la invitaron "amistosamente" a que fuera a la playa.

Pero la hermana de Angelina adivinó sus intenciones e intentó zafarse.

Gibrán y Martina se unieron en la refriega y Evangelina ya no pudo evitarlo.

Llegaron a la playa y ahí la empujaron para que cayera de lleno al agua.

Evangelina entonces intentó vengarse haciendo lo mismo con su hermana y los demás chicos y de esta manera el juego se reanudó con una integrante más.

Solo entonces Mayra y yo nos unimos.

Ni Mayra ni yo participamos en la conspiración de Evangelina porque siento, o al menos, eso pensaba yo, que aún no los conozco lo suficiente como para tomarme ese tipo de confianzas.

Y Mayra pues… es Mayra, no necesito decir otra cosa.

Al atardecer, levantamos nuestras cosas y nos cambiamos.

Mientras subíamos las cosas a la camioneta, Gibrán parecía aún más feliz de lo normal, porque, según él, hicimos todo lo que se hace en un anime cuando van a la playa.

Aunque yo no tuve esa impresión.

Sólo partimos la sandía, y eso, de una manera incorrecta, pero hasta ahí.

De hecho, además de eso, no hicimos otra cosa más que comer botanas y jugar en la playa.

Y también Mayra y yo recogimos conchas, pero nada más.

Sin embargo, al final del día, fue un buen paseo.

En el camino de regreso a Yatareni los chicos se quedaron dormidos. Todos estábamos cansados. Yo era el único que no dormía.

Solo me limité a admirar el paisaje de nuevo. No me percaté al inicio de que la chica de la capa roja dormía sobre mi hombro.

Y ahí entendí que, partir la sandía no fue lo único de un anime que hicimos ese día.

Capítulo 16

Catorce

Me encontraba trabajando en la oficina del arquitecto, haciendo unas correcciones a los planos de la residencia en la que estábamos trabajando.

Aun no voy a la obra, pero con tan solo ver los planos me voy dando una idea de qué tan grande es y cómo quedará terminada.

Aunque las obras ya comenzaron desde hace unas tres semanas, los planos siempre están en constante modificación, ya sea para ajustar algún cálculo estructural o por simple capricho del cliente.

Por cierto, hay rumores que dicen que el cliente es un judío, pero ni el arquitecto ni yo hemos podido confirmarlo, ya que el cliente siempre envía representantes legales.

De todos modos, cuando ya había avanzado bastante con las correcciones, que de todos modos siempre hay, el papá de Mayra me dijo que, en dos semanas, el domingo iría a ver la obra, para que vaya viendo cómo se trabaja ahí.

Yo contesté que sí, pero muy dentro de mí no quería hacerlo.

Nunca se lo he dicho a nadie, pero me pongo nervioso de solo pensar que más adelante, tendré que dirigir una obra y dar órdenes a los albañiles. Eso me provoca una cierta ansiedad. E, inconscientemente, me siento de la misma manera al saber que iré a la obra, aunque sólo vaya a ver y no a dar órdenes. Creo que en algún momento tendré que superarlo, pero me hubiera gustado que, para empezar, no tuviera que lidiar con esto.

Por esa razón prefiero solo trabajar en oficina, así como lo hago ahora, y desde aquí poder progresar.

Dirigir una obra no es el único camino que puede tomar un arquitecto.

El sábado siguiente, fue la segunda reunión en la iglesia, es decir, la nueva base de SPEED.

Creo que, hasta ahora, no he explicado del todo, qué es lo que hacemos en esas “reuniones”

Nos reunimos en la base al mediodía de los sábados.

Primero tenemos una plática acerca del manga y el anime que vimos o leímos durante la semana. Comentamos lo que nos gustó, lo que no nos gustó, lo que esperábamos que pasara…

La plática entonces evoluciona a temas más generales, sobre qué anime nos gustaría ver la siguiente temporada, qué anime nos gustaría que tuviera segunda o tercera temporada, sobre el estilo de tal mangaka o casa animadora…

Entonces tomamos un receso, bajamos a comprar botanas, refresco y otras cosas al pueblo y subimos a comerlas a la base.

Esto lo hicimos solo el primer día, ya que, como vimos que no era práctico porque perdíamos tiempo, decidimos que en las siguientes reuniones ya traeríamos la comida.

Solo en pocas ocasiones hemos comido verdadera comida, y no frituras. Y eso también fue porque, a veces, mi tía se ofrecía a prepararnos algo.

Y después del almuerzo, nos dividimos. Algunos se dirigen a la pequeña biblioteca a leer el manga de su interés y otros van a ver algún anime en DVD en la televisión. O incluso, desde el celular a veces ven capítulos de anime que previamente se bajaron de internet.

A veces comemos al mismo tiempo que vemos anime.

Yo pensaba que, por vivir en un pueblo pequeño, no tenían mucho poder adquisitivo. Pero tienen celulares igual de buenos que el mío.

Y al final, a eso de las 2 o 3 de la tarde, nos despedimos con nuestra arenga y cada quien vuelve a su casa.

Por cierto, Mayra casi nunca habla en las reuniones, pero sí que se la pasa leyendo manga y viendo anime.

Me imagino que eso mismo hacen su casa. Es decir, ella, que debería de tener más temas de conversación para ese momento, es la que menos las usa.

Yo tampoco veo mucho anime, excepto en las noches y eso, solo uno o dos capítulos, pero hablo más que ella, aunque igual no es mucho.

Aunque el tiempo de duración de las actividades varía, nunca nos quedamos después de las cuatro de la tarde, porque, según ellos, tienen

que asistir a misa de siete.

Esa misa de siete es especial, porque, por lo que me enteré después, en Yatareni se celebran dos mismas a la semana, la misa general son los domingos al medio día, y la misa para niños y adolescentes son los sábados a las siete de la tarde. Eso habla mucho de la religiosidad de la gente de este lugar.

Está de más decir que en Yatareni, la religión católica está muy arraigada, y seguramente en todos los pueblos de Sayula, o mejor dicho, de toda la provincia mexicana.

No acostumbraba a ir a misa cuando vivía en la ciudad, pero como mi tía también va a misa los domingos, la acompaño siempre, más que nada por compromiso. Ya que si no fuera por eso, probablemente iría con los chicos los sábados, y eso quizá, solo porque ellos precisamente van.

Porque también creo en Dios. Pero prefiero no ahondar más en temas religiosos.

Volvamos al hilo de la narración.

Hay veces en las que, en esas pláticas de manga y anime, terminamos tocando otros temas, como de lo que acontece en el pueblo, cosas de interés general, de nuestro club y ese sábado no fue la excepción.

Gibrán mencionó que debido al éxito (no sé en qué sentido lo dijo) de la excursión a la playa, haríamos otra, así como en los animes, de modo que nos pidió sugerencias sobre qué podríamos hacer.

Unos sugirieron una prueba de valor, pero él líder la descartó porque al día siguiente tenían que ir a la escuela, y ese tipo de cosas se hacen en la noche. Otros dijeron que improvisáramos un festival escolar, pero para eso necesitábamos dinero y ya lo habíamos gastado cuando fuimos a la playa.

Aunque nunca se pusieron de acuerdo, Gibrán dijo que teníamos tiempo de sobra para pensarlo porque planeaba que, lo que fuera que hiciéramos, lo haríamos el domingo de la siguiente semana.

Y entonces tuve que intervenir:

—Perdón, yo no podré asistir a… lo que sea que hagan ese día, el arqui y yo quedamos que ese día iríamos a la obra que él está dirigiendo.

—Oh es verdad, tú trabajas con el papá de Mayra.

Gibrán pensó un poco y al final dijo:

—Entonces, iremos a la obra del arquitecto.

—¿Espera qué? —pregunté sorprendido—. ¿Eso que tiene que ver con el anime?

—Seguramente lo dice por el anime ese de arquitectos que se estrenó la semana pasada —mencionó Guadalupe.

—¿Hay un anime de arquitectos? —preguntó Martina.

—Si —respondió el líder—. Y quiero ver si las cosas son las dicen ahí.

—Pero no es tan fácil —comentó Mayra—. Hay que pedirle permiso a mi papá para que los deje pasar, y la verdad no creo que quiera, ni a mí me deja pasar a veces. Es un poco estricto con el asunto de la seguridad

—Eso es porque tú siempre llevas tu capa —respondió Gibrán—. No es seguro andar con ella en una obra.

—Eso no tiene nada que ver —dijo la chica—. Mi padre sabe muy bien porqué la uso siempre.

¿Enserio su papá lo sabe? Quizá debería de preguntárselo un día de estos.

—Olvidemos eso —Gibrán sonó positivo—. Iremos a hablar con el arqui en la semana para pedirle permiso.

Yo pensaba que Gibrán no hablaba enserio, que quizá él mismo se daría cuenta de que sería difícil conseguir el permiso del papá de Mayra, o que lo que decía no tenía sentido.

Pero este chico de verdad. Parece que siempre piensa que todo le saldrá como él espera que salga.

Eso pensé hasta que los vi a todos en la puerta de la oficina del arquitecto. Mayra también iba con ellos.

Yo estaba en mi computadora haciendo mis planos y los vi ahí en la banqueta esperando a que el arqui les abriera.

Me sorprendió que Gibrán parecía estar alegre, como si supiera que sí le

iban a dar permiso.

Tuvieron suerte de encontrarlo porque últimamente el papá de Mayra se ausenta más tiempo.

Una vez que el arqui les abrió las puertas, el líder el equipo inmediatamente soltó:

—Buenas tardes, me presento, soy Gibrán, fundador y líder de SPEED, sociedad a la cual pertenece su hija. Sabemos que usted y Eliseo asistirán a su obra el siguiente domingo y a mis muchachos y yo nos gustaría acompañarlos.

Hablaba muy formal para presentar algo como un club de anime.

—¿Ustedes son arquitectos o estudian algo relacionado a la arquitectura? —preguntó el papá de Mayra.

—No, pero vimos un anime sobre arquitectos —respondió con toda la naturalidad del mundo.

Se acabó, no habrá permiso. Es más, no me parecería raro que él le impidiera a su hija reunirse con esos locos.

No sé en que estaría pensando en ese momento el papá de Mayra, o en qué concepto tendría al líder de SPEED, después de esos segundos en los que lo conoció.

"Tal para cual, un montón de locos otakus, por eso mi hija se lleva bien con ellos porque está igual de loca"

El arqui lo seguía mirando un poco incrédulo, seguramente estaba tardando en pensar una manera adecuada de decirles que lo que pedían era imposible.

O eso era lo que Mayra y yo, y posiblemente, los otros miembros de SPEED esperaban.

Pero lo subestimamos.

Después de pensarlo mucho, al final dijo:

—Ok, vengan al mediodía del domingo siguiente. Vengan con botas industriales, aquí les daré chalecos y cascos, pero no me haré responsable de su seguridad.

—¿Eh? —fue lo que soltamos Mayra, yo y todos los demás los chicos,

excepto Gibrán, al oír la respuesta del arqui.

—Muchas gracias —respondió Gibrán sin cambiar su estado de ánimo y acto seguido todos se retiraron.

¿De verdad les dio permiso? ¿O es que ese chico es tan positivo que con eso lo convenció?

El arquitecto se quedó mirando largo rato mientras veía cómo aquel equipo se alejaba, creo que más que nada, estaba mirando a su hija en compañía de todos ellos.

Le iba a preguntar por qué los dejó asistir a la obra así de buenas a primeras, pero él se me adelantó:

—Esos chicos —murmuró—. Mayra me platicó que últimamente se juntaba mucho con otros chicos que formaron un club de manga y anime, ¿son ellos?

Eso último fue para mí, y respondí que sí.

—Fue con ellos con los que fuimos a la playa hace dos semanas —comenté.

Aunque estaba de espaldas hacia mí, me dio la impresión de que estaba sonriendo.

Y luego dijo algo que no me esperaba, pero que sí debí de haber esperado que dijera con relación a Mayra:

—Tenía bastante tiempo que no la veía acompañada de gente de su edad.

No supe qué responderle a eso.

Capítulo 17

Quince

El domingo siguiente, a la hora acordada, el equipo de SPEED esperaba reunido a las puertas de la obra, a que el arqui, nos diera permiso de pasar.

Como era domingo, no estaban la mayoría de los trabajadores. Solo unos pocos haciendo cosas menores. Es posible que, precisamente por eso, haya aceptado dejarlos pasar.

El arqui entonces llegó y llamó a uno de los chalanes para que nos trajera el número de cascos y chalecos necesarios, y, después de comprobar que todos tuviéramos botas industriales, nos dio a cada uno un casco y un chaleco.

Gibrán se contempló a sí mismo y se tomó una foto con su celular. Presumía de parecerse al protagonista del anime de los arquitectos.

Enserio ¿Qué anime es ese?

Y Mayra… pues, se veía más que curiosa usando la capa roja junto el casco y el chaleco de construcción.

—Les explicaré todo lo que hacemos aquí —nos dijo el papá de Mayra—. Pero no se separen de mí, y no se acerquen demasiado a las máquinas o a las fosas.

El arquitecto mandó llamar a otro chalán, y le pidió que le trajera los planos, éste fue corriendo, y regresó con un conjunto de hojas tamaño doble carta donde imprimieron los planos para hacerlos "portátiles" ya que los verdaderos planos, que son más grandes, estaban en la caseta donde el papá de Mayra tiene su oficina.

Nos dio los planos para que fuéramos viendo todo lo que estaban haciendo, y lo que van a hacer.

Para ese momento, la obra apenas iba "despegando" por decirlo así. En un terreno inmenso, de unos 3000 metros cuadrados, según nos explicaría el arquitecto, estaban apenas desplantando la losa de cimentación.

Apenas llevaban una tercera parte de la losa finalizada, de la cual salían las varillas de acero que formarían las futuras columnas.

Otra tercera parte estaba todavía formada únicamente por varilla de acero

que se entrelazaba para formar el soporte interior de la losa.

Y una tercera parte aún no había sido excavada. Una retroexcavadora estaba ahí sacando la tierra y echándola a un camión de volteo. Cuando este se llenaba, salía y entraba otro para ser llenado y así sucesivamente.

En otra parte, un grupo de albañiles, comandado por un oficial herrero, doblaba y formaba a gran velocidad las varillas y estribos para las columnas y el resto de la losa de cimentación.

Y otro grupo más de trabajadores, liderados por un oficial carpintero, formaba la cimbra, es decir, el recubrimiento de madera para ponerla más adelante alrededor del acero y así recibiera el concreto.

El arqui nos explicaba cuánto de concreto se usaba y de qué resistencia, cuánto de varilla y de qué diámetro.

Naturalmente esta explicación era sólo para mí, que lo entendía porque estudié eso, los demás no entendieron del todo esas fórmulas, aunque tampoco es como si estuvieran prestando atención.

Finalmente llegamos a otro agujero donde aún no había nada, excepto un charco enorme de agua sucia que parecía no tener profundidad.

Observando con cuidado, vimos que de una parte del charco, brotaba el agua, como si naciera de ahí mismo.

El arquitecto nos explicó que en ese lugar planeaba construir las cisternas de agua potable y la cisterna contra incendio, pero se encontraron con un manto acuífero. Aun no sabían qué tan grande era, pero por ahora lo que iban a intentar era sacar el agua con una bomba.

Para los demás chicos de SPEED todo esto era impresionante, y de cierto modo, aunque ya conocía todo esto, yo igual me impresioné.

La arquitectura siempre ha sido algo complejo para mí porque parece que tiene mucha diversidad. Se puede trabajar de muchas cosas y hay veces en las que no sé por dónde debería de moverme.

Pero la realidad es que, aunque admito que estudié esto y que es algo impresionante, y en ocasiones hasta bonito, más adelante, yo descubrí algo que me gusta mucho más que la arquitectura.

Cuando salí de esos pensamientos, vi que todos aún seguían observando el agua saliendo del manto acuífero.

Y entonces Mayra lo dijo. Mencionó aquello que encendió una mecha en

mi cerebro:

—Esto parece como esos portales de los animes, que llevan a mundos de fantasía.

Después de escucharla, volví a ver el agua y ahí me vino una idea, una idea que estaba buscando desde hacía bastante tiempo.

Esto nunca se lo he platicado a nadie porque me da mucha pena y porque también no sé cómo revelarlo, pero soy escritor, o al menos soy el intento de uno.

Siempre pensé en escribir algo que, inevitablemente, debido a la influencia del manga y anime que he visto a lo largo de los años, terminaría por ser algo parecido a las novelas ligeras japonesas.

Algo que la gente de nuestros círculos llama de manera no oficial, Novela Ligera Hispana. Básicamente se trata de una novela con un estilo narrativo sencillo y con algunas ilustraciones, o al menos esa es mi idea.

Había pensado en muchas historias y de ellas trataba de elegir alguna que tuviera el potencial suficiente como para poder ser escrita sin que en algún momento me quedara sin ideas o se volviera demasiado compleja para mí.

Y, bueno, como el género isekai del anime es mi favorito y por ende, el que más conozco, planeé que mi novela fuera de esa temática.

Para la gente ajena a este mundo, el género isekai, consiste en un protagonista de nuestro mundo que es invocado a otro mundo, por lo general de fantasía.

El mercado de novelas ligeras japonesas está saturado de este género, a tal grado que se tiene el prejuicio de que, escribir isekai es sinónimo de falto de originalidad, sobre todo por el hecho de que la gran mayoría de las novelas de este género tienen los mismos clichés.

Yo entiendo eso muy bien, por eso veo mucho anime isekai, para saber qué es lo que NO debo de escribir en mi novela, porque busco algo más original.

Ya había desarrollado en mi cabeza con el paso de los años una buena historia, pero me faltaban algunos detalles con los cuales no podía arrancar, o, mejor dicho, finalizar la novela. Ya que ya había escrito algunos fragmentos, pero desde que llegué a Yatareni casi no me he dedicado a ella porque estoy muy acostumbrado a escribir en

computadora y mi tía no tiene ninguna.

Y tampoco puedo escribir en la oficina del arqui porque corregir los planos me toma bastante tiempo, ya que siempre hay algo que cambiar.

De hecho estaba considerando la posibilidad de comprarme un cuaderno y escribir todo ahí, aunque será una lata pasar todo eso a computadora después.

Pues bien, ya solo me faltaba un cierto detalle para poder unir todos los cabos sueltos y poder progresar de manera tremenda en la novela al punto de casi acabarla por completo, y ese detalle me lo dio la frase de Mayra.

Estaba muy feliz, pero no se lo dije a nadie y no lo hice notar mucho para que no tuviera que decirles todo esto.

Podría decir muchas cosas que se me ocurrieron después de esto, pero prefiero guardármelas por ahora.

Luego de un rato, el arqui y los chicos volvimos a la caseta donde tenían el material, herramientas y todo lo demás.

Era una oficina improvisada con tarimas, hules que fungían como ventanas y cosas igual de rudimentarias.

Naturalmente tenía que ser temporal, porque cuando la obra avanzara, se tenía que desmontar y armar en otro lado.

No era muy distinta de la iglesia que nosotros acondicionamos.

Solo la parte donde estaba el escritorio del arquitecto, algunas copiadoras e impresoras, su laptop y otras cosas parecía algo más arreglada.

Pudimos ver que ahí también tenía, en una repisa, algunas figuras de anime, y también había algo que no había en su oficina en el pueblo: la foto de una mujer.

Por el tamaño de la foto, adivinamos que no se trataba de cualquier mujer y la lógica nos dijo que se trataba de su esposa, es decir, la madre de Mayra.

Porque sí se parecía a su hija, aunque la otra Mayra se parece más a ella de hecho.

Era una foto sólo de rostro, de una mujer de alrededor de 30 años, vestida de manera casual y sonriendo de una manera tal que podría contagiar su sonrisa.

Por el tipo de fotografía nos dimos cuenta que era algo antigua.

Aunque ya sabíamos de quién se trataba, de todos modos, Martina se animó a preguntar sobre la identidad de aquella mujer.

—Es mi esposa —respondió el arquitecto.

—¿Y ella no está aquí en Yatareni? —preguntó Guadalupe.

Ahora que lo mencionan, jamás la he visto ¿no vivirá aquí?

El arquitecto guardó un profundo silencio y al final dijo seriamente:

—Si, ella está aquí.

Entonces vi que Mayra actuaba de forma extraña, como si estuviera incomoda. Pensé que era algo normal en ella hasta que vi que su papá también actuaba de la misma forma. ¿Se habrán divorciado?

—¿Pasa algo? —pregunté al verlos.

Mayra hizo una larga pausa, me pareció que hasta tragó saliva y dijo al fin:

—Ella ya falleció.

Ahora los que se sentían incomodos éramos nosotros.

Inmediatamente nos disculpamos con los dos, pero Mayra y su papá no le tomaron mucha importancia.

—No lo sabían de todos modos —comentó el papá de Mayra.

Y entonces, para eliminar la incomodidad, Gibrán cambió de tema:

—Me sorprende que usted sea aficionado al manga y al anime. Pude darme cuenta al ver sus figuras la vez que fuimos a su oficina para pedirle permiso de venir, pero hasta ahora quise preguntárselo.

—Pues lo soy aún de cierto modo —respondió—. Pero todo fue por mi esposa.

Nadie se esperaba que el papá de Mayra mencionara de nuevo a su esposa fallecida, y ahora Gibrán no sabía cómo continuar la conversación

sin sentirse incómodo.

—De hecho— continuó—. Dentro de pocos días será el aniversario de su muerte…

Ok, nosotros ya no tocamos el tema por respeto pero parece que él sí quiere seguir hablando de ella.

—…Y me gustaría que nos acompañaran.

Esperen… ¿Qué? ¿Nos está invitando? ¿A un montón de desconocidos a algo que debería ser privado? ¿A algo que debería de asistir sólo su familia cercana?

—¿De verdad nos está invitando? —preguntó incrédulo el líder de SPEED.

—Si —respondió.

—Es… un honor —dije—. Creo… pero ¿Por qué? Es decir… a este tipo de cosas solo deberían ir usted y Mayra porque son su familia, pero nosotros no tenemos nada que hacer ahí.

—Esto lo hago por ella —respondió—. Les aseguro que a ella le habría gustado así.

—Bueno —dijo Gibrán sonriendo—. Será un honor acompañarlo ese día.

Y después de eso, le agradecimos al arqui por el "tour" por la obra y por invitarnos al aniversario luctuoso de su esposa, devolvimos los cascos y chalecos y nos despedimos.

Por cierto, la arenga de despedida la hicimos cuando salimos de la obra, no creo que hubiera sido buena idea hacerla dentro.

Entonces nos separamos, cada quien a su hogar.

No vi mucho a Mayra en ese momento y cuando me di cuenta, ya se había alejado por otro camino. Como de costumbre, iba sola.

La verdad no pensé mucho en su reacción cuando su papá nos invitó a lo de su esposa. No sé cómo lo habrá tomado. En esos momentos, mi cabeza estaba más ocupada intentando enlazar todas las ideas que se me ocurrieron para la novela. Lo que más me importaba era llegar y escribirlo todo antes de que se me olvidara.

Pero antes, tenía que pasar a comprar un cuaderno.

Capítulo 18

Dieciséis

El miércoles siguiente fue la visita al panteón.

Ese día no trabajé, el arqui me dio el día libre precisamente porque iríamos a ver a su esposa.

Nos reunimos en el panteón de Yatareni, ubicado a las afueras del pueblo a las tres de la tarde.

Primero llegué yo y casi de inmediato llegaron Gibrán junto con los demás miembros de SPEED.

Y media hora después llegaron Mayra y su papá con algunos ramos de flores.

Tardaron en llegar porque pasaron a comprar esas flores antes y, al parecer, no se decidían por cuáles serían las adecuadas.

Como de costumbre Mayra venía con su capa roja y su vestido negro, aunque creo que es la primera vez que viene vestida de manera correcta para la ocasión.

Entramos al panteón y caminamos siguiendo a Mayra y a su papá, ya que ellos sabían dónde estaba.

Debo decir que siempre que entro a lugares como estos me siento incómodo. El tema de la muerte es algo muy inquietante para mí, y en ocasiones de solo pensar en ello, me causa un poco de ansiedad.

Así que me entretenía viendo los obituarios de algunas lapidas. Leía los nombres y los tiempos de vida de cada una, cosa que me recordó un cierto anime, y vi que este panteón ya llevaba funcionando desde muchos años antes, siglos quizá.

Vi a personas que llevaban más de cien años fallecidas. Gente que nació cuando este país todavía no se independizaba.

Pude ver que otras lapidas tenían oraciones como el Padrenuestro o el Ave María.

Y otras tenían dedicatorias como “Tú familia siempre te recordará” y cosas de ese estilo.

Y, había también, otros obituarios con mucho sentido del humor como "Les dije que me sentía mal", "Aquí yace mi esposa, fría como siempre" y "Señor, recíbela con la misma alegría con la que yo te la mando"

Mientras me entretenía, también los vi a ellos.

Incluso me detuve a contemplarlos mejor.

No los reconocí a primera vista, pero los identifiqué luego de leer sus nombres y el hecho de que se apellidaban como mi madre.

Las dos tumbas, de los abuelos maternos de mi madre, una junto a la otra, estaban ahí.

Aun conservaban frescas las flores que mi madre les trajo el día en el que vine por primera vez a Yatareni.

Yo no la acompañé ese día, pero sé que ella las dejó porque ella misma dijo que lo haría.

Seguramente en este panteón hay más familiares que no conozco.

Entonces apreté el paso y me adelanté cuando ya los demás habían llegado a la tumba de la madre de Mayra.

Debo decir que lo que vimos los chicos de SPEED y yo fue algo impresionante, y de hecho hizo que se me fuera un poco la ansiedad que sentía en ese momento.

La tumba de la madre de Mayra se encontraba en un nicho que la rodeaba completamente. Tenía la apariencia de un pequeño templo griego. Estaba hecho de mármol así que destacaba en todo el panteón. Parece que no escatimaron en gastos a la hora de hacerlo.

Y en el centro, una placa con su nombre y su tiempo de vida.

Se llamaba Cecilia y había fallecido hacia cinco años atrás.

Pero lo que más llamaba la atención era que, tenía grabados en el mármol, personajes de animes de los 80´s y 90´s. No veo mucho anime antiguo, pero reconocí algunos.

—Llama la atención ¿verdad? —dijo Mayra sonriendo un poco al verme viendo esto.

—Señores —dijo Gibrán—. Estamos ante una verdadera fanática del manga

y el anime, cuya pasión superó incluso las barreras de la muerte.

—¿Entonces la tumba era de tu madre? —preguntó Martina—. ¿Tú mamá era la que estaba aquí?

—¿Ya la conocían? —comenté.

—De cierto modo este lugar es un atractivo turístico para los pocos otakus que hay en el pueblo —respondió Mayra.

—Aquí todos, hasta los que no son otakus conocen esta tumba —mencionó Gibrán—. Pero no me esperaba que se tratara de la madre de Mayra.

—¿Ella pidió que le hicieran una lápida así? —pregunté al arquitecto.

—De hecho —respondió—. Ella misma lo diseñó.

Me pregunto qué habrá pensado el cantero que la esculpió cuando se la pidieron.

No, mejor dicho, si la madre de Mayra la diseñó, ¿significa que ya sabía que se iba a morir?

Lo primero que hicimos fue limpiar la tumba. Barrimos el nicho y los alrededores, también acomodamos la tierra a su alrededor y después, el papá de Mayra y ella pusieron las flores junto con algo de agua en unos floreros que venían integrados a la lápida.

Después nos pusimos a rezar. Rezamos un pequeño Rosario que fue dirigido por Martina, la más pequeña del grupo, que se ofreció a rezarlo.

Para tener catorce años me sorprende que ya sepa una oración así, aunque tampoco es como si fuera difícil rezar el Rosario, porque es muy repetitiva.

De hecho, creo que aquí en Yatareni, desde chicos se les enseña a rezar esa y otras oraciones.

Mi tía por ejemplo, sabe rezar el Rosario dedicado a los difuntos, una versión mejorada de la que estaba rezando Martina, así que cuando alguien muere en Yatareni, sus familiares siempre buscan a mi tía para que les vaya a rezar. Pero esto no me lo contó mi tía, la misma Martina me lo dijo.

Insisto, la gente en estos pueblos es muy religiosa.

Cuando acabamos de rezar, rezamos por ultimo un Padre Nuestro, pero, Gibrán y su tropa rezaron una oración diferente.

Ellos rezaron una versión distorsionada que aludía a varios personajes de manga y anime.

Me parece que esa oración la distribuían en tarjetitas en una convención de anime a la que fui en mi ciudad, pero no sé qué hice con ella.

Me pregunto si lo hizo como broma o sí se lo tomó enserio.

Más bien, me pregunto si está bien hacer algo así.

El arqui comenzó a decir unas palabras, solo que a medida que hablaba, parecía más hablar consigo mismo y, finalmente, gracias a su plática, nos enteramos de su historia.

Se conocieron en su juventud, el entonces estudiante de arquitectura por mera curiosidad asistió a una convención de anime, y ahí la conoció.

Cecilia llamaba mucho la atención gracias a su cosplay, muy realista porque era cosplayer profesional.

Fue amor a primera vista, pero él ya se había hecho a la idea.

¿Por qué una cosplayer profesional se fijaría en alguien como él? Eran de mundos diferentes.

No era nadie entonces, no destacaba en nada y estudiaba aquella carrera por obligación. Buscaba una salida para desahogarse y por eso vino a aquella convención.

Sin embargo, ella misma tomó la iniciativa de hablarle. Él estaba sorprendido y no sabía por qué.

A partir de ese momento comenzaron a frecuentar esos eventos.

Cecilia era muy alegre, demasiado. Literalmente le veía el lado positivo a todo y eso era lo que él más admiraba y amaba de ella. Y por eso permaneció a su lado, porque ella le contagiaba sus ganas de vivir la vida. Pero él siempre se preguntó por qué una chica como ella se fijaría en alguien aburrido como él.

Ella siempre comentaba que el manga y el anime era su pasión y por eso hacia sus cosplays con esfuerzo y dedicación a tal grado que de verdad parecía el personaje en el mundo real.

Por ella, él terminó conociendo ese extraño mundo del manga y el anime y se aficiono a él, afición que posteriormente trasmitió también a su hija Mayra.

Era frecuente verlos en las convenciones haciendo cosplays familiares.

Fue ella quien le compró la capa roja a su hija como regalo de cumpleaños.

Pero entonces llegaron las malas noticias. Cuando Mayra cumplió 13 años, a Cecilia le diagnosticaron cáncer, uno muy avanzado.

Para ese entonces, soñaban con un viaje a Japón, pero, debido a la noticia, el dinero que habían ahorrado con esfuerzo a través de los años para aquel viaje, se esfumó en el tratamiento de su esposa.

Pero, a pesar de todo eso, Cecilia seguía manteniéndose positiva, porque creía que se terminaría curando. Hablaba como si ya estuviera recuperada y siempre mencionaba todo lo que harían cuando fueran a Japón. Incluso, cuando perdió el cabello por causa de las quimioterapias, bromeaba y hacia chistes con ello, diciendo cosas como "Haré el cosplay de un personaje calvo"

En una ocasión, su esposo la sorprendió pintándose una flecha en la calva, ella solo sonrió.

—Incluso cuando supo que ya no tenía remedio —dijo el arqui—. Ni así dejó de sonreír, afrontando su destino. Como ella decía: "Total, sonría o no sonría me voy a morir de todos modos, puedo decidir si quiero seguir triste o si quiero vivir feliz mis últimos momentos, y nada va a cambiar eso, por eso decidí seguir alegre hasta el final"

Por eso, hasta se entretenía diseñando su tumba y agregándole personajes de anime como para hacerlo más divertido, o más soportable.

Probablemente, lo hizo como broma, pero su esposo se lo tomó muy enserio, precisamente porque con eso les estaba diciendo que debían sonreír sin importar qué.

En el último día, se despidieron y ella le encargó un último favor:

"Tienes que enseñarle a Mayra lo que yo te enseñé, a ser feliz. No

permitas que algo como esto la derribe”

Y ahí, él entendió por qué ella se fijó en un perdedor como él.

Ella fue como un ángel que llegó a la Tierra a buscar al alma más desdichada. Su misión era demostrarle que hasta alguien así podría ser feliz. Solo necesitaba un pequeño empujón.

Y realmente cumplió su misión, fueron los mejores años de su vida.

Ella se fue poco después de que Mayra cumplió los 15 años de edad.

Mayra entonces comenzó a sopesar la pérdida, refugiándose en lo que su madre le había enseñado: el manga y el anime, comenzando primero como un medio para recordarla, pero después tomándole gusto personal.

Ahora entiendo por qué nunca se quita su capa, le recuerda a su madre, o como diría su papá: “La hace sentir más cerca de su madre”

Y esos vestidos góticos que siempre usa, son por dos razones, por el gusto de la cultura otaku y porque de cierto modo, sigue de luto.

De todos modos, Mayra entró en depresión. Bajó sus notas y dejó de ir a la escuela cuando ya estaba comenzando a estudiar la carrera de leyes para convertirse en abogada. Consiguió trabajos menores, pero siempre cometía errores hasta en las cosas más fáciles porque se distraía mucho.

Siguió viendo manga y anime para escapar de la realidad de su madre ausente y llegó a tal grado de tomar más enserio esas cosas que la vida real. Pero se volvió demasiado introvertida y no se juntaba con nadie.

Gibrán llegaría a decir que ella estaría desarrollando eso que llaman chuunibyou, pero yo conozco los síntomas y no creo que sea eso.

Quien padece el Síndrome de Octavo Grado, como también se le conoce, se cree y siente que es un personaje de anime, con poderes y ese tipo de cosas, pero ella no es así, ella sería más como una emo.

Su padre mencionó que la diagnosticaron con principios del síndrome de Peter Pan.

Este síndrome se caracteriza por que la persona que lo padece, es un adulto que quiere dejar de serlo, comportándose de nuevo de manera infantil, porque no es capaz de afrontar la realidad en la que vive.

Y Mayra mencionó que, desde entonces, su padre comenzó a tomar. Era cada vez más frecuente que fuera a cantinas a emborracharse hasta perderse. Eso le había causado problemas en su trabajo, pero estaba

tratando de dejarlo porque ahora tenía una obra más importante, que era la residencia en la que estamos trabajando. Le pagarían muy bien y no podía darse el lujo de perderla por culpa del alcohol. Quizá si todo salía bien, con aquel pago podrían cumplir su viejo sueño de ir a Japón. Harían el viaje que ya no pudieron hacer junto con su madre.

—Y por eso los invité —dijo al final—. Desde que su madre falleció, Mayra no se había juntado con nadie. Ustedes son los primeros en cinco años, y les estoy agradecido porque la están ayudando a superar sus traumas.

Creo que, en realidad, no hemos hecho mucho porque, a mi parecer, Mayra sigue igual, aunque sí es un avance que ya se junte con más personas, es un buen comienzo.

Después de eso, nos despedimos de la madre de Mayra con una oración más personal, en el caso de su papá y su hija.

Pero lo que dijo el papá de Mayra nos llamó mucho la atención.

—Perdóname por no poder cumplir mi promesa —dijo el arqui en voz baja, pero aun así éramos capaces de oírlo—. Pero creo que enviaste a la persona que sí será capaz de hacerlo.

¿De quién hablaba?

Capítulo 19

Diecisiete

El sábado siguiente, me dirigí a la iglesia del cerro, a una nueva reunión de la Sociedad.

Podría haber subido corriendo, pero, debido a la cuesta, me cansaría más rápido.

Y es que ya era algo tarde. Salí de la casa de mi tía un poco después del mediodía porque ella me dijo que comiera antes de irme.

¿Cómo podría decirle que no?

Y por almorzar su muy deliciosa comida, se me hizo tarde, así que asumí que ya estarían reunidos. Pero no era así.

Mayra también iba llegando al mismo tiempo. Parece ser que tuvo el mismo problema que yo, ya que se veía un poco agitada.

Solo que, asumo que ella en realidad acababa de levantarse.

Se supone que, en los pueblos, la gente tiene la costumbre de levantarse entre las cinco y seis de la mañana, cosa que yo no hago porque no estoy acostumbrado a eso.

Pero yo vengo de la ciudad, ella ha vivido aquí toda su vida.

De verdad que esta chica es rara.

En fin. Llegamos al mismo tiempo, se podría decir, y ambos vimos la iglesia, o, mejor dicho, la base de SPEED vacía.

Y con esto me refiero a que no había un alma aparte de nosotros dos ahí.

La iglesia aún permanecía cerrada, y, evidentemente no había nadie adentro.

—Que raro —murmuré mientras veía el reloj de mi muñeca, confirmando que ya pasaban diez minutos después del mediodía—. Gibrán siempre es el primero en llegar.

Siendo el líder, Gibrán siempre llega unos diez minutos antes para acomodar las sillas y las mesas, ya que siempre que nos vamos al acabar

una reunión, las dejamos apiladas.

—Esto definitivamente es raro —me dije.

Mayra no dijo nada, sólo me escuchaba, ni se molestó en saludarme, aunque eso ya es una costumbre en ella.

—¿No lo viste? —le pregunté como para tratar de iniciar una plática.

Ella sólo movió la cabeza negativamente.

Y justo en ese momento, vimos llegar a dos de las chicas.

Eran Guadalupe y Angelina.

Asumí al inicio que a ellas también se les hizo tarde, porque también venían jadeando.

Hasta que Angelina, después de reponerse, nos dijo:

—Gibrán no podrá venir, se enfermó y está en su casa.

—Y Claudio y Martina ya están con él —completó Guadalupe.

—Nos dijo que viniéramos aquí por si venían a la base para que les avisáramos.

—¿Se enfermó? —pregunté—. ¿Qué le paso?

—Un resfriado y tos —respondió Guadalupe—. No está tan mal, pero su madre no lo dejó salir hoy.

—¿Entonces hoy no habrá reunión? —preguntó Mayra.

—Nos envió porque quiere que vayamos a su casa —respondió Angelina—. Ustedes son los únicos que no lo sabían, por eso venimos por ustedes.

Situada en el centro de Yatareni, frente a la plaza del pueblo, la casa de Gibrán no destaca mucho entre las demás, ya que, como todas, también está formada por adobe y techos de lámina principalmente. Sin embargo, algunas otras habitaciones tienen techo de losa maciza porque soportan un segundo piso.

Pero no es su casa lo que llamaba la atención, era la fonda que estaba al

lado, propiedad de su madre.

Era un verdadero restaurante, muy grande para los estándares normales de una fonda de pueblo.

Un local grande, que aunque también estaba formado de adobe y cal, estaba pintado de distintos colores, predominando el rosa mexicano.

Y rematando en la parte superior, un letrero: “Fonda de Comida Económica”

Me pregunté si de verdad ese era el nombre de la fonda, sobretodo porque me sonó como a nombre de una cierta librería.

No pude ver adentro porque las puertas estaban cerradas. Parece que apenas estaban abriendo, a pesar de la hora.

Aunque no entramos, pude ver ya desde ahí que, parecía un lugar agradable a la vista, con su arquitectura propia de una hacienda revolucionaria y con elementos típicos de una cocina mexicana y ya desde ahí se percibía el aroma de la comida que preparaban. No muy diferente a lo que prepara mi tía.

En fin. Entramos a la casa de Gibrán por otro lado. Ingresamos a un patio, también de tierra, donde igual hay animales de granja en sus respectivos corrales.

Y Guadalupe nos llevó a la habitación de Gibrán.

Debo decir que Gibrán es la primera persona que conozco que de verdad está apasionado con el anime, o con todo el entretenimiento de origen japonés.

Su habitación definitivamente no correspondería para nada con la típica habitación de un chico pueblerino. De tantas cosas relacionadas al anime que tenía, tantas figuras, tantos posters cubriendo casi la totalidad de las paredes, la puerta y hasta el techo, parecía un chico de ciudad.

Era como si la base de SPEED se hubiera instalado en su habitación.

Me pregunto qué pensarían sus padres de todo esto.

El líder de SPEED estaba recostado en la cama, seguía sonriendo como de costumbre aunque a ratos tosía.

Lo acompañaban Claudio y Martina.

Es increíble que ni estando enfermo se quitara los lentes. La misma costumbre de Mayra con su capa, aunque en ella creo que es un poco más comprensible porque ya sé por qué lo hace.

A pesar de que se veía un poco pálido y débil, no dejaba de hacer esas poses extrañas ni de hablar de manera positiva. Quizá lo hacía para no parecer débil frente a sus subordinados.

—Gracias muchachos —dijo—. Por mantener las tradiciones del anime vivas.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Él se refiere a que, así como sucede en los animes —explicó Martina—. Su amigos vinieron a visitarlo.

—No te visitamos solo porque quisiéramos imitar lo que hacen en los animes —argumenté—. Tú mismo nos pediste que viniéramos a verte. Y además, este tipo de cosas las hace todo el mundo.

—Pues así pasa también en los animes —me dijo de todos modos.

—Olvídalo —me rendí—. De todos modos ¿estás bien?

—Sólo fue un catarro —respondió—. Con algo de tos incluida, comienza a hacer aún más frio a medida que se acerca diciembre, pero me recuperaré estos días, Estaré operativo para la siguiente reunión de SPEED.

—Ah y por cierto —dije—. Esto no es como en el anime porque no te traje algo, no se me ocurrió pasar a comprarte fruta o algo así.

—Descuida —respondió y tosió un poco—. Ya comí mucha fruta este día, okaas… es decir, mi madre me preparó fruta picada.

¿Qué estabas por decir Gibrán y porqué te detuviste?

—¿Y no habrá reunión hoy? —preguntó Mayra.

Al parecer Mayra era la más interesada en la reunión, es la segunda vez que lo pregunta, vaya ironía.

—Puedes presidir tú la reunión —me dijo Gibrán.

—¿Yo? —exclamé sorprendido.

—Eliseo —me dijo sonando como un rey que está por ordenar a un caballero y extendió su mano hacia mi—. Te nombro líder temporal de SPEED, tu misión será llevar a cabo la reunión del día de hoy.

—Espera, todavía no te he dicho que he aceptado.

Aunque de todos modos ya no puedo retractarme. Igual y lo hizo de una manera extraña, pero, aun así, sentí que de verdad me dio la responsabilidad.

—No es tan difícil —dijo Martina—. Solo tenemos que hacer lo que siempre hacemos, que es leer manga, ver anime y comentar al respecto.

—En ese caso no había necesidad de nombrarme líder sustituto —repliqué—. Ustedes pueden hacer eso sin que yo se los ordene.

—Es para que no se pierda el día de hoy —respondió Gibrán—. Pero sobretodo es para que la Sociedad no se quede sin un líder, es más que nada por mera formalidad.

Al final acepté, y eso fue más que nada, porque lo ideal sería dejar descansar a Gibrán para que se recuperara.

Aunque también sería bueno que alguna de las chicas, o Claudio, se quedara a asistirlo, pero creo que su madre ya se está encargando de eso. Supongo que por eso abrió tarde su fonda.

Además, Martina tenía razón. No es como si dirigir un grupo de otakus fuera la gran ciencia, ella describió a la perfección lo que hacemos todos los sábados en las reuniones de SPEED.

De modo que todos, menos Gibrán, nos dirigimos de nuevo a la iglesia, y, cuando ya todos estábamos ahí, yo, ocupando, no sólo temporalmente, sino también físicamente, el lugar de Gibrán, simplemente me limité a decirles:

—Gibrán me nombró líder temporal, pero ustedes ya saben qué hacer. Sé que debemos primero platicar sobre manga y anime y luego cada quien se va a leer o ver lo que quiera, pero, creo que dejaré que ustedes mismos decidan qué hacer.

Es decir, les estaba diciendo que hicieran lo que les diera la gana.

Y eso hicieron, no protestaron ni nada por el estilo, parecían satisfechos

con ello.

Debo decir que, incluso con una orden sencilla como esa me puse nervioso, pero traté de disimularlo.

Será mucho peor cuando dirija una obra. A menos que encuentre otra área de la arquitectura en la que pueda especializarme que no sea en obra, o hasta que logre algo con mi novela… quizá lo primero.

Capítulo 20

Dieciocho

En la semana, como de costumbre, me encontraba trabajando en la oficina del arqui.

Él, por su parte, se encontraba en su escritorio, también estaba concentrado en la tarea de revisar algunos documentos correspondientes a los permisos de la obra y otras cosas.

Así que nos tomó por sorpresa su llegada.

La hija del arquitecto abrió la puerta de golpe y, nada más pasar, anunció, de manera intempestiva, siendo la primera vez que la veía actuar así:

—Tengo hambre.

Siempre es tímida, y cuando la veo impulsiva por primera vez, es por algo tan banal.

—¿Y crees que esto es una cocina o qué? —respondió su padre, quien, sin siquiera mirarla, seguía leyendo los documentos.

Yo solo me limité a oírlos, aunque seguía metido en mi computadora. Como tiene la costumbre de no saludarme, yo también no la saludé.

—No hay nada de comer en la casa y tengo hambre —insistió la chica.

—Ya te escuché la primera vez —respondió su padre—. ¿Por qué no vas a la tienda y te compras tus botanas como siempre lo haces?

—¿Quiero comida de verdad?

—Aprende a cocinar.

—¿Quieres, por favor, dejar de lado tu machismo y alimentarme?

Escuchar discutir a estos dos me hace el día.

Esta vez, el papá de Mayra dejó sus documentos a un lado y miró el reloj que colgaba de una de las paredes de la oficina. Eran ya las dos de la tarde.

Y entonces, dirigiendo su mirada hacia mí, me preguntó:

—¿Tú también tienes hambre?

El arqui nos invitó a Mayra y a mí a almorzar en la fonda de la mamá de Gibrán.

No sé si es la única fonda en Yatareni, pero sí es la más grande, y la que más vende.

Me sentí un poco emocionado. Al inicio no sabía por qué, no sabía si fue por el aroma delicioso que percibí el día que visitamos a Gibrán. Ese día, el aroma me estaba invitando a entrar, y en esta ocasión estaba repitiéndose.

O era por la arquitectura regional del lugar, que me hacía sentir muy agradable.

O quizá solo tenía hambre.

Pero finalmente entramos.

Una puerta de hierro forjado, con unos diseños que se repetían en las rejas del mismo material que cubrían las ventanas, nos dio paso a la fonda.

El local opacaba por mucho a la casa en sí. Era mucho más grande que la casa de Gibrán, contando el patio.

Un gran espacio decorado y diseñado arquitectónicamente de tal manera que pareciera una verdadera cocina tradicional mexicana, con sus muros recubiertos de azulejo y talavera, suelo de madera de caoba color oscuro, paredes gruesas recubiertas de cal blanca y de otros coloridos tonos, de los que predominaba el rosa mexicano, y techos de lámina sostenidos por vigas de madera.

No sabría si estaban ahí por adorno o porque realmente se usaban, pero, por todas las paredes, colgaban varias ollas de barros de distintos tamaños, también algunos cucharones de madera, comales de distintos diámetros, jarros, platos y demás utensilios de cocina hechos también de barro, algunos decorados artesanalmente a tal grado que no parecían creados específicamente para usarse en una cocina sino para exhibirse en alguna vitrina, porque de verdad parecían obras de arte.

Aunque sí había vitrinas, solo que estas guardaban jarros de vidrio, vasos, licoreras y otros utensilios de cristal. Todo esto estaba dispuesto cerca de

aquella cocina.

Gran parte del espacio era ocupado por alrededor de veinte mesas con ocho sillas cada una, aunque había otras mesas más chicas para cuatro comensales. Las mesas estaban decoradas con manteles artesanales de colores vívidos, que también parecían obras de arte, aunque tan solo sirvieran para cubrir la mesa.

Las sillas, también de madera, estaban pintadas de diferentes colores, también de manera artesanal al igual que las mesas.

Y en las paredes del restaurante, alternando con las ventanas, colgaban cuadros, imágenes, pinturas, de paisajes mexicanos, de pueblos como Taxco y Guanajuato, de una mujer moliendo el nixtamal para crear la masa, de un charro a caballo que le entregaba una flor a una mujer indígena muy bella, de la leyenda de los volcanes Popocatépetl e Iztaccíhuatl, de una pelea de gallos, de un jaripeo, y demás escenas cotidianas mexicanas.

La fonda era atendida por meseras, todas eran mujeres y todas vestían de tehuanas, que es una vestimenta tradicional de por aquí.

Una de ellas fue la que nos abrió la puerta dándonos la bienvenida.

Creo que subestime a Gibrán. Cuando mencionó lo de la fonda de su madre pensé que no sería la gran cosa, porque esa fue la impresión que tuve cuando la vi desde fuera el día que visitamos a Gibrán, pero esto es algo impresionante, se trata de una fonda muy grande.

Por lo que supe después, parece ser que esta fonda goza de un cierto éxito en Yatareni, por eso tienen varios empleados, desde las meseras, las cocineras, la gente de limpieza, que sólo limpia cuando el negocio está cerrado, y demás empleados que no vi.

También me enteré posteriormente que, también surten banquetes especiales a eventos como bodas, XV años y demás fiestas. Creo que aquel día precisamente tenían una entrega para 150 comensales en una fiesta que se iba a celebrar en Endhó, que es otro pueblo cercano, de manera que había muchas cocineras trabajando en el sótano, donde habían instalado recientemente una nueva cocina porque, como el negocio seguía creciendo, necesitaban darse abasto.

Y fue por esa razón que desalojaron a la Sociedad de aquel sótano, y terminaron en el escondite de Mayra.

Otra de las tehuanas nos invitó a pasar a una mesa para cuatro personas y nos saludó de una manera muy amable mientras nos pedía lo que

ordenaríamos al tiempo que nos daba unas cartas con el menú.

Hasta las cartas parecían lienzos tradicionales de lo decoradas que estaban.

Era en verdad agradable estar ahí, percibiendo ya desde ese momento el aroma de todos los alimentos que estaban preparando.

Toda la comida era preparada en la cocina situada al fondo. Las cocineras también vestían con ropa tradicional, solo que más sencilla que el de las tehuanas. Casi todas ya eran de edad avanzada.

Preparaban la comida por medios tradicionales. Picaban el chile y los condimentos en un molcajete, hacían las tortillas, aplanándolas con la mano y poniéndolas en los comales. Tenían además varios hornos y fogones donde cocinaban la comida.

No dependían casi nada de los aparatos eléctricos, nada de hornos de microondas, ni de licuadoras, aunque había algunas excepciones como, por ejemplo, un refrigerador, que siempre es necesario.

Y todo eso hizo que no me percatara en un inicio de la identidad de la tehuana que nos llevó hasta nuestra mesa.

Ella sí nos reconoció, pero no dijo nada esperando que nosotros la reconociéramos.

Solo hasta que tomamos nuestro lugar, la identificamos.

Era Guadalupe.

Capítulo 21

Diecinueve

Mayra también se dio cuenta muy tarde.

A decir verdad, aunque Guadalupe no era muy atractiva realmente, verla vestida de ese modo resaltó la poca belleza que tenía. Como se veía muy diferente, creo que por eso no la reconocí al inicio.

—¿Trabajas aquí? —preguntamos.

—Por ahora si —respondió—. Gibrán es el que ayuda a su madre cuando regresa de la escuela, pero como está enfermo, yo me ofrecí a apoyarla.

—¿Y él está bien? —preguntó Mayra.

—Está mejor que cuando lo fuimos a ver —respondió Guadalupe—. Pero aun así su mamá no quiso que la ayudara.

—Espera —me detuve porque hasta ese momento entendí lo que Guadalupe quiso decirme—. ¿Gibrán ayuda a su madre en la fonda?

Mi mente divagó en un pensamiento donde Gibrán estaba vestido de tehuana, dándonos la bienvenida a la fonda, pero aún seguía usando el sombrero y los lentes negros.

Hasta que Guadalupe me sacó de mi fantasía:

—Él ayuda en la cocina, o a veces acomoda mesas y sillas. No estabas pensando en que él también se vestía así ¿verdad?

—No… claro que no —contesté algo apenado—. Pero te ves bien —comenté para olvidarme del asunto.

—Gracias —respondió un poco ruborizada—. También me da gusto que hayan venido, aunque pensé que Mayra ya estaba aquí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la chica.

—Es decir —dijo algo seria—. Hay sentada allá otra Mayra, una chica idéntica a ti, pero no está vestida como tú. Pensé que eras tú, pero cuando le hablé de SPEED parecía no saber de qué hablaba.

—Mayra Páez —comenté al echar un vistazo a aquella mesa—. ¿Se parecen

bastante verdad?

—¿Otra Mayra? —preguntó el arqui.

—Ah —expliqué—. Lo que sucede es que hay una chica que es idéntica físicamente a Mayra y que además también se llama así.

—Y vive aquí en Yatareni —continuó su hija—. No la habíamos visto antes porque vivía en Sayula.

Mayra Páez, vestida de manera similar a como estaba el día que conoció a la otra Mayra, según la foto que me mandó, esperaba solitaria en una de las mesas cercanas a la puerta. Guadalupe me dijo que acababa de llegar y aun esperaba su orden.

—¿Y ella también es otaku? —preguntó el arqui, quizá de manera sarcástica.

—No —respondí—. Que yo sepa.

—De hecho creo que sí lo es, o por lo menos tiene conocimiento de anime —dijo Guadalupe.

—¿Por qué lo dices?

—Cuando le hice la plática creyendo que eras tú —explicó la chica—. Le comenté que pertenecíamos a una sociedad llamada SPEED, pensé que eras tú y fingías que no sabías nada, pero por su manera de hablar, y por el hecho de que no llevaba ni la capa ni el vestido, supe que no eras tú, aunque el parecido era muy grande. Además, cuando le dije todo eso, pareció mostrar interés y me preguntó por mi anime favorito.

—¿De verdad?

Vaya, eso sí sería una sorpresa, que la otra Mayra también sea otaku, aunque, yo más bien pensaría que no es tan fan del anime como Mayra y yo. Quizá es de esas personas que se avergüenzan de serlo por los prejuicios que se tiene hacia los otakus y por eso no lo hacen tan público.

Bueno, pensándolo bien, no sería una sorpresa que sea otaku. Con eso de que se parece en muchas cosas a la Mayra de la capa roja, era de esperarse.

—¿Quieren que la llame? —preguntó de repente Guadalupe.

—¿Qué?

—Está solita —dijo mientras nos señalaba dónde estaba sentada.

Curiosamente no hubo necesidad de hacerlo. Cuando ella la señaló, Mayra Páez ya se encontraba de camino a nuestra mesa. Llegó y se sentó en el asiento vacío que quedaba. Terminó sentándose al lado de la otra Mayra porque el arqui y yo ocupábamos los otros dos asientos de enfrente. Así pudimos comprobar que de verdad eran idénticas, y era en verdad impresionante.

Llamaban la atención de los comensales que estaban ahí, aunque ya deporsí, Mayra Palacios llamaba la atención por su capa roja.

Me pregunto en qué estaría pensando el arquitecto.

—Hola chicos —nos saludó como si ya nos conociéramos desde hace mucho tiempo.

—Yo me retiro —dijo Guadalupe—. Tengo que llevar sus órdenes para que las preparen, no me di cuenta de que me quedé platicando con ustedes y…

—Descuida —le dije y se alejó a toda prisa.

—De verdad es idéntica —comentó el arquitecto sin salir de su asombro—. Es como tu gemela.

Y agregó:

—Me dijeron que no vivías aquí, vienes de Sayula ¿cierto?

—Así es —respondió—. Viví toda mi vida allá pero me mudé recientemente, aunque todavía sigo yendo varias veces a Sayula a arreglar unos asuntos, así que todavía no paso mucho tiempo aquí. Pero espero esta semana ya poder acabar con eso.

—Por eso no la he visto tan seguido —comentó la otra Mayra.

—¿Y tú sigues refugiándote en la iglesia? —le preguntó Mayra Páez.

—De hecho ahora funciona como base de SPEED —respondió la Mayra de la capa roja—. Se ve bien, deberías ir a visitarnos, ya que, por lo que oímos, también te interesa el anime.

Yo no sé qué intentaba lograr Mayra Palacios con eso. Parecía como si la estuviera retando a admitir que de verdad ve anime, aunque pienso que igual y no era para tanto.

Y sé que tramaba algo porque cuando le dijo eso último, sonrió un poco.

Quizá aquello que pensé de que ella esconde sus aficiones era cierto, por eso aunque sí me dio curiosidad, decidí no preguntarle.

Pero Mayra no pensó lo mismo que yo y le preguntó de todos modos.

Y la otra Mayra se quedó seria. Estuvo largo rato pensando en una respuesta.

—Pues sí veo anime —respondió—. Aunque no mucho. No soy tan fan como ustedes al parecer. Pero me llamó la atención lo que dijo la tehuana —continuó—. Acerca de que pertenecen a un club de anime, ¿Cómo dijo que se llamaba? ¿Speedy? ¿Cómo el ratón?

—SPEED —corregí.

—¿Por qué dices que te llamó la atención? —preguntó la de la capa roja.

En ese momento Guadalupe iba llegando con nuestros pedidos, todos sobre una bandeja de plata, la puso en la mesa y los distribuyó.

El papá de Mayra pidió unos chiles en nogada, un chile poblano relleno de un guisado de picadillo y frutas con acitrón, cubierto de salsa de nuez, perejil y granada.

Yo pedí un mole poblano con arroz blanco y pierna de pollo.

Curiosamente las dos Mayras pidieron el mismo platillo: Unos huevos motuleños.

—¿Gustan que les traiga algo de tomar? —nos preguntó Guadalupe—. Tenemos pulque, mezcal, tequila, o también aguas frescas, café…

—¿Tienes cerveza? —preguntó el arqui.

Mayra Páez y yo nos dimos cuenta de que la otra Mayra se quedó mirando fijamente a su padre. Como si fuera una madre que está por regañar a su hijo por alguna travesura que está por cometer.

—Mejor unas aguas frescas —dijo al final intimidado por su propia hija.

—¿De qué sabor? —volvió a preguntar nuestra tehuana.

—Dos jarras —respondió—. De Jamaica y horchata por favor.

—En un momento se las traigo —y Guadalupe se alejó.

Realmente la comida olía bien, así que nos dispusimos a comer de inmediato, de manera que por momentos, Mayra Palacios olvidó la pregunta que le hizo a la otra Mayra.

Al menos hasta que insistió.

—Preguntaba por curiosidad —respondió Mayra Páez mientras sonreía y seguía comiendo.

Pero Mayra Palacios no se conformó con esa respuesta.

—Si gustas —dijo—. Puedes venir a nuestras reuniones, quizá Gibrán te dé permiso de unirte al club.

—¿Gibrán?

—Es nuestro líder —comenté.

—Me gustaría —dijo después de esbozar una sonrisa—. Pero no tengo tiempo para esas cosas, yo ya estoy ocupada… —hizo una pausa larga—. …en otras cosas.

—¿Ocupada? —de nuevo la chica de la capa roja insistió de nuevo.

—Verán —dijo después de dar el primer bocado—. A pesar de que vivo aquí, sigo yendo frecuentemente a Sayula para encargarme de unos asuntos en el trabajo de mi madre.

—¿En que trabaja tú madre? —preguntó el arquitecto.

—Tiene una editorial —respondió.

Y entonces toda mi atención se dirigió a la chica.

—¿Tu mamá tiene una editorial? —pregunté sin darme cuenta de que llamé mucho la atención debido a que me emocioné más de la cuenta.

Para ese momento, Guadalupe ya había llegado con las dos jarras de aguas frescas y cuatro vasos de vidrio.

—Disfruten la comida —nos dijo y se alejó de nuevo.

Mayra Páez y Mayra Palacios se sirvieron ambas, un vaso de agua de Jamaica. El arqui y yo optamos por la de horchata.

Pensé que Mayra Palacios seguiría insistiendo con su plática, pero por alguna razón dejó de hacerlo y todos permanecimos en silencio mientras comíamos.

Y ahora que de verdad necesitaba que lo hiciera.

Mayra llamó poderosamente mi atención cuando dijo aquello de la editorial. Pensé ciegamente que podría tener un chance de que publicaran mi novela. Que, aunque ya estaba prácticamente acabada, faltaba corregirla, pulirla, en fin, le faltaba demasiado para que fuera aceptada por una editorial.

Aun así, quería saber más acerca de esa editorial, pero no me atrevía a preguntarle, y menos después de haber llamado la atención de esa manera. Siempre me ha dado pena hablar de estas cosas. Nunca le he contado a nadie que escribo novelas, ni siquiera a mi madre.

La única persona que lo sabe es mi hermana, y eso fue porque un día descubrió un pequeño cuento que escribí cuando me llegó algo de inspiración. No me dijo que lo leyó pero yo la descubrí haciéndolo. No le pregunté ni le increpé nada por pena, y ella tampoco me dio su opinión, aunque me hubiera gustado saber qué pensaba al respecto.

Y al final la plática se disolvió.

Mayra Páez terminó su comida rápidamente, pidió la cuenta y se despidió de nosotros. Todo lo hizo rápidamente, como si tuviera prisa.

—Fue un gusto, espero que podamos vernos después —dijo—. Provecho.

—Gracias —respondimos.

Y así, la chica dejó la fonda, y me dejó a mí con una incertidumbre tremenda.

Estaba a punto de levantarme, alcanzarla y preguntarle por la editorial, pero no me atreví, no hubo valor.

Me prometí a mí mismo que la próxima vez que la viera, definitivamente se lo preguntaría.

Ojala valga la pena.

****

Mayra Páez se encaminaba por las calles del centro de Yatareni. Todavía dio la vuelta y contempló la Fonda de Comida Económica que quedaba a sus espaldas. Recordó la plática que tuvo con Eliseo y la otra Mayra, acerca del club de anime al que la querían invitar.

Y murmuró unas palabras:

—De manera que… en Yatareni también hay un club de anime.

Acto seguido sonrió de una manera maliciosa y se alejó perdiéndose entre las calles del pueblo.

Capítulo 22

Veinte

—Gracias por preocuparse por mí, tropa —anunció Gibrán, ya completamente recuperado de su enfermedad en la siguiente reunión de SPEED—. Fue una lucha difícil, pero vencí —y levantó el puño en señal de victoria, mientras agachaba el rostro.

Como si recuperarse de una enfermedad fuera una gran hazaña.

—Nos alegra que ya estés mejor jefe —comentó Claudio.

Eso me gustaría decir —contestó el líder—. Pero no puedo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Hay malas noticias —respondió—. Ha aparecido una nueva Sociedad en el pueblo.

Todos los miembros nos estremecimos ante la noticia. Bueno, yo tardé un poco más porque, todavía no me acostumbro a llamar a este club social como Sociedad.

Pero pensándolo bien, básicamente se trata de otro grupo de chicos que tienen las mismas aficiones que nosotros, y se reúnen en su propio club. Así que no debería de sorprenderme tanto.

—¿Te refieres a otro grupo como nosotros que también ve anime? —preguntó Claudio.

—Así es.

—¿Pero porque dices que es una mala noticia? —preguntó Guadalupe—. Es decir, creo que eso sería mejor, si por ejemplo, ellos se unieran a SPEED, el club podría crecer y…

—No —la interrumpió—. He conocido a su líder, desde que sabe que existe también una Sociedad en este pueblo, ha declarado intenciones hostiles.

—¿Hostiles?

—Dice que no pueden existir dos Sociedades en Yatareni —comentó Gibrán—. Y tiene razón, pero nosotros no seremos los que desaparecerán.

—Espera —interrumpió Angelina—. ¿De verdad intentarán hacer que

nuestra Sociedad desaparezca?

—Es lo más probable —contestó—. Su líder es una persona casi tan decidida como yo, y bueno, personalmente yo lo conozco desde hace tiempo.

—¿Cómo que lo conoces desde hace tiempo? —pregunté—. ¿Y apenas nos informas que tiene una Sociedad que pretende eliminarnos?

—Eso es porque conozco esa Sociedad desde hace tiempo atrás —contestó mientras se acomodaba los lentes negros tratando de parecer más serio—. Estaban establecidos en Sayula. Después me enteré que su líder vino aquí a Yatareni, pero como su Sociedad no vino con él, pensé que había renunciado o había disuelto su Sociedad. Sin embargo hace muy poco me enteré que de hecho, ya la Sociedad se ha establecido aquí. Ya se han enterado de nuestra existencia y me ha advertido que no duraremos mucho tiempo.

—Yo creo que esto se podría resolver hablando y ya —comenté—. No es para tanto, supongo.

Era cierto, lo que aquí estaba pasando eran dos grupos de chicos aficionados al manga y al anime que estaban por entablar una guerra, solo porque el otro no puede existir. Bueno, los hostiles son ellos, no nosotros. Deporsí algo como esto es absurdo, pero, si tenemos exactamente los mismos gustos, no le veo sentido a esto.

—Lo intenté —dijo Gibrán contestando mi pregunta—. Pero parece ser que nos retarán a algo, una especie de competencia, pero aun no me dan los detalles. Parece ser que la Sociedad que pierda ese torneo, o lo que sea, se disolverá.

—¿Y qué haremos entonces? —preguntó Mayra.

—Aceptar su desafío —dijo el líder bastante convencido—. Lo que sea que hagamos, ganaremos, de eso pueden estar seguros.

—Por cierto —preguntó Claudio—. ¿Sabes dónde está su base?

—No lo sé —contestó—. Parece ser que todavía se están instalando, pero lo que sí sé, o lo que me dijeron ellos, fue que como casi todos son de familias adineradas, tienen mejores cosas que nosotros. Aunque la verdad creo que solo dijeron eso para aparentar, no creo que sea cierto.

—Impresionante —murmuramos a pesar de que el líder dijo que aquello no podría ser cierto.

Al final nos retiramos, no sé si todos, con algo de incertidumbre. Quizá Gibrán sea muy positivo y pueda contagiar a sus subordinados de ello,

pero yo no soy tan influenciable ¿Qué pasaría si de verdad en eso que hagamos, nos venzan y SPEED se disuelve?

Me pregunto si podría unirme entonces a esa otra Sociedad, pero luego pensar en eso me hizo sentí mal. Aunque ha sido poco tiempo, he pasado buenos momentos con Gibrán y los demás, sobre todo con Mayra, no está bien hacerles eso.

El lunes siguiente me presenté en la oficina del arquitecto a seguir trabajando, pero la encontré cerrada.

Era algo peculiar. Por lo general la oficina siempre está abierta y el arqui siempre está a esa hora porque llega una hora antes que yo. Y él mismo ha dicho que, si alguna vez fuera a ausentarse, me avisaría un día antes para que no vaya en balde. Sin embargo, creo que se le pasó avisarme.

Esperé una media hora por si llegaba pero no apareció.

Decidí entonces moverme. Asumí que si no estaba ahí, lo más seguro es que estaría en la obra, quizá dando algunas instrucciones a sus albañiles.

Pero al llegar ahí, lo que vi me sorprendió.

También estaba cerrada.

A esa hora ya deberían estar los trabajadores efectuando sus labores, las maquinas sacando la tierra, en fin, deberían de estar trabajando.

Pero no había nadie, salvo el vigilante.

El vigilante es un policía que el papá de Mayra contrató para que hiciera guardia todas las noches en la obra y así evitar que alguien se metiera a robar la herramienta.

Sólo viene durante la noche y se queda aquí a pasar las noches.

A estas horas ya no debería estar aquí, pero ahí estaba.

Solo entonces me percaté de algo.

Había pegada en la puerta de entrada al terreno, una estampa gigante.

En letras grandes y rojas decía “OBRA SUSPENDIDA”

Y al leer aquello me estremecí.

Debajo de las letras gigantes había otro texto más pequeño en los que se daban detalles de la suspensión, así que me acerqué para leerlo:

"Por violar lo dispuesto en los artículos tal y tal, del Reglamento de Construcciones del estado de Los Ángeles, con fundamento en los artículos tal y tal y tal, fracción tal, inciso tal, del Reglamento de Desarrollo Urbano y Obras Publicas de Sayula, se ordena la inmediata suspensión de los trabajos de construcción que se están llevando a cabo en este predio hasta que se regularice su situación.

El incumplimiento a lo citado lo hará acreedor a las sanciones que establece el ya mencionado reglamento.

Queda prohibido quebrantar este sello, a la(s) persona(s) que lo haga(n) se sancionara(n) en los términos del Reglamento Penal Vigente.

Estados Unidos Mexicanos

Gobierno del Estado de Los Ángeles.

Honorable Ayuntamiento de Sayula"

Capítulo 23

Veintiuno

—¿Y ahora qué? —me pregunté.

El vigilante, es un hombre ya bastante maduro, debe de pasar de los 50 años de edad. Viste con un uniforme policiaco bastante anticuado para la época. Probablemente no es un verdadero policía, sino más bien, alguien que lo era y se retiró pero conservó el uniforme.

Estaba sentado en una silla de hierro a las afueras de la caseta. Apenas había advertido mi presencia, nunca lo había visto porque él siempre está en las noches y pues, la única vez que vine a la obra, él no estaba.

Pero él me reconoció porque el arqui le ha platicado mucho de mí.

—El señor Víctor no está aquí —me dijo—. Ve a buscarlo a su oficina, a lo mejor ahí está.

—Vengo de ahí —respondí—. ¿Qué paso? ¿Por qué suspendieron la obra?

—El viernes en la noche el arquitecto vino a supervisar la obra —respondió—. Como ya habían acabado las labores cuando llegó, sorprendió a algunos albañiles tomando cerveza ahí mismo, lejos de regañarlos, aceptó la invitación de ellos para que se les uniera, y pues, el arqui se pasó de copas. Cuando yo llegué, ya estaban bastante tomados. Por la noche armaron un escándalo y siguieron tomando en la calle frente a la obra, entonces los vecinos llamaron a una patrulla y lo multaron por andar tomando en la vía pública, y de ahí se agarraron.

—¿Qué quiere decir?

—Las autoridades aprovecharon para hacer una revisión en los permisos de construcción de la obra y en otras cosas —continuó—. Descubrieron que el arquitecto aun no tenía la licencia ambiental, además de que la residencia no cumplía con algunas cosas del reglamento de construcciones, así que le suspendieron la obra.

—Demonios— me exalté—. ¿Y dónde está el arquitecto ahora?

—Se fue temprano el sábado a Sayula a tratar de arreglar el asunto, pero como el sello que pusieron es de Desarrollo Urbano Estatal, probablemente tenga que ir a Santa Miranda.

—¿A Santa Miranda? —pregunté—. Pero eso está muy lejos.

—Si —contestó—. Si no lo encontraste en su oficina, significa que no ha regresado.

Santa Miranda es la capital y la ciudad más poblada del estado de Los Ángeles.

Por lo que sé, es la única verdadera ciudad en todo el estado, y la única que supera el millón de habitantes. Calculo que está mínimo a 300 km de Yatareni. Eso hace que este aún más lejos que mi casa en la Ciudad de México.

Tratar de volver a obtener los permios quizá le tome varios días. Y todo por andar tomando en la calle.

Agradecí al vigilante y me retiré de ahí.

Ahora no sabía qué hacer, si irme a casa de mi tía o ir a casa del arquitecto. Bueno, quizá no haya nadie ahí tampoco.

Y luego me acordé de su hija. Me acordé de ciertas promesas que el arqui comentó cuando vistamos la tumba de su esposa. Me acordé del vicio con el alcohol que tenía el padre de Mayra y del que me habló alguna vez ella.

Y me puse a pensar entonces que, si eso sucedió el viernes en la noche, al día siguiente, cuando fue la reunión de SPEED, Mayra no dijo nada al respecto. La vi ese día y se veía tan normal, es decir, tan tímida como de costumbre.

No imaginaba que quizá estaba pasando por un momento difícil.

Definitivamente tengo que ir a buscarla y hablar con ella.

No me duró mucho tiempo ese ímpetu porque nada más avancé unos veinte metros y vi a lo lejos a otra persona.

Al inicio, creí que era la persona que estaba buscando, pero luego entré en razón.

Aun no me acostumbro al hecho de que hay dos chicas idénticas viviendo en Yatareni.

Era Mayra Páez.

Caminaba entre los puestos que se ponen en la plaza del centro del pueblo. Llevaba una bolsa de mandado que tenía impresa un anuncio promocional de la Fonda de Comida Económica.

Quizá iba a comprar la comida o algo así.

Y me acordé entonces de otra promesa, hecha por mí mismo. Sabía que no debía dejar pasar esta oportunidad.

Reuní todo el valor del mundo y me acerqué a gran velocidad antes de que se me perdiera de vista.

—Mayra —le hablé en voz alta y ella me escuchó.

—Hola Eliseo —contesto sonriente—. ¿No deberías estar trabajando ahorita?

—Si, bueno —dije preguntándome si sería buena idea decirle lo que pasó—. Tengo tiempo libre.

—Que bien —comentó.

Bueno, igual y no le incumbe tanto, y también creo que es irrelevante que lo sepa.

Antes de que me cambiara el tema, le solté de golpe:

—Quiero platicar contigo de… algo —y me llevé la mano a mi nuca.

—Dime —dijo sin perder su sonrisa.

Tiene una sonrisa linda, me pregunto si en la Mayra otaku se verá igual de linda.

—Cuando comimos en la fonda hace unos días —murmuré apenado—. Mencionaste que tienes una editorial en Sayula.

—Claro —contestó—. Bueno, es de mi madre.

—Yo… bueno —dije tratando de encontrar las palabras adecuadas, ya no me podía echar para atrás—. Verás, resulta que yo escribí una novela y quería saber…

—¿Quieres publicarla? —preguntó rápidamente. De algún modo eso me

alivió.

Asentí tímidamente.

—No está completamente finalizada —dije—. Me falta corregirla y editarla un poco.

—Pues eso es lo de menos —contestó—. Si ya la tienes terminada, puedes imprimirla y darme una copia, yo se la llevaría a mi madre para que ella la evalúe si puede ser publicada.

—¿De verdad?

—Claro —respondió—. Precisamente estamos buscando gente que escriba historias. Verás, la editorial de mi madre apenas va comenzando, y ella cree que los chicos que publican sus historias en páginas web pueden tener potencial, un nicho de mercado como ella lo llama. Claro que ese tipo de historias se tienen que pulir mucho más, pero ella ve potencial ahí.

—Pues, yo publicaba algunas historias cortas en esas páginas —dije—. Pero nadie las leía, pero bueno, esta novela de la que te comento, no la he publicado ahí, pero es lo mejor que he escrito hasta ahora. Tengo que pasar aun algunas partes a computadora, pero cuando la acabe, la imprimiré y te daré una copia.

—Claro —dijo y agregó—: Tengo que irme, tengo que preparar el almuerzo.

—Gracias —me despedí.

Ya estaba por irse cuando dio de nuevo la vuelta, y con su sonrisa acostumbrada, me dijo:

—Esperaré tu novela con ansias —y se alejó.

Creo que esa última frase estuvo de más. Ella parecía más interesada en mi novela que yo.

Pero en fin, me sentí bien conmigo mismo porque aunque me moría de la pena, creo que valió la pena.

Tengo unas inmensas ganas de irme a casa de mi tía y pasar toda la novela a computadora, ahora que tengo un día libre creo que debería…

No, eso lo haré después, primero tengo que buscar a Mayra.

****

Mayra Páez seguía su camino un poco más alegre de lo que estaba antes de encontrarse con Eliseo. Por momentos incluso caminaba dando saltitos y murmuró entonces:

—Veremos qué tienes para mi Eliseo.

—¿Tú no pierdes el tiempo verdad?

La chica oyó una voz que la hizo detenerse borrando su sonrisa y su semblante en menos de un segundo.

Al voltear para verificar la procedencia de aquella voz, se llevó una sorpresa desagradable.

Un tipo vestido a la usanza citadina, ropas predominantemente del típico rockero, recargado en el muro de un edificio, estaba terminando de fumar un cigarro.

—¿Qué-que haces aquí? —preguntó la chica con voz entrecortada.

—¿Tú qué crees? —dijo mientras tiraba la colilla al suelo y se acercaba peligrosamente a ella. La chica, adivinando sus intenciones, retrocedió unos metros atrás, así que el muchacho apretó el paso.

Era una lástima que por esa zona del pueblo no transitara mucha gente.

—Sabes bien que no puedes estar con otro más que yo —dijo mientras la sujetaba del brazo de manera violenta y la apretaba lastimándola—. ¿Quién era ese con el que estabas hace rato?

—Eso es algo que no te importa —respondió la chica—. Lo nuestro ya se acabó, ¿Por qué no entiendes eso? ¿Por qué viniste hasta acá?

—Para mí no ha acabado —respondió el tipo—. Así que más te vale que no te vea con ese o con alguien más porque si no, ya sabes cómo te irá.

—Yo estaré con quien se me dé la gana —dijo mirándolo con unos ojos desafiantes—. Así que ya suéltame idiota o te armo un escándalo.

—No me hagas tus berrinches —replicó—. Ya estás advertida.

Con un fuerte empujón, el tipo la soltó, haciendo que la chica perdiera el equilibrio y cayera de lleno al suelo. La chica soltó entonces la bolsa con todo lo que había comprado y todo terminó dispersándose por el suelo.

El otro ni se molestó siquiera en levantarla, o incluso mirarla, se alejó rápidamente para no llamar la atención.

Mayra aún seguía en la misma posición, se incorporó un poco y miró al suelo.

Trató de juntar las verduras que compró del suelo, algunas cosas como un kilo de huevos que también había comprado ya no tenían remedio, se habían hecho pedazos en el suelo de la calle.

Mayra seguía sonriendo, o mejor dicho, estaba haciendo un esfuerzo por sonreír pero, de sus ojos comenzaron a salir unas incipientes lágrimas mientras se dijo a si misma:

—¿Al final no sirvió de nada haber venido hasta aquí?

Capítulo 24

Veintidós

Después de recorrer todo el pueblo por casi una hora, por fin recordé dónde podría encontrarla. Qué tonto soy ¿por qué no se me ocurrió antes?

Subí el cerro rápidamente y encontré la base de SPEED con su puerta abierta de par en par.

Aunque eso es un decir, ya que la "puerta" únicamente consiste en dos tarimas sobrepuestas sobre el marco de la iglesia, así que cualquiera se puede meter y robar todo lo que haya adentro.

Siempre y cuando sepan lo que hay adentro. Supongo que todos asumen que es una iglesia abandonada en la que no hay nada que robar. Y honestamente, aun si lo supieran, no lo harían.

Afortunadamente solo nosotros, los miembros de SPEED conocemos la ubicación de este lugar, así que no debemos preocuparnos. También la otra Mayra lo sabe, pero creo que puedo confiar en ella.

Entré y, efectivamente estaba ahí. Estaba sentada en una de las bancas, la única en pie porque las demás estaban apiladas en un rincón, estaba leyendo manga.

Creo que ya sabía que yo estaba ahí mirándola, pero aun así no volteó a verme. Seguía leyendo el manga para ignorarme.

—Sabía que estabas aquí —dije para hacerme notar.

La chica siguió con su lectura sin prestarme la más mínima atención.

Así que seguí insistiendo.

—¿Por qué no me dijiste que le suspendieron la obra a tu padre?

Detuvo la lectura del manga, lo cerró y lo puso en la mesa, pero siguió sin mirarme.

—No era de tu incumbencia —respondió fríamente.

—Claro que lo era —respondí—. Yo trabajo con tu padre, no sabía que se había ido a Santa Miranda a resolver eso, no me avisó y fui a su oficina

pero no estaba, creo que aún no llega.

—No me interesa —dijo sonando molesta—. Y no quiero hablar más del tema, ni tampoco quiero verlo por ahora.

Y me volteó la mirada aún más.

—¿Estás molesta?

No me respondió, pero sabía que lo estaba.

—Además —dijo—. El vigilante te dio mal la información. Mi padre sí fue a Santa Miranda, pero llegó ayer en la noche sin poder resolver el problema.

—¿Entonces por qué no abrió la…?

—¡Porque está tomado! —respondió casi gritando.

—¿Tomado?

—Se puso a tomar, según él, para pensar mejor las cosas o yo que sé, pero el punto es que se puso a tomar.

—¿Entonces está en tu casa?

—Creo que si —respondió—. Estaba ahí cuando me fui, aun dormía por la borrachera, y como estaba molesta lo dejé y vine aquí.

—¿Y si vas a verlo? —pregunté.

—¡Ya te dije que no quiero verlo! —contestó de golpe—. Rompió su promesa.

—¿Promesa?

Y la recordé. Ella mencionó algo acerca de eso cuando fuimos al panteón.

El arqui ha tenido problemas de alcoholismo desde que su esposa falleció, pero estaba tratando de superarlo. Anduvo mucho tiempo buscando trabajo hasta que le dieron la residencia. Fue como una nueva oportunidad para poder hacer mejor las cosas. Y bueno, acaba de echar a perder esa oportunidad. Creo que entiendo un poco por qué ella está molesta.

—¿Entonces te quedarás aquí? —le pregunté.

—Puede que aquí se hayan instalado Gibrán y sus amigos —dijo—. Pero sigue siendo mi refugio.

—Me refiero a que si te quedarás aquí hasta que a tu padre se le baje la borrachera.

—Ah —contestó—. Quizá unas horas. Lo mejor es que antes solo pasaba el tiempo aquí, ahora al menos ya tengo con qué entretenerme.

—¿Entonces no crees que mañana abra la oficina?

—No lo sé —contestó—. Pero en todo caso, creo que tú la puedes abrir. Te dio un juego de llaves ¿no?

—No —contesté—. Siempre me decía que me daría un juego de llaves pero nunca lo hizo. Además no sé a qué iría yo. Las correcciones que les hago a los planos siempre son las que él me indica. Si no está, no podré hacer nada.

—Quizá mañana tampoco abra —comentó la chica—. Pero pasado mañana seguramente sí.

—¿Por qué mañana no?

—Porque lo conozco —contestó—. Puede durar hasta tres días borracho.

—¿Tres días? —pregunté sorprendido—. ¿Por qué tanto tiempo?

—Una vez que toma, ya no es capaz de controlarse —respondió Mayra—. Por eso siempre intentaba que, ni siquiera pensara en tomar.

—Ah, entiendo —comenté—. Y como él fue a la obra y ahí los albañiles lo incitaron a tomar, pues…

—Ya no pude hacer nada —dijo un poco frustrada—. De cierto modo yo igual rompí una promesa.

Mayra no solo se sentía molesta, también se sentía culpable. Básicamente siempre estaba tras de su padre, intentando evitar que tomara, porque sabía que si lo hacía, iba a ser muy difícil que dejara de hacerlo, y más ahora que tenía la responsabilidad de la obra.

Era curioso ver que la otaku a veces se portaba más madura que su propio padre, como si fueran madre e hijo.

—Está bien —dije al final.

Ya no tenía más que decir después de escucharla, así que lo lógico sería irme y dejarla ahí.

Sí, por mi mente pasó la idea de hacerle compañía, pero me pregunté si sería buena idea siendo que está algo sensible. Pero de todos modos se lo pregunté:

—Pues como tu papá no abrió la oficina, tengo el día libre —comenté animadamente para ver si algo de eso se le pegaba—. Puedo acompañarte si quieres.

—No, gracias —no me percaté cuando tomó de nuevo el manga y lo leyó sin ponerme atención de nuevo—. Estoy bien, después de todo estoy en mi refugio personal.

Hizo énfasis en "personal" lo que me dio a entender que no quería que la acompañara.

—De acuerdo —le dije, pero insistí de nuevo.

—¿Y si te da hambre? puedo traerte algo de comer.

—Tengo dinero —respondió de nuevo ignorándome—. Cuando me de hambre, puedo bajar a comprar comida y subir de nuevo.

Esta vez ya no insistí. Ya estaba por encaminarme a la salida, pero algo llegó a mi mente.

Me moriría de la pena al decirle esto, pero lo tenía que hacer:

—Oye, sé que no te lo he dicho abiertamente —dije titubeando un poco—. Pero si necesitas algo, ayuda o lo que sea, puedes pedírmelo, puedes… confiar en mí.

Desvié un poco la mirada al final de esa frase porque, después de haberle dicho aquello, no me atreví a verle la cara.

Dejó de leer por momentos y me miró de reojo.

—Gracias —de su boca salió un agradecimiento que más que eso, parecía como si lo hubiera ensayado para una obra de teatro, y volvió al manga.

Como sabía que ya no me diría nada más, me retiré y la dejé sola.

Estuve por un rato luchando contra la idea de volver y acompañarla a la fuerza, pero no se me ocurrió algún buen pretexto y, además, creo que si

estaba enfadada, lo ideal sería dejarla sola hasta que se le pasara.

Pero de verdad quería acompañarla.

Me preocupaba, pero también me preguntaba si no estaría exagerando. Total, lleva escondiéndose ahí desde mucho antes de que yo la conociera.

Y además, como ella misma dijo, tenía con qué entretenerse.

Ni modo. Además, tengo que trascribir las últimas partes de mi novela y editarla para llevarle una copia a la otra Mayra. Aprovecharé estos días en los que no iré a la oficina del arqui.

Capítulo 25

Veintitrés

Cuando Eliseo abandonó la iglesia, Mayra Páez dejó de nuevo el manga en la mesa y miró a, donde, minutos antes, estaba parado el chico como si aún estuviera ahí.

Dio un suspiro, volvió a la lectura del manga y así estuvo durante poco más de dos horas, hasta que sintió hambre.

Se levantó, guardó el manga en el lugar donde lo había sacado, sacó de una de las bolsas de su vestido varias monedas y las contó todas.

Tenía 37 pesos.

Dejó la iglesia y bajó por el sendero del cerro. Afuera el cielo ya se había nublado. En poco tiempo caería la lluvia, y se percibía que sería muy intensa.

Llegó a la tienda de abarrotes del pueblo, que, aunque era la más grande de Yatareni, apenas era tres veces más grande que la iglesia de donde había salido minutos antes.

Se llamaba "La Poblanita" nombre demasiado reconocido por los habitantes de Yatareni, quizá porque era la única tienda de abarrotes grande en aquel lugar. Era la que, por decirlo así, ejercía el monopolio en el pueblo, y también porque se vendía de todo, desde alimentos, hasta artículos de limpieza, pan, ropa, calzado e incluso laptops y cámaras digitales.

El encargado, un hombre que se acercaba a los 60 años, y que usaba un mandil de color negro hecho de cuero, no se inmutó por la apariencia de la recién llegada. Seguramente, al igual que casi todos los habitantes, ya conocían a la chica de la capa roja y se mostraban indiferentes a ella.

Aunque sí había dos niños ahí que se quedaron largo rato mirándola, dejando, por momentos, de jugar en las consolas de videojuegos de la tienda, llamados comúnmente "maquinitas".

La chica vio todo el stand de las botanas pensando qué elegir, recorrió los pasillos y finalmente tomó dos bolsas de frituras, una de queso y otra de chile. También tomó un refresco de lata, unas galletas con chispas de

chocolate y un jugo.

Pagó 35 pesos por todo y el encargado le dio una bolsa para que pudiera llevar su compra.

Ella agradeció y salió del local.

Mayra, antes de regresar a su escondite, decidió hacer una parada.

Se desvió, y tomó otro camino, hasta llegar a su casa.

Se acercó con algo de cautela y se asomó por una de las ventanas.

Afortunadamente, las cortinas estaban recogidas, lo que le permitió tener una buena vista del interior.

Y él estaba despierto, y aparentemente muy alegre.

Sentado en el sofá de la sala principal, el arquitecto estaba degustando unas cervezas en lata junto con otras personas desconocidas, excepto unas tres que ella identificó como algunos albañiles de la obra que acababan de suspender.

Por la cantidad de latas vacías regadas en el suelo y por el rostro de todos, dedujo que ya llevaban varias horas tomando.

—Tiene que ser una broma —dijo la chica muy molesta—. ¿Se puso a tomar de nuevo?

Estaba a punto de entrar para reclamarle a su padre, pero no lo hizo por tres razones.

La primera, no quería armar un escándalo frente a los "invitados" de su padre.

La segunda, tenía miedo de que, estado en ese estado, su papá se pusiera violento.

Y la tercera, simplemente creyó que no valía la pena.

Decidió dejar la casa y encaminarse hacia la iglesia. Apretó el paso ya que comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia.

Pasó toda la tarde en aquel lugar. Se había aburrido rápidamente del manga, aunque la realidad es que estaba tan molesta que, simplemente,

ya no pudo seguir leyendo.

Escampó cuando el sol comenzó a ocultarse. Ella dedujo que su padre posiblemente aun seguiría tomando con aquellas personas, pero, sea lo que fuere, lo más seguro es que estaría así al menos hasta la mañana del día siguiente.

Eso, más el coraje que sentía en aquel momento, le hicieron tomar la decisión de pasar la noche en aquel lugar.

En otra época, cuando SPEED aún no se establecía ahí, eso le habría parecido una locura, dormir ahí en esa época la habría convertido en una verdadera indigente. Pero ahora, la iglesia era más" habitable" aunque eso no significara que se pudiera dormir ahí.

Además de las sillas y mesas de plástico que había en la iglesia, también había dos taburetes pequeños forrados de piel, que fueron adquisiciones posteriores del club. Pero no había mucho espacio en el suelo. Además por las noches, el frio intenso se filtraba por los huecos de las ventanas.

Definitivamente no era buena idea pasar la noche ahí, a menos que tuviera un cobertor o un futón y varias cobijas gruesas. Pero no las tenía.

Y al final pudo más su molestia que otra cosa.

Dejó de llover pero el frio aumentaba cada vez más.

La chica aumentó el espacio en el suelo moviendo un poco la mesa y las sillas de la biblioteca del manga, trajo los dos taburetes de piel y los acomodó de tal manera que filtraran un poco el frio.

Al final su creatividad afloró un poco y terminó haciendo una especie de "fortaleza" con la mesa y todas las sillas.

Fue una tarea algo difícil, sobretodo porque en aquel lugar no había ningún tipo de iluminación y apenas y podía ver lo que tocaba.

Aunque lograron traer electricidad a la iglesia, solo era para la televisión y los pocos aparatos eléctricos que tenían, no necesitarían luz para iluminar porque nunca se les ocurrió poder pasar la noche ahí.

Y se dispuso a dormir.

Afuera el cielo retumbó lo que indicaba que la lluvia se reanudaría pronto. Y así fue.

La chica entonces se acurrucó lo más que pudo y trató de cubrirse con su

capa roja, pero esta no alcanzaba a cubrirla totalmente.

Bien podía en ese momento irse a su casa, y encontrar a su padre completamente perdido. No tenía que sufrir eso, pero era bastante orgullosa.

—Que sufra un poco —se dijo a si misma—. Por no verme llegar a casa esta noche.

Aunque sonrió, aquella sonrisa se veía bastante forzada.

Ella se decía estas cosas para darse ánimo, porque la realidad era que estaba sufriendo.

No solo estaba molesta, estaba triste, frustrada, y también tenía miedo.

Qué diferente se veía la iglesia cuando estaba junto con los otros miembros de SPEED a como la veía ahora.

Era la primera vez que los extrañaba tanto.

Y entonces comenzó a sollozar, dejando escapar unas incipientes lágrimas.

Y susurró:

—¿Por qué no dejé que se quedara?

Así que intentó dormir para que la noche se le pasara más rápido.

Capítulo 26

Veinticuatro

El arquitecto finalmente abrió su oficina hasta el jueves. Así que hasta ese día me presenté a trabajar.

Y no fue porque la borrachera le haya durado cuatro días. Más bien, fue porque el martes y el miércoles parece que estuvo yendo muy seguido a Santa Miranda a ver lo de la obra suspendida. O eso me dijo a medias.

Pero tengo la sensación de que también intentó, quizá, disculparse con su hija. O al menos debió haber hecho eso.

Esos dos días, jueves y viernes el arqui estaba muy poco tiempo en su oficina porque seguía yendo a la capital a resolver el asunto.

Lo bueno es que, según él, como la obra está detenida, puedo avanzar más rápido en las correcciones, aunque llegará un momento en el que ya no podré avanzar, porque ya no habrá nada que corregir.

Por cierto no vi a su hija en toda la semana. Ocasionalmente ella se aparece en la oficina para pasar a saludar, dejarle comida a su padre o cosas así.

Incluso, a veces viene únicamente a ocupar una de las computadoras de su padre, aprovechando que tienen conexión a internet.

Pero estos dos días no se apareció para nada.

Me imagino que debe de estar en la iglesia leyendo manga o algo así.

Tengo ganas de visitarla, pero no se me ocurre un buen pretexto.

Además, conociendo el carácter que tiene, seguramente aun seguirá molesta.

Supongo que mejor esperaré hasta verla en la reunión del sábado, si es que se aparece.

Y sí se apareció, aunque como de costumbre, casi no habla. Se veía igual que siempre, así que asumí que estaba bien aunque no le pregunté nada. Personalmente no supe cómo abordar el tema.

Además, teníamos otra cosa de que preocuparnos.

Durante la reunión, Gibrán mostró a todos un sobre.

Era un sobre blanco, de los típicos sobres en los que antes se enviaban cartas en el correo postal.

Según Gibrán, lo encontró clavado en las tarimas que fungen como puerta en la iglesia.

Ya que él fue el primero en llegar, fue el primero en descubrirlo.

Este sobre era totalmente blanco excepto porque tenía rotulado unos ideogramas japoneses que no supe leer.

—Nipponbunka kenkyū kyōkai —dijo el líder.

—¿Eso es lo que dice?

—Exacto —contestó—. Es el nombre de la Sociedad de la que les hablé, significa algo así como "Asociación para el Estudio de la Cultura Japonesa"

—¿La que nos estaba retando? —preguntó Martina.

—Correcto.

Dentro del sobre hallamos una hoja. Era un mensaje escrito a computadora. Me sorprendió por el hecho de que parecía más bien una invitación a algún baile de esos que celebra la nobleza, por la cantidad de adornos y rótulos que tenía con el nombre de la Sociedad.

Era verdaderamente una carta formal.

Y me pidieron que yo lo leyera en voz alta:

"Líder y miembros de SPEED:

Nuestra Sociedad "Nipponbunka kenkyū kyōkai", o para abreviar, "Nipponkenkyo", se ha enterado de la existencia de un grupo similar al nuestro que existe actualmente en Yatareni.

Es imposible que en este pueblo existan dos Sociedades dedicadas al estudio del manga y el anime, de modo que hemos decidido resolver el

conflicto a través de la realización de un bunkasai.

No hace falta entrar en detalles de lo que esto significa puesto que ya deben conocerlo si se dicen llamar amantes del manga y el anime.

Esperamos contar con su presencia el día de mañana al mediodía en el parque a las afueras del pueblo.

La Sociedad que pierda será disuelta"

—¿Bunkasai? —pregunté al final.

Recordaba haber escuchado esa palabra en algunos animes que había visto antes, pero no recordaba su significado.

—Se refiere a los festivales escolares que celebran en las escuelas japonesas —contestó Claudio haciéndose el listo—. Creo que esto significa…

—¿Qué nos están retando a una competencia de habilidades deportivas, así como lo hacen en esos festivales? —sentenció Angelina.

—Exacto —respondió Gibrán mientras se acomodaba sus lentes oscuros—. Tal y como se los mencioné, será fácil, tenemos las de ganar.

—Pero ni siquiera sabemos quiénes son —comentó Angelina.

—Los conoceremos ese día —comentó el líder.

—Un momento— interrumpí—. Es verdad que ahora ya sabemos que es una competición deportiva, pero eso no significa que sea como en los animes que hemos visto. Me pregunto si todos aquí tienen la suficiente condición física para realizar las cosas que vemos en los animes.

Todos callaron por un momento, aunque no dijeron nada. Se les notaba en los rostros que al parecer mi deducción era correcta.

—Pero no importa —Gibrán, como de costumbre jamás perdió su positividad—. Ellos harán lo mismo que nosotros, y, ya que ambos vemos anime, ambos tenemos las mismas probabilidades de ganar, sobre todo si lo hacemos sabiendo que la Sociedad que pierda será disuelta.

Y dirigiéndose a los demás, les animó diciendo:

—Y no dejaremos que la nuestra sea borrada.

Levantando un puño al aire, Gibrán logró hacer que el club recuperara la confianza.

Cuando la reunión terminó, quise alcanzar a Mayra, pero, como si ella ya supiera lo que planeaba hacer, fue la primera en irse. No se quedó ni siquiera a hacer nuestra acostumbrada despedida.

—¿Le sucede algo? —me preguntó Gibrán.

—Esta semana la ha tenido difícil —respondí—. Con eso de que le suspendieron la obra a su padre y él se puso a tomar, creo que anda algo sensible.

Y volteando a verlo, le dije:

—No creo que se presente mañana a la competencia.

—Ella vendrá —me dijo Gibrán lleno de confianza.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque ella es la que menos desea que nuestra Sociedad se disuelva.

Y creo que tenía razón.

Al día siguiente, después de indagar con mi tía la ubicación de ese parque que mencionaron los de la otra Sociedad, me presenté unos diez minutos antes de la hora acordada.

El parque como tal, tan solo consistía en un área ajardinada, aunque el pasto estaba seco, un área de juegos infantiles, que en su mayoría estaban en mal estado y dos canchas para jugar futbol o baloncesto.

Ahí ya estaban los demás chicos de SPEED.

Y tal y como Gibrán lo mencionó, Mayra también estaba ahí, aunque no podría decir si de verdad vino porque no quería que la sociedad se disolviera.

Me sorprendió ver que todos, excepto Mayra y Martina llevaban un

uniforme escolar deportivo.

Es decir, Martina también llevaba uno, pero de su respectiva escuela. A lo que me refería era que los demás llevaban el mismo uniforme de la misma institución.

Una playera de algodón, completamente banca, excepto por que ostentaba el escudo de su escuela en la parte izquierda. Pantalón también deportivo, de color verde oscuro que también llevaba impreso en la rodilla derecha, el logotipo de la escuela a la que asistían.

El uniforme de Martina era en esencia parecido al de los demás, solo que el color de su escudo y de su pantalón era de color vino.

Mayra era la única, además de mí, que no llevábamos uniforme escolar.

Ella venia como de costumbre.

Y yo, pues simplemente no se me ocurrió llevar ropa deportiva. No me traje ropa como esa de mi casa y mi tía tampoco tiene.

Todos estaban haciendo estiramientos y calentando en las canchas.

—¿Por qué todos vienen vestidos así? —les pregunté aunque ya lo sabía de todos modos.

—Es nuestro uniforme escolar —contestó Gibrán—. Ya que será una competencia deportiva, lo ideal es usar este uniforme.

Los miré mientras seguían calentando y leí un poco los escudos de sus instituciones.

Ahí me enteré que Gibrán, Guadalupe, Claudio y Angelina estudian en una escuela preparatoria ubicada en Sayula.

Tardé un poco en entender lo que eso significaba porque recordé que tienen distintas edades.

Creo recordar que Gibrán tiene 21 años, Claudio y Guadalupe tienen 20 y Angelina tiene 18, sin embargo, todos aun estudian la preparatoria.

Lo normal sería que ya todos fueran estudiantes universitarios.

Recuerdo que mi tía mencionó alguna vez que, es costumbre en estos lugares, que los padres saquen a los hijos de estudiar antes de los 18 para que les ayuden en el campo, no parecen estar muy interesados en que sus

hijos hagan una carrera profesional.

Muy pocos logran pasar a la preparatoria y universidad. Y no tanto por nivel académico, sino porque de vedad quieren estudiarlo, y algunos ya desde esas edades tienen que trabajar al mismo tiempo que estudian. Y eso es lo que hace que varias veces se atrasen semestres o años.

Es rarísimo encontrar a estudiantes de preparatoria y universidad en Yatareni, y justo aquí, tenía frente a mí a cuatro, que ya eran una multitud.

Martina, la única "ilegal" del club, acaba de ingresar a tercero de secundaria, según leí en su escudo, perteneciente a la única secundaria en Yatareni.

Y Mayra, como ya sabía, comenzó a estudiar la carrera de leyes, pero la abandonó en los primeros semestres.

—Perdón por no traer ropa deportiva chicos —me disculpé—. Pero mi tía no tiene ese tipo de ropa.

—No te preocupes —me dijo el líder del grupo—. Creo que aun así lo lograremos.

—Mayra lleva su vestido gótico y su capa —comentó Guadalupe—. Y aun así participará.

Es verdad que mi ropa no es la adecuada para hacer deporte, pero lo de Mayra es otra cosa.

—Oigan —dijo Martina—. ¿No son esos de allá?

La "loli" nos estaba señalando a cinco personas que venían caminando en dirección a nosotros.

De cierto modo, la escena se veía como en las películas donde los protagonistas se acercan caminando hacia la cámara.

Solo les falto la explosión por detrás.

Los cinco venían vestidos también con ropa deportiva, pero era de ese tipo de ropa que usan los que van a gimnasios carísimos.

Y finalmente llegaron para quedar frente a nosotros.

Pero a medida que se acercaban, Mayra y yo nos llevábamos una

sorpresa.

Solo Gibrán no reaccionó al verla, él había dicho varias veces que ya la conocía.

Justo recuerdo ahora, aquello que le dijo a Mayra cuando la conoció en aquel día del concurso de cosplay. Gibrán dijo que al inicio confundió a Mayra con otra persona, pero al darse cuenta de que no era ella, se sintió aliviado. Cómo no me di cuenta antes.

Guadalupe también ya la había conocido porque ese día estaba comiendo en la fonda cuando ella estaba trabajando de tehuana.

Y los demás que no la conocían, simplemente se llevaron la sorpresa de sus vidas al ver a una chica idéntica a Mayra Palacios.

Incluso los demás miembros de Nipponkenkyo no lo podían creer.

Es verdad que este pueblo es pequeño, pero aun así, era una coincidencia casi extraordinaria.

Vistiendo un uniforme deportivo sensiblemente diferente al resto de los demás miembros de su club, la líder de Nipponkenkyo, hablaba de una manera franca, retadora y soberbia.

—Me da gusto que no hayan huido y aceptaran el desafío —dijo Mayra Páez mientras acomodaba sus muñecas en su cintura—. Pero prepárense, porque no pasarán de este día como club.

Capítulo 27

Veinticinco

Los que jamás habían visto a las dos Mayras juntas reaccionaban atónitos.

—No nos dijiste que tenías una hermana —alcancé a oír que uno de los miembros de Nipponkenkyo le murmuró a su líder.

—No es mi hermana —respondió—. Solo se parece a mí, es todo.

—Pero demasiado —comentó una chica pelirroja de cola de caballo.

Y de nuestro lado, las reacciones tampoco se hicieron esperar.

—Se parecen demasiado —exclamó Claudio.

—¿Cómo es posible? —increpó Angelina.

Gibrán, Guadalupe y yo, que ya las habíamos visto juntas antes, no nos dejamos impresionar tan fácilmente.

Pero yo sí estaba sorprendido por otra razón.

Siempre consideré a Mayra Páez como la persona más madura que he conocido en Yatareni, o, más bien, quizá la única.

Y lo seguí pensando aun después de enterarme que también tenía gusto por el anime.

Digamos que ella era algo así como la aficionada ideal. Aquella que sabe mantener el equilibrio entre sus hobbies y sus responsabilidades como adulta.

Pero saber que también lidera una tropa de otakus es un poco… decepcionante quizá.

Al final, la discusión sobre si eran hermanas pérdidas o clones o lo que se les ocurría subió de tono y decidí cortar de tajo la conversación.

—Solo se parecen y ya —dije—. Yo tampoco lo puedo creer, pero no son parientes, así que vayamos olvidándonos de ese asunto. Hagamos lo que venimos a hacer.

—Tienes razón escritor —me contestó Mayra Páez sonriendo.

—¿Escritor? —oí murmurar a mis espaldas.

¿Por qué demonios tenía que mencionarlo?

—Tal y como se los comuniqué antes —dijo la chica acercándose más junto con su grupo—. Realizaremos un bunkasai, una festividad deportiva como las hacen en las escuelas de Japón. Con esto decidiremos qué Sociedad permanece y qué Sociedad desparece.

—Se los dije —comentó Gibrán pasando al frente hasta quedar frente a nosotros y frente a Mayra creando una escena como de poster de película que se exhibirá en cines próximamente—. Será pan comido.

—Claro, claro —comentó la líder de Nipponkenkyo—. Para alguien que ve mucho anime, sería pan comido, por eso también implementaremos unos cambios, si no, esto no tendría chiste.

—¿Cambios? —refunfuño el líder de SPEED—. Para empezar, ¿Quién te puso a cargo de las reglas del juego? Nosotros también deberíamos participar en su elaboración. Además, cualquier cambio que hagas, rompe el espíritu deportivo del bunkasai.

—Nosotros lanzamos el reto —comentó un chico de lentes deportivos que estaba por detrás de Mayra—. Así que nosotros ponemos las reglas.

Gibrán no dijo nada, algo raro en él. Supongo que aceptó que tenían razón, si ellos lanzaron el desafío, era lógico que establecieran las reglas.

—Haremos eventos deportivos —dijo la líder rival—. Pero lo haremos a la mexicana.

—¿A la mexicana?

—Jugaremos juegos tradicionales mexicanos —sentenció al fin Mayra Páez recargando sus manos en su cintura de nuevo.

—Bueno —interrumpió otro de los miembros de su Sociedad, un tipo alto y rubio adelantándose un poco—. Sería más bien juegos latinos, porque estos juegos se realizan en otros países, pero con otros nombres…

—Diego —interrumpió a su vez Mayra.

—¿Si?

—Cállate.

—Ok —dijo sonriendo apenado y volvió a donde estaba.

Y volviendo a nosotros, la chica siguió hablando:

—Trajimos todo lo necesario para hacer las competiciones.

Y acto seguido, una chica, rubia y de lentes, que se veía bastante tímida, abrió una mochila pequeña que llevaba con ella, sacó algunas cosas y se las entregó a su líder.

Pude ver unos gises, una cuerda para saltar y un frasco pero no podía ver lo que había dentro.

—Haremos tres competiciones —explicó—. En cada competición, cada Sociedad elegirá a los miembros que participarán en esa competición, ningún jugador puede participar más de una vez. La Sociedad que pierda más competiciones, será disuelta. Así de simple.

—De acuerdo —murmuró nuestro líder acomodándose los anteojos oscuros—. Eso no cambia nada, seguirá siendo fácil. Muchos de esos juegos los jugábamos cuando éramos niños ¿cierto tropa?

—Cierto —contestaron todos.

—Será un buen ejercicio para recordar nuestra infancia.

Mayra, tomando una actitud de liderazgo bastante natural, decidió la primera competición.

Caminamos hasta la cancha de pavimento donde se jugaba futbol, la única que había de ese material, tomó un gis y dibujó una serie de cuadros, cada uno con un número diferente consecutivo del uno al diez.

Los cuadros tomaron la forma de un “avioncito” de manera que todos entendimos de qué se trataba.

—Ah, ya sé qué es esto —dijo la otra Mayra, siendo la primera vez que habló desde que todo esto comenzó—. Yo jugaba con mis amigas esto cuando iba en la secundaria.

Era obvio, todo mundo sabía a qué jugaríamos nada más ver ese dibujo en el… espera ¿dijo amigas? ¿Tenía amigas?

—Este juego no necesita explicación —comentó Mayra Páez—. Aunque de

todos modos les haré un resumen de las reglas.

Este juego es conocido como Rayuela, aunque en mi escuela lo llamaban "avioncito". Consiste en que se dibuja, un cuadro con el número uno dentro, arriba de este, se dibuja otro con el número dos y otro así hasta llegar al diez, aunque en algunas variaciones sólo llega al nueve, este último número rematado dentro de un círculo.

Todos los cuadros forman una especie de "avión" de ahí su nombre.

El juego comienza cuando el jugador, cada uno con algún marcador, como una piedra, por ejemplo, la lanzan intentando que caiga dentro del cuadro número uno, pero sin tocar las líneas que los delimitan, entonces se comienza a saltar con un solo pie por los cuadros, uno por uno, tratando de no pisar el cuadro donde cayó nuestro objeto.

En los cuadros cuatro y cinco, y siete y ocho que son perpendiculares a la estructura del "avión" es posible poner ambos pies, uno en cada cuadro, pero en los demás, es forzoso usar un solo pie, tampoco es posible pisar las líneas.

Al llegar al cuadro diez, de un solo salto se da la media vuelta y es necesario hacer el recorrido de regreso exactamente con las mismas reglas.

Al llegar a la casilla uno, tenemos que agacharnos sin tocar el suelo y estando sobre un solo pie, recogemos nuestro marcador.

Entonces hay que repetir la misma operación ahora lanzando la piedra al número dos, hacer el recorrido de ida y vuelta con las mismas reglas y así sucesivamente hasta terminar con los diez cuadros.

Se pierde si se toca una línea, si se pierde el equilibrio o si el marcador sale de uno de los cuadros. Entonces la piedra se queda en el número al que se llega, como mudo testigo de hasta donde llegó el esfuerzo del jugador.

Aquí la cuestión es que, el segundo participante la tiene más difícil, porque, si por ejemplo, el primero perdiera y dejara su señal ahí, el segundo jugador no puede pisar tanto su propia marca como la del anterior jugador.

Para este evento cada Sociedad eligió a su representante.

Nuestro club eligió a Martina, quizá porque creímos que, siendo la más chica, podría ser la que mejor sabe de estas cosas.

Y los de la otra Sociedad eligieron a la chica pelirroja.

Mayra Páez les dio a Martina y a su compañera, una ficha roja y una azul respectivamente, usarían eso como marcador.

La pelirroja participó primero. Era una chica alta y esbelta, quizá era por efectos de la ropa deportiva que usaba pero se veía bastante atlética. Le calculé unos veinte años.

La chica tomó su ficha, la arrojó y aunque estuvo a punto de salirse del recuadro uno, permaneció adentro, aunque estaba a centímetros de tocar uno de los bordes.

Acto seguido, comenzó a saltar sobre el pie derecho, saltando el recuadro donde cayó su ficha, directamente al dos.

Estuvo jugando mientras la mirábamos un poco impacientes.

Y, finalmente, cometió un error, cuando su ficha ya estaba en la casilla seis, perdió el equilibrio y estuvo a punto de caerse, para evitarlo, inconscientemente puso el otro pie sobre la misma casilla, y accidentalmente sacó la ficha fuera del dibujo.

La pelirroja volvió con su club cabizbaja, sin embargo, le infundieron ánimos.

Ahora era el turno de Martina. Aunque no terminara el juego, bastaba con que superara la sexta casilla de la pelirroja para ganar.

—Mientras la loli no pase del sexto recuadro, tenemos posibilidades de ganar —dijo uno de los miembros de Nipponkenkyo para consolar a su compañera, el tipo de lentes deportivos y cabello con corte como militar.

Martina, que ya estaba tomando posición, escuchó lo que dijo el tipo, y dándose la vuelta, lo señaló con una de las características poses de su líder, mientras le decía llena de energía:

—Solo los miembros de mi Sociedad pueden llamarme loli.

Acabamos de presenciar cómo una niña de catorce años logró intimidar a siete chicos que superaban los veinte años de edad, o quizá más.

Tengo que admitir que un gesto como ese, aparentemente infantil, me llenó un poco de orgullo. Pero no sé por qué, y no me interesa saberlo por ahora.

Capítulo 28

Veintiséis

La niña, después de esta intimidación, arrojó su ficha al recuadro del número uno y procedió a comenzar el juego.

Me atrevo a decir que, aunque era un juego infantil, todos estábamos a la expectativa y hasta se me hizo emocionante.

Una niña de catorce años jugando rayuela nos tenía embobados viéndola jugar, quién lo diría.

Quizá era por el hecho de lo que significaba si perdíamos.

Pero aun así, no podía evitar pensar en un montón de cosas. Por ejemplo, en el hecho de que como Martina es más pequeña, tuviera dificultades al saltar su respectivo cuadro y el que dejó la pelirroja. Pero resultó que la niña tenía bastante habilidad en esto.

Logró superar sin problemas la sexta casilla y llegó a completar todo el juego hasta la casilla diez.

Ya después ella nos diría que sí juega con sus amigos estos juegos en su escuela.

No nos equivocamos al elegirla.

La primera competencia era nuestra.

La niña todavía tuvo la manía de volver a posar como lo hace el líder de SPEED, como señal de victoria, solo que usó una pose que jamás había visto a Gibrán usar, probablemente la inventó ahí mismo.

Y así, cerró de manera, quizá, épica, su participación. Eso elevó nuestra moral bastante.

—Suerte de principiantes —murmuró Mayra. Parecía molesta pero trataba de esconderlo con una seguridad muy fuerte—. Pero esta vez nos toca a nosotros.

La líder de Nipponkenkyo anunció la segunda competición: saltar la cuerda.

Creo que no hace falta explicar a detalle este juego, consiste simplemente

en saltar una cuerda así como lo hacen los gimnastas, por ejemplo.

Pero, de acuerdo a las reglas de Mayra Páez, elegiríamos a cuatro personas de cada Sociedad, dos harían girar la cuerda y otros dos saltarían al mismo tiempo.

Así que, del lado de Nipponkenkyo eligieron a Mayra Páez y a la chica tímida que llevaba la mochila para saltar la cuerda y al tal Diego y a un chico gordito para hacerla girar.

Y, de nuestro lado, eligieron a Guadalupe y Angelina para girar la cuerda y a Mayra Palacios y a mí para saltarla.

No sé si fue buena idea elegir a Mayra porque, con ese vestido y la capa podría tener problemas al saltar, pero cuando la eligieron, ella insistió en que no le afectaría. Al parecer ya está muy acostumbrada a usar vestidos.

Como nosotros ganamos la primera competición, nosotros comenzábamos la segunda.

El objetivo de la competencia era que, mientras la cuerda daba vueltas, los dos que saltarían, entrarían al mismo tiempo a saltarla. Para esto habría que tener una buena coordinación entre los dos. También las dos personas que girarían la cuerda necesitaban coordinarse bien y mover la cuerda a la misma velocidad.

Si uno de los dos se equivoca o deja de saltar, aunque el otro siga saltando, los dos quedan fuera.

Ganaría el equipo que más tiempo, o mejor dicho, más saltos diera en la cuerda.

Otra cosa adicional que añadió Mayra era que, a partir de cierta cantidad de saltos, había que hacer algunas maniobras, por ejemplo, saltar sobre un solo pie, dar la vuelta sobre uno mismo o tomarse de las manos. Pero todo eso nos lo dijo ya cuando estábamos saltando.

Quizá intentaba hacer trampa de manera sutil.

Pues bien, Guadalupe y Angelina hicieron girar la cuerda, mientras Mayra y yo aguardábamos posición para encontrar el momento exacto para entrar en la cuerda.

A ratos parecía que ella se lanzaría, pero le hacía señales diciéndole que no era el momento. Habría que esperar el momento oportuno.

Curiosamente, aunque no dijimos nada más, fue como si ambos pensáramos lo mismo.

Nos lanzamos al mismo tiempo y entramos a la cuerda. De pura suerte evitamos tocarla.

Al inicio íbamos bien. Las dos chicas se coordinaron perfectamente y Mayra y yo quedamos de frente mientras saltábamos, de esta manera podíamos vernos mutuamente y nuestra sincronización fue mucho mejor.

Aunque, también fue un poco incómodo, noté cómo la chica a ratos desviaba su mirada de mí, y a veces yo hacía lo mismo.

Pude percatarme que la otra Mayra y sus subordinados no despegaban sus ojos de nosotros. Ponían atención hasta el más mínimo detalle esperando ver la más mínima falla que pudiera provocar que perdiéramos.

Pero nosotros estábamos concentrados, de manera que fácilmente superamos los 50 saltos. Sólo era cosa de continuar a ese ritmo y ver hasta donde éramos capaces de llegar.

Y después esperar a que Nipponkeikyo no superara esa marca.

Al llegar al salto 100, comencé a sentir el cansancio, aunque era soportable y podía seguir saltando, sabía que con el tiempo aumentaría.

También me preguntaba si Mayra estaría igual de fatigada que yo.

A partir de ese punto Mayra nos indicaba lo que teníamos que hacer, saltar en un solo pie, y girar sobre nuestro eje.

Fue algo relativamente fácil, pero sigo pensando en que, el hecho de que lo haya mencionado hasta ese momento fue una especie de trampa.

El problema vino cuando cerca del salto 150, nos pidió que Mayra Palacios y yo nos tomáramos de la mano.

Pude ver que el rostro de Mayra adquirió un color casi tan rojo como el de su capa.

Aunque no lo dijo, era obvio que no me tomaría de la mano, estaba muy nerviosa.

Cuando la otra Mayra se percató, supongo que se lo sacó de la manga en ese momento, pero dijo que si no cumplíamos con aquello, también

perderíamos.

Y es que tampoco era la gran cosa, solo teníamos que tomarnos de la mano y seguir saltando.

Al final accedió a regañadientes y, como estábamos un poco alejados, por medio de los saltos nos íbamos acercando. Estiramos poco a poco la mano y como ella no se animaba, yo tomé su mano.

Y se descontroló.

No sé exactamente qué le pasó, pero me imagino que se puso tan nerviosa que por momentos dejó de saltar, eso hizo que cuando la cuerda llegara a sus pies, terminara cayendo de lleno contra el suelo.

Como de todos modos ya habíamos perdido, me apresuré a levantarla.

Según Mayra, y según mi cuenta, el total de saltos que dimos fue de 147.

Sólo quedaba esperar a que la líder rival y su compañera no pasaran de esa marca.

Y es que, si nosotros ganábamos esta competencia, ya sabríamos qué Sociedad seria eliminada.

Así que de cierto modo, el asunto se puso cardiaco.

Diego y el chico gordito tomaron la cuerda y comenzaron a manipularla. Por su parte, Mayra Páez y la chica tímida tomaron posiciones. Ahora ya no se veía tan tímida.

Desde el primer salto mostraron una coordinación superior a la nuestra, no solo entre ellas dos, sino también con los chicos que giraban la cuerda. Incluso saltaban más rápido porque la cuerda giraba más rápido. Parecían verdaderas atletas.

Me pregunto si eligieron esta competencia sabiendo que ellas eran buenas sólo para obtener ventaja.

Llegaron rápidamente a los 100 saltos y también realizaron las maniobras que nosotros hicimos, el salto sobre un pie y girar sobre su propio eje. Tampoco tuvieron problemas al tomarse de la mano y seguir saltando.

Estando así lograron llegar a 200 saltos.

Ya desde que nos superaron podrían haber dejado de saltar, pero, tengo la sensación de que simplemente querían restregarnos en la cara que nos

ganaron.

Debió ser humillante que una niña adolescente haya vencido a un montón de adultos jóvenes. Tiene sentido que quiera desquitarse.

Mayra, la nuestra, se disculpó con nosotros por no haber podido mantener la calma cuando tomé su mano.

—Yo me pongo muy nerviosa con ese tipo de cosas —nos explicó.

Y sí le creo. Como casi no convive con la gente, me imagino que tampoco debe de estar acostumbrada al contacto físico.

—No te preocupes —la consoló Gibrán con su acostumbrado optimismo—. Vamos empatados, aún tenemos chance de ganar.

Efectivamente, quizá suene cliché, pero íbamos empatados y el tercer juego seria el que decidiría qué Sociedad sobreviviría y qué Sociedad sería disuelta.

—Bien —anunció Mayra Páez muy sonriente—. Es hora del último juego.

Y sacó aquel frasco que había visto antes.

Me pregunto qué tendrá adentro.

Capítulo 29

Veintisiete

Para la tercera competición jugaríamos, de parte de nuestro club, Gibrán y Claudio, y de parte del otro grupo, una chica de cabello castaño y un poco rizado y al tipo de los lentes deportivos.

Mayra llamó a los cuatro y entonces abrió el frasco frente a todos.

Contenía canicas. Canicas de distintos tamaños, formas, colores, materiales.

Llenaban todo el frasco. Debían de ser más de 500.

—Van a jugar canicas —dijo la líder de Nipponkenkyo de manera directa.

—¿Canicas?

—Jugarán el juego del cocol —dijo—. Pero le haremos algunas variaciones.

Hay muchas maneras de jugar a las canicas. Mayra eligió la que supongo que es la más popular, porque recuerdo que cuando iba a la primaria, la jugaba con mis amigos.

Recuerdo haber coleccionado cerca de 100 canicas, pero ahora no sé dónde están.

Mayra repartió a cada jugador 25 canicas. Hizo que Gibrán y Claudio tomaran todas del mismo color y sus rivales de otro diferente, de manera que el equipo de SPEED eligió canicas azules y Nipponkenkyo escogió verdes.

Entonces la chica procedió a explicar las reglas.

Sobre el suelo se dibuja un rombo llamado cocol, y sobre su contorno, se colocan las canicas que cada jugador apuesta. Pueden ser las que sean o las que quepan en la figura, de manera que se jugarían varias rondas.

Cada jugador elige una canica llamada “tiro”.

Por turnos, los jugadores dispararán con su “tiro” a las canicas en la figura, tratando de sacarlas de ahí.

Las canicas del bando rival que hayan salido de la figura, pasarán a formar parte del equipo que las sacó, las que quedaron dentro permanecerán ahí hasta que sean expulsadas del rombo. Las canicas que

hayan salido y que sean del mismo equipo que las sacó se considerarán "salvadas" y esas ya no se jugaran.

Seguirán jugando y apostando más canicas y al final, el equipo que haya conseguido más canicas de su rival, será el vencedor.

También agregó algunas reglas adicionales, como por ejemplo, si la canica disparadora termina quedando dentro del rombo, esta persona no podría jugar hasta que su compañero la saque de ahí, y si el que lo saca es el rival, automáticamente perderá.

Procedieron a dibujar el rombo o cocol en el suelo, para lo cual nos tuvimos que transportar a otra de las canchas, que era de tierra caliza y tepetate.

Mayra tomó una varita del suelo y ella misma dibujó el rombo, haciéndolo un poco más grande de lo normal para que pudiera soportar más canicas.

Cada chico primero apostó cinco canicas, diez por equipo y acomodaron las veinte resultantes en todo el perímetro del rombo.

Como los ganadores de la segunda competencia fueron los del equipo de Mayra Páez, ellos comenzaron.

El primero en tirar fue el tipo de los lentes deportivos. Usando una canica color verde esmeralda, lanzó la esfera hacia el rombo y logró sacar dos canicas suyas y una de las nuestras.

El siguiente en tirar fue Claudio, usando una canica color azul casi metálico, probablemente hecha de metal. Disparó y saco dos verdes y dos azules.

Tuvo suerte porque su canica por poco se queda dentro de la figura.

Naturalmente las canicas obtenidas eran retiradas del campo de juego para evitar confusiones.

Estábamos presenciando una verdadera competición de canicas, pero estábamos más intrigados porque sabíamos lo que estaba en juego.

Ambos equipos seguían disputándose las canicas, poniendo nuevas apuestas cada vez que las anteriores se terminaban.

Como estábamos más embobados viendo el juego, nadie llevó la cuenta de las canicas obtenidas por cada equipo, pero eso lo sabríamos hasta el final.

Hasta que Claudio nos hizo sudar frio: su canica terminó atrapada dentro del cocol.

La chica rival no tardó en apuntar su tiro directo contra el tiro de Claudio con el objetivo de sacarlo de la figura, y del juego.

Y Gibrán también hizo lo mismo con el propósito de salvarlo.

Eran dos contra uno porque también el tipo de los lentes deportivos se había unido al quite.

Fueron unos minutos de una tensión abrumadora para los miembros de SPEED, hasta que, de milagro, Gibrán logró sacar a su compañero, llevándose de paso, algunas canicas del equipo rival. Y pudimos respirar tranquilos.

Nunca pensé que un simple juego de canicas me provocaría tantas emociones.

De cierto modo, me recordó a una película mexicana que vi hace tiempo donde parecía que los torneos de canicas eran verdaderas competiciones profesionales.

No recuerdo el nombre de la película, pero creo que tiene que ver con el hecho de que, quizá el niño protagonista tiraba con la mano izquierda.

Fuera del error que cometió Claudio, no hubo más impresiones hasta que finalmente, cuando todas las canicas ya habían sido apostadas, era el momento de decidir quién había ganado.

Sin contar los "tiros" de cada jugador, cada equipo debería tener una cierta cantidad de canicas de su respectivo rival, ya que todas fueron apostadas excepto los tiros.

También, cada equipo debía de tener una cantidad de canicas "salvadas" las cuales no entraban en la cuenta.

Todo se decidía por el número de canicas del rival, el equipo que tuviera más, era declarado ganador.

Así que, Mayra, primero tomó un bolso donde juntaban las canicas obtenidas por los miembros de su equipo, frente a todos, para que todos pudriéramos ver que no había ninguna clase de trampa. Sacó una por una, las canicas mientras pronunciaba su número consecutivo en voz alta. Si, como los niños gritones de la Lotería Nacional.

Tenían 25 de nuestras canicas azules.

Mayra al final nos mostró la bolsa vacía para que nos diéramos cuenta de que ya no había nada más dentro.

Ahora era el turno de SPEED.

Mayra, de nuevo hizo lo mismo y procedió a contar todas las canicas verdes que obtuvimos nosotros en el juego.

Pero nadie se esperaba esto.

Sonará demasiado cliché lo que diré y bastante irreal quizá, o hasta forzado, pero así fue.

También teníamos 25.

—¿Empatamos? —preguntó Guadalupe.

—Técnicamente sí empatamos —contestó Mayra Páez.

—¿Y entonces que procede? —preguntó Gibrán—. Eso significa que aun con los dos juegos anteriores seguimos empatados.

Mayra estuvo pensando un rato. Quizá pensaba en la posibilidad de un cuarto desafío, pero algo cambió en su cara. Miró el reloj de su muñeca y después nos dijo:

—Eso lo decidiremos tú y yo Gibrán —le dijo mientras lo señalaba con el dedo—. Ya que quedamos empatados, tenemos dos opciones, la primera es que las dos Sociedades permanezcan.

Y la segunda —dijo sin miramientos—. Es que las dos se disuelvan.

Todos, tanto los de SPEED como los de Nipponkenkyo nos estremecimos al escuchar la segunda alternativa.

—Creo que sabes de sobra lo que escogeré —contestó Gibrán mientras se acomodaba el sombrero.

—De acuerdo —sentencio la líder de Nipponkenkyo—. Al final ninguna Sociedad será disuelta.

—¿Entonces estas competencias para qué fueron? —pregunté.

—No resolvimos nada —dijo Angelina tras de mi—. Pero nos divertimos.

—Cierto —contestó la chica pelirroja de la otra Sociedad—. Me sentí de nuevo una niña.

—Pero no canten victoria aun —dijo Mayra mientras nos señalaba de manera efusiva—. Solo les hemos dado un poco más de tiempo, pero al final, nosotros ganaremos.

A diferencia de las primeras veces, en esta ocasión no se oyó tan seria, parecía más amistosa. Y todos sonreímos.

—Pero tienen razón —agregó—. Hacia tiempo que no me divertía tanto.

Estaban por retirarse cuando la líder dio la vuelta y me dijo algo que no me esperaba:

—Seguiré esperando con ansias tu novela, chico escritor.

Me sonrió de una manera un poco rara y se fue.

—¿Novela? —preguntó Mayra, la nuestra—. ¿De qué habla?

****

—No tenías por qué mencionar que era escritor —le dije a Mayra Páez en el lugar donde acordamos vernos mientras le entregaba el manuscrito de mi novela terminada.

—Pensé que se lo habías contado a tus amigos —me dijo sonriente mientras recibía las hojas.

—Pues al final les tuve que contar todo —respondí—. Con toda la pena del mundo.

—Pero no te preocupes —dijo mientras daba un rápido vistazo al manuscrito—. Si tu novela es buena, ya no tendrás de qué avergonzarte.

—Ojala que sí —suspiré.

—¿Tu líder no te dijo algo acerca de que tú y yo estamos haciendo estos tratos…?

Y continuó aquella frase cantándola:

—Porque somos de distintas Sociedades.

Y se echó a reír.

Entendí la referencia pero contuve la risa.

—Gibrán dijo que no hay problema porque esto de mi novela es algo independiente de lo que hacemos en las Sociedades.

—Puede que para ti sea así —me dijo—. Pero para Nipponkenkyo no.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Lo sabrás más adelante, solo te diré que nuestra Sociedad se toma el anime mucho más enserio —y continuó:

—Estos días iré a Sayula y le dejaré el manuscrito a mi madre. Ella evaluará si tu novela es apta o no.

—De acuerdo.

—Ahora me tengo que ir —dijo—. Se hace tarde.

Mayra se despidió sonriendo y se alejó.

Es curioso cómo su personalidad cambia. Cómo se comportaba en momentos como este y cómo cambiaba radicalmente cuando estaba con su Sociedad.

Me dio mucha pena darle la novela. Siento como si le acabara de dar una carta a la chica que me gusta, en la que le estoy confesando mi amor.

Y ahora tengo miedo de la respuesta.

Pero ojalá valga la pena.

Capítulo 30

Veintiocho

En la siguiente reunión de SPEED, no tocamos mucho el tema del enfrentamiento con Nipponkenkyo, aunque sobra decir que todos estábamos tranquilos, y quizá felices de que no perdiéramos.

Pero, aunque tampoco ganamos, Gibrán se mofaba como si lo hubiéramos hecho.

Aunque también dijo que no deberíamos bajar la guardia.

—Ellos podrían intentar otra cosa más adelante —decía—. Pero sin importar qué sea no podrán con nosotros.

Aunque yo era de la idea de que ellos no querían de verdad eliminar nuestra Sociedad, más bien querían pasar el rato jugando. Creo que eso de que ninguna Sociedad haya sido disuelta sólo porque quedamos empatados fue un mero pretexto.

Finalmente el líder decidió cortar de tajo el asunto y nos preguntó de qué conversaríamos en esta ocasión. Porque hablar de manga y anime al parecer nunca es suficiente.

Y la primera persona en tomar la palabra, fue la que menos me lo esperaba.

Mayra, que por lo general, se mantiene casi siempre callada durante las juntas soltó de golpe:

—Me gustaría sugerir algo.

Llamó la atención de todos poderosamente por la razón que ya antes he referido.

—¿Qué cosa? —preguntó el líder.

—¿Quiero saber si es posible que se adapte este lugar para poder dormir aquí?

—¿Dormir aquí?

¿Porque habrá sugerido eso?

—¿Por qué querrías pasar la noche aquí? —preguntó Martina.

Quizá todos los demás pensábamos que su petición era un poco absurda, pero el líder de SPEED se lo estaba tomando muy enserio. Bastaba con verlo en esa pose en la que nos daba a entender que ya estaba considerando las posibilidades.

—No es mala idea— dijo al final.

—Pero aquí no hay mucho espacio —comentó Claudio—. Apenas y cupieron los muebles que trajimos.

—Creo que sí hay manera de acomodarse —respondí—. Las sillas se pueden apilar y la mesa es plegable, eso nos daría más espacio, al menos para acostarnos. Si el chiste es solo pasar la noche aquí, creo que con traer lo que necesitemos para dormir es suficiente.

—Podemos hacerlo —sugirió Angelina que también ya estaba pensando en las posibilidades—. Y podemos hasta realizar una piyamada aquí.

—Esa idea sí me agrada —la secundó Guadalupe—. Dormir en un lugar como este me llama la atención.

—¿Pero no les da miedo? —increpó la pequeña Martina—. Este lugar, aunque sea la base de SPEED, por las noches está muy oscuro.

—Eso era antes de que SPEED ocupara este lugar —comentó Gibrán—. Pero ahora que estamos aquí, lo hemos "evangelizado" ahora es nuestro. Además, todos pasaremos la noche aquí, no hay nada que temer.

—Yo me refería más bien —prosiguió Martina—. A… ya saben… fantasmas.

—¿Fantasmas? —pregunté.

—No hay nada de eso aquí —comentó Gibrán.

—Pero mi abuelito dice que los ha visto —replico Martina—. Bueno, cuando era joven los veía a menudo, ahora creo que ya no.

Ahora que lo menciona, mi tía, y hasta mi mamá comentaban cosas parecidas acerca de fantasmas, almas en pena y cosas de ese tipo. Por la manera en que lo comentaban, llegué a pensar en que todas esas cosas eran reales y de cierto modo, cotidianas. Lo que si fue nuevo para mí es que, hasta ese momento creí que todos creían en eso casi ciegamente. Pero parece que no es así.

El miedo de Martina no estaba fuera de lugar. Era la más pequeña y la

más susceptible de sentir temor.

Gibrán le sugirió que no era obligatorio asistir a la piyamada por si sentía miedo pero, aun así, ella, obligándose a sí misma, dijo que, de todos modos iría.

—Somos un equipo —dijo sonando un poco más madura para su edad—. Y debemos estar juntos.

—Así se habla —la animó el líder.

Entonces se levantó y anunció:

—Decidido tropa. Durante la semana estaré viniendo a acondicionar el lugar para pasar la noche aquí, naturalmente pueden venir a apoyarme si quieren.

Cuando salimos de la reunión, le pregunté a Mayra si no había hablado con su papá.

Lo que sucede, es que el día anterior no fue a la oficina a trabajar y asumí que se había ido a Sayula a seguir viendo si le revocaban el permiso. Pero dentro de mí creo que se había emborrachado de nuevo.

Le pregunté sólo para asegurarme.

—Se fue a Sayula —dijo la chica—. No te avisó porque fue de improvisto.

Y desviando la mirada, continuó:

—Y ahora que lo dices, me dijo que te avisara el jueves en la tarde, pero se me olvidó, lo siento.

—No te preocupes —respondí—. Tampoco era como si lo fuera a esperar todo el día.

Y continúe hablándole:

—Podrías haber ido a mi ca… Digo, a la casa de mis tíos.

—No… no creo que fuera necesario —señaló un poco taciturna—. Ya te avisé de todos modos.

—Pero un día tarde —repliqué.

Mayra desvió la mirada, aunque noté que sonrió un poco. Y dicho esto, se alejó sin despedirse, como es su costumbre.

Estuve pensando un poco e imagine que en realidad ella aún seguía enojada con su papá.

Y quizá por eso no me dijo que él no iría el día anterior a trabajar, aun cuando yo no tengo la culpa de nada.

Pero en fin, así es ella.

Durante las tardes de la siguiente semana, estuvimos yendo a ratos a la iglesia a acondicionarla para que se pudiera pasar la noche ahí.

Seguía preguntándome de dónde sacó Mayra la idea de adaptar la iglesia para pasar la noche en ella. Es verdad que ella usaba este lugar como refugio, pero dudo que haya pasado alguna vez una noche aquí.

Tal y como dijo Martina, este lugar en las noches da miedo, y más cuando SPEED aún no llegaba aquí. Pero el lugar quizá cambie cuando todos estemos aquí en la noche.

No sé de dónde la sacó Gibrán, pero trajo un sofacama que a primera vista parecía pequeño, pero cuando lo metimos, dejando primero el espacio requerido, logró expandirse hasta convertirse en una cama para cuatro personas. Apenas y entró en la iglesia. De hecho, tuvimos que mover un poco los "muros" de tarimas para que cupiera perfectamente.

Como ya no podíamos meter otro sofacama, los demás decidieron traer bolsas para dormir, e hicieron un espacio en la sala de espera para poder acomodarse.

También trajeron una cafetera eléctrica, sobres de café y azúcar, y un pequeño mueble para guardar tazas, vasos y otros utensilios.

De cierto modo, el lugar no cambió mucho, y es que el sofacama no iba a ser permanente debido a su tamaño.

El siguiente sábado, después de la junta, Gibrán nos citó a todos a las ocho de la noche de ese mismo día.

—Ya saben lo que tienen que traer —anunció.

Nos despedimos con nuestra acostumbrada arenga y nos separamos.

Pero antes de irme, Mayra me detuvo y me dijo:

—Quiero hablar contigo.

Mayra me contó algo que aunque no me esperaba, pero por alguna razón no me sorprendió.

Su padre estaba tomando de nuevo.

Y, naturalmente ella se molestó, así que vino a la junta de SPEED, pero ahora que ya había acabado, no quería regresar a su casa.

También me comentó que, aunque no pretendía asistir a la piyamada, ya que esa no fue su intención cuando sugirió la adaptación de la iglesia, vendría nada más para no tener que quedarse en su casa.

—El problema es que tengo que sacar mi ropa, cobijas y otras cosas de mi casa para venir a la piyamada.

—Pero dices que no quieres ir a tu casa.

—Así es.

—¿Estas sugiriendo que te metas a tu casa como una ladrona y saques todo eso?

—No estás entendiendo —replicó alzando la voz—. Yo no quiero ir a mi casa ahorita.

—Entiendo —dije aunque creo que se dio cuenta de que no estaba del todo convencido.

Y después de pensarlo, se me ocurrió una idea.

La tomé de la mano sin percatarme al inicio de lo roja que se había puesto del rostro, y le dije:

—Ven conmigo.

Capítulo 31

Veintinueve

No le dije a dónde la llevaría porque pensé que si se lo decía desde ese momento se negaría.

Así que cuando llegamos, ya no se podía echar para atrás y tuvo que aceptar la invitación.

Llevé a Mayra a casa de mis tíos.

Ya desde antes, podía oír la música grupera y percibir el aroma del fogón que siempre usa mi tía.

Si deporsí Mayra era muy tímida, estando en casa ajena lo era más.

Hasta yo me puse un poco más nervioso de lo normal porque, para empezar, esta tampoco es mi casa.

Pero mis tíos son muy amables. De cierto modo hacen que me sienta a gusto en casa ajena.

Pero no sé si pase lo mismo con Mayra.

Abrí la puerta que da a la calle y saludé a mis tíos.

Mi tía se asomó del jacal donde tiene su fogón para ver quien había entrado, me miró y me invitó a entrar.

—Que bueno que llegas mijo —dijo—. Ya mero sta la comida.

—Pero… —musité—. Traje a alguien conmigo.

Mi tío estaba alimentando a las gallinas del corral. Desde donde estaba también podía verme y le dio curiosidad.

—¿Quen vene contigo mijo? —preguntó.

—Es una amiga —respondí.

Mayra apareció tímidamente tras de mí. Tenía la mirada baja y las manos entrelazadas al frente a la altura de su cintura. Estaba roja como un tomate.

—M-mucho gusto se-señora, me llamo Mayra.

—Ah, es esa chica, la que siempre va con el vestido negro y la capa roja —comentó mi tío.

—¿Me conocen?

—Todo el mundo te conoce con ese cosplay —respondí—. ¿Qué acaso no lo sabias?

A veces me sorprende la ingenuidad de Mayra. Se viste de una manera tan llamativa pero no es consiente que gracias a eso, todo el mundo la identifica.

—Que ben que la hayas invitado —comentó mi tía sonriente como para aliviar la pena de la chica, y es que se le notaba la pena a kilómetros—. Entra, 'tas en tu casa.

—G-gracias —y avanzo lentamente por el patio.

Pude asomarme de reojo y vi que mi tía amasaba la masa, valga la redundancia, y formaba discos que ponía a calentar en un comal negro lleno de tizne, para formar tortillas. Las típicas tortillas más grandes y gruesas de las que venden en la ciudad, hechas de manera mecánica.

En otro fogón, en una olla de barro, estaba friendo frijoles bayos. No los vi, pero supe que lo eran por el aroma inconfundible.

—Pásenle a lo barrido —mi tío dejó de alimentar a sus animales, dejó el canasto con las semillas cerca y entró a la casa con nosotros, hacia el comedor.

—Siéntense —dijo mi tío mientras movía una de las sillas para que la chica tomara asiento.

—Gracias —agradeció Mayra, y se acomodó la capa para poder sentarse. Yo también ocupé mi lugar en la mesa, al lado de la chica.

Mi tío también se sentó frente a nosotros y nos miró sonriendo de una manera algo extraña.

—Al final si lograste que se convirtiera en tu novia ¿verdad? —comentó al aire.

—¡No somos novios! —negamos rápidamente llenos de pena.

Por momentos no me atreví a mirarle el rostro, y ella tampoco.

—Es broma muchachos —se levantó y trajo una jarra de agua de color rojo, de sabor Jamaica, además de unos vasos de vidrio decorados con fresas —¿Gustan algo de agua? En lo que llega la comida.

—Si, gracias —mi tío me dio los vasos, le di uno a Mayra y mi tío nos sirvió de beber.

Hacía un poco de frio, pero esa agua en verdad era refrescante.

Poco después, mi tía llegó con cuatro platos de frijoles refritos con huevo revuelto y bastantes tortillas gruesas y muy calientes. Todo olía muy bien.

Incluso Mayra, que hasta ese momento estaba muy tensa por estar en casa ajena, se acomodó mejor, como si ya hubiera agarrado confianza.

Mayra mencionó que la comida de mi tía estaba deliciosa, insinuando que si ella quisiera, podría abrir una fonda y quitarle el negocio a la mamá de Gibrán. Y creo que sí podría.

Durante el almuerzo, les conté a mis tíos lo que planeábamos hacer, acerca de la piyamada y sobre que la chica necesitaba unas cobijas y todo lo necesario.

Traté de evitar tocar el tema del alcoholismo de su padre, pero me imagino que era inevitable, porque ellos le preguntaron si en su casa no tendría algo que, se supone, todo el mundo tiene en sus casas.

—No quiero ver a mi papá —respondió Mayra.

—¿Tú papá es el arqui con el que trabaja Eliseo, cierto?

Ella asintió.

—¿Pasó algo?

—Mi papá toma mucho —respondió—. Y odio cuando hace eso.

Ella les terminó contando que, su papá tomaba mucho, y aunque últimamente estaba tratando de dejarlo, recayó, y que esa fue una de las razones por las cuales le suspendieron la obra. Incluso también les contó que todo eso fue a consecuencia de la muerte de su madre, no me imaginé que también les contaría eso. Me pregunto si eso querrá decir

que, de algún modo ya lo está superando.

—Ya veo —dijo mi tío—. ¿Quién pensaría que ese hombre, que tiene estudios y carrera, tomaría tanto?

—Y es por eso es que no me gusta que tomes tanto —le replicó mi tía a mi tío—. ¿Ya vites lo que puede pasar?

—Ya te dije que yo sí sé controlarme —contestó mi tío—. Además yo sólo tomo pulque, y a veces mezcal.

—El punto es que necesitamos unas cobijas y algunas almohadas para la piyamada de más al rato —expliqué—. Y pues, planeo también salir a comprar algo de comida y botanas para comer en la noche.

—De acuerdo mijo —contestó mi tía sonriente—. Les prestaremos las cobijas que necesiten, a los dos.

—Muchas gracia señora —Mayra agradeció a la usanza japonesa, creo que sin darse cuenta.

—¿También van a necesitar piyamas? —preguntó mi tío.

—No, yo no uso —respondí.

—Yo sí —contestó Mayra—. Es decir, no es necesario, si no tiene, no importa.

—Pero si tenemos —insistió—. Pero no sé si le queden a ella los que usaba Lidia.

—¿Quién?

—Mi prima —contesté—. Ya no vive aquí, creo que trabaja en Santa Miranda.

—Ella dejó algo de ropa cuando se fue —comentó mi tía—. Ropa que ya no le gustaba. Está toda en un ropero en la habitación que era de ella y donde ahora está Eliseo, si queres cuando acabemos de comer, puedes pasar y probarte lo que encuentres.

Y si algo te gusta —continuó mi tío—. Con toda confianza, te lo puedes llevar.

—¿De verdad?

—No creo que mi hija regrese por esa ropa —contestó mi tío—. Ya debió haberse comprado una mejor, con eso de que gana bien, y pues, Eliseo no

la usa.

—Obviamente —aclaré rápidamente por si surgía algún malentendido, o alguna broma.

—Pues… gracias —dijo Mayra tímidamente y seguimos comiendo.

Cuando acabamos de comer, mis tíos le mostraron a Mayra un viejo ropero que estaba en mi habitación.

Yo ya sabía que ahí estaba la ropa y demás cosas de mi prima porque mis tíos me lo dijeron el primer día, pero nunca había visto adentro.

Dentro había algunas prendas, camisas y playeras de todo tipo. Colgaban de unos ganchos metálicos que eran sostenidos por un palo que atravesaba todo el ropero trasversalmente. Abajo, permanecían doblados pantalones también de todo tipo, desde los de mezclilla hasta los formales y también algunos vestidos. En otra parte se hallaban algunos zapatos, zapatillas, tenis y botas, de todo tipo, colores y tamaños. Y finalmente, en un cajón, se hallaban las piyamas que mi tía mencionó.

Ella sacó la primera. Era un conjunto de una playera de algodón ligera y un poco trasparente y un pantalón del mismo material, ambos de color rosa.

—Pruébate este —le dijo mientras le daba el conjunto—. Pero no sé si te quede, pareces ser de la misma estatura que mi hija.

—Espere —replicó la chica—. ¿Quiere que me cambie… aquí?

—No mija —respondió mi tía—. Puedes medírtelo poniéndotelo así.

Y al mismo tiempo, tomó la playera y se la puso frente a ella para "medirla" y saber si le quedaba o no. Hizo lo mismo con el pantalón.

La chica dejó a un lado las prendas y ella misma tomó la iniciativa de buscar entre toda la ropa, algo que le llamara la atención.

Mientras mis tíos se retiraban, Mayra parecía más interesada a medida que sacaba más ropa y se la probaba.

Me agradaba verla así, hasta que caí en la cuenta de algo extraño.

Durante todo el tiempo en que la he conocido, solo la he visto vestida de

una sola forma.

Aunque varía el vestido, el cual siempre es negro y de estilo gótico, la capa roja siempre es la misma.

Llegó un momento en el que me preguntaba si también dormirá con ese atuendo puesto.

Y pues, se me presentó la oportunidad de preguntárselo y aclarar mis dudas.

—Por supuesto que no —contestó riendo—. ¿De verdad creías que dormiría con este vestido y la capa puesta? Es muy incómodo.

Dijo que es incómodo, eso quiere decir que ya lo había intentado antes, no hubo necesidad de preguntárselo.

La chica seguía viendo más prendas. No solo piyamas, sino también pantalones, playeras y demás cosas. Apartó algunas que, supongo, eran las que pretendía llevarse.

Pasamos un rato de silencio mientras veía cómo la pila de ropa que ahora le pertenecía aumentaba, aunque lentamente.

Y entonces decidí comentarle:

—Oye, ya que no quieres ir a tu casa, te puedes quedar aquí hasta que nos vayamos a la iglesia, sirve de que me acompañas a comprar las botanas y la comida para la piyamada.

Dejó de seleccionar ropa de manera abrupta. Parecía que se había congelado, supuse que se había apenado.

—Gracias —respondió tímidamente.

Y me retiré mientras ella reanudaba lo que estaba haciendo.

Capítulo 32

Treinta

Más tarde, Mayra y yo salimos juntos a comprar la comida y todo lo necesario para la piyamada de esa noche.

Fuimos a "La Poblanita", la tienda más surtida que hay en Yatareni, aunque de hecho, es la única que conozco.

Si acaso, hay otras más pequeñas, pero son pequeños negocios familiares que por lo general, están ubicados en alguna habitación de la casa, y siempre es común que atiendan por medio de una ventanita.

Le pregunté a Mayra lo que pensaba comprar pero no me contestó. Pasó largo rato observando todo lo que vendían en la tienda. Estaba por alejarse cuando la detuve indicándole un consejo:

—De todos modos no gastes demasiado. No es como si fuéramos a pasar tres días ahí, solo compraremos lo necesario para una noche.

—No tengo problema con el dinero —respondió indiferente mientras tomaba las primeras frituras del estante—. Tengo 2000 pesos.

—¿2000 pesos? —pregunté sorprendido— Pero no pensarás gastártelos todos ¿o sí?

—Por supuesto que no —respondió—. Ese dinero pretendo usarlo para… algo importante, además, lo traje conmigo por seguridad.

—¿Qué quieres decir?

—Si lo dejo en mi casa, mi papá es capaz de tomarlo para comprar más bebida.

Al final, compramos varias bolsas de frituras tamaño familiar, dos refrescos de tres litros cada uno, una bolsa con bombones, papas fritas y demás botanas.

Tratamos de no comprar tanto para no desperdiciar la comida, considerando que seriamos siete los que comeríamos todo eso.

Debo de aclarar que, fue a nosotros los que nos tocó la compra de la comida para todos.

Naturalmente, el día de la junta, los demás chicos me dieron la parte del

dinero que les correspondía para que yo comprara toda la comida.

La única que no me dio su dinero fue Mayra. Planeaba dármelo más tarde supongo, pero como me terminó acompañando, al final no fue necesario.

Por la tarde, mi tía ya nos había preparado un juego de dos cobijas y unas almohadas para cada uno, y, en el caso de Mayra, también le había preparado su piyama.

La chica pidió tiempo y decidió cambiarse poniéndose la piyama debajo de su ropa (su vestido) para no tener que cambiarse en la iglesia.

A las ocho de la noche, después de misa de siete, nos reunimos todos en la iglesia.

Para entonces, ya estaba completamente oscuro, pero podíamos ver perfectamente debido a la luz de la luna que lo iluminaba todo.

Gibrán mencionó que parecía un paisaje típico de un anime isekai, o de fantasía y con una buena animación.

Pero, de hecho, noches como estas son excepcionales. La mayoría de las noches, si no es que todas, siempre están nubladas, precisamente por la altitud a la que nos encontrábamos. Esto, aunado a las pocas casas que hay en el lugar, hace que en la noche verdaderamente no sea posible ver nada a más de cinco metros de distancia.

Todos veníamos además muy bien abrigados porque hacia bastante frio. Sin embargo, eso no detuvo nuestros planes.

Entramos todos a la iglesia, y, lo primero que hicimos fue acomodar las cosas para que pudiéramos hacer espacio y poder meter todo.

Como no dormiríamos inmediatamente, no quitamos las mesas, y ahí pusimos todo lo que trajimos para comer.

Acto seguido, el líder de SPEED hizo la apertura formal de la piyamada con estas palabras:

—Bienvenidos sean a la primera reunión nocturna de SPEED. Esta vez variaremos un poco nuestra acostumbrada rutina.

—¿Qué haremos entonces?

—Comeremos botanas, encenderemos juegos pirotécnicos, leeremos manga…

Y entonces tomó una lámpara que tenía cerca, la encendió iluminando su mentón y dijo:

—…Y más entrada la noche, contaremos historias de terror.

La más pequeña se estremeció.

—Dijeron que no harían eso —replicó Martina. Evidentemente no le agradaban ese tipo de cosas.

—Quizá para entonces tú ya estés dormida —comentó Angelina.

—Y entonces la piyamada será sólo para adultos —continuó Claudio.

—No pude evitar pensar otra cosa al oír eso —intervino Guadalupe.

—Yo sé lo que estás pensando —le respondí—. Chica de mente sucia

—Jamás haríamos algo así —replicó Claudio—. Y menos con una loli presente, pero si ella no estuviera aquí, pues…

—Nosotros somos SPEED —interrumpió el líder mientras se acomodaba los lentes oscuros—. No nos dejamos llevar por los encantos de las imperfectas 2D, jamás se compararán a las DDDD.

—¿DDDD? —pregunté—. ¿Qué significa eso?

—Diosas De Dos Dimensiones —respondió.

A veces me sorprende lo creativos que llegan a ser.

—Pero también me sorprende que sus padres la hayan dejado venir a la piyamada —dije refiriéndome a Martina—. Me imagino que los conocen bien.

—¿Sus padres? —dijo Gibrán—. Querrás decir sus abuelos.

—¿Abuelos?

—Martina no vive con sus padres —comentó Guadalupe—. Vive con sus abuelos.

A mi menté llegó la imagen de aquel anciano al que le compramos el pulque en mi primera noche en este pueblo. ¿Ese señor la crió desde pequeña?

—¿Y sus padres?

Como nadie me contestaba y, hasta parecían evadir el tema, asumí que acababa de tocar un tema delicado.

—Mi madre me abandonó cuando era una bebé —contestó la niña—. Me dejó con mis abuelos, así que me crié con ellos, y pues, no tengo idea de quien sea mi padre.

—¿Tampoco conoces a tu madre?

—Recuerdo haberla visto alguna vez hace muchos años cuando visitó la casa de mis abuelos —contestó—. Solo recuerdo que discutió con mi abuela y se fue. Pero era muy pequeña para recordarlo bien.

Guardé silencio unos segundos y, lo primero que hice fue disculparme por hablar tan a la ligera.

—No te preocupes— me dijo Martina—. No es tu culpa, no lo sabías.

Pues no me sorprende mucho el asunto, porque resulta que mi madre tiene una historia parecida.

—En fin —comentó el líder de SPEED al tiempo que tomaba una bolsa negra del suelo—. No creo que aun quieran comer, así que, lo primero que haremos, será encender estos juegos pirotécnicos.

Y así lo hicimos. Los chicos habían conseguido una bolsa llena de cohetes de diversa variedad. Había bolas de humo, cometas o mejor conocidos como "ratoncitos", cerillos, buscapiés, palomas, hasta cohetes más grandes y poderosos como los llamados R-15 o cañones.

También trajeron un juego de bengalas de los que se usan en las posadas navideñas.

Todos sacaron los juegos, y los encendieron. De un momento a otro, el lugar se iluminó por el fuego que producían los cohetes, las chispas de las luces de bengala que revoloteaban en las manos de la más pequeña, el ensordecedor ruido momentáneo de la explosión de un cañón y la estela de humo que dejaban todos esos juegos al extinguirse.

Aunque trajeron poco más de un kilo de puros cohetes, nos los acabamos

todos en menos de quince minutos.

Entramos de nuevo a la iglesia, ya que el frío comenzó a aumentar.

A continuación tocaba la hora de comer.

Lo que hicimos fue abrir todas las bolsas de frituras y botanas que habíamos comprado, vaciar su contenido en un tazón gigantesco que trajeron y mientras leíamos manga, comer las botanas y el refresco.

Aunque creo que no fue correcto hacer eso porque podríamos haber manchado las páginas del manga o haber derramado refresco. Pero fuimos cuidadosos.

Aun después de haber terminado de comer lo que traíamos, aunque sobró un poco, seguimos leyendo manga hasta aproximadamente las diez de la noche.

Limpiamos la mesa y guardamos todo el manga, y entonces, la piyamada, en palabras de Gibrán, se puso más interesante.

Apagaron las luces y aunque quedamos a oscuras, aún era posible ver un poco por la luz de la luna que se filtraba de las ventanas. Ya todos sabíamos qué era lo que seguía.

Y creo que la que mejor lo sabía era Martina, quien, decidió al final quedarse callada, por mucho que protestara contra aquella dinámica, la iban a hacer de todos modos.

Así que se acercó más a Angelina, quien estaba a su lado y ella la abrazó por la espalda, como para darle tranquilidad.

Gibrán volvió a hacer aquello de hablar mientras iluminaba desde la parte inferior, su rostro.

—Es hora de las historias de terror.

Capítulo 33

Treinta y uno

Era evidente que la única que no estaba cómoda con ese tema era la más pequeña de la Sociedad.

—No tengas miedo —le dije a la niña—. Son sólo historias, nada de lo que contarán será cierto.

Pero todos me miraron como si me tuvieran lastima, y de cierto modo, también Martina.

—No todo lo que contaremos serán meras fábulas —anunció el líder de SPEED mientras se acomodaba los lentes oscuros de una manera seria—. Muchas historias que contaremos son verídicas.

Se me había olvidado que aquí, todos creen en esas cosas a tal grado que les parece algo cotidiano.

—Miren, no es que no les crea del todo lo que me cuentan —comenté—. Mi tía y mi madre también han hablado de esas cosas, y ellas también asumen que todo eso es verdad. Pero para alguien como yo, que no proviene de lugares como este, le es difícil creer, quizá porque jamás he visto ese tipo de cosas.

—Porque lo es —argumentó Guadalupe—. Tú quizá como vienes de la ciudad lo entiendes diferente, pero aquí en el campo las costumbres y creencias de la gente son distintas.

Lo que creo que sí debería de sorprenderme es que, todos aquí creen que ese tipo de cosas son verdaderas, y parecen estar tranquilos con eso, pero la única a la que le da miedo es a Martina.

Ella, que ha vivido toda su vida aquí, parece que aún no está acostumbrada a ello, pero creo que será más porque es la más pequeña.

Me recuerda un poco a mi hermana, aunque creo que las dos son muy diferentes en cuanto a personalidad. A mi hermana no le darían miedo esas historias, todo lo contrario, sería la primera en armar una expedición para investigar si todo eso es cierto.

—Bien —preguntó Gibrán—. ¿Quién comienza?

—Yo primero —Guadalupe levantó la mano y comenzó su relato:

—Durante los días en los que le estuve ayudando a la madre de Gibrán en su Fonda de Comida Económica, salía un poco tarde de trabajar y, me tenía que ir en bicicleta a Calkini, ustedes saben, en esa parte hay muchas vueltas que bordean los cerros lo que hace que el camino sea aún más largo.

—¿Calkini? —pregunté.

—Es el pueblo donde vive Guadalupe.

—El último día —la chica reanudó su relato—. Como teníamos que preparar comida para 100 comensales para una boda que se celebraría al día siguiente, salí más tarde, a las nueve y media de la noche, y me regresé en bicicleta a mi pueblo.

Aunque toda la carretera está iluminada por los postes de luz, hay una parte en la que aún no ponen los postes porque creo que se quedaron sin presupuesto, y los pocos que hay, no sirven. Esa parte se extiende por más o menos un kilómetro, así que andar por ahí de noche es muy peligroso porque no se ve nada y puedes caer por el borde de la carretera hacia el acantilado o un auto que pase de improvisto puede atropellarte. Pero como conozco muy bien el camino porque paso todos los días por ahí, decidí irme rápido.

Nada más entrar a esa parte oscura, la temperatura bajó de golpe, no sabía por qué. Entonces llegó un momento en el que estaba tan oscuro que decidí mejor detenerme por un momento e irme caminando. Total, sólo era un tramo chico y cuando entrara de nuevo a la parte iluminada de la carretera, volvería a montar la bicicleta.

Entonces comencé a oír un ruido. Eran cascos como de caballos golpeando el pavimento, se oían detrás de mí y cada vez aumentaban su intensidad, lo que indicaba que se acercaban a mí. Supuse que era una carreta jalada por unos cuatro caballos quizá, aparentemente nada paranormal.

Como se acercaban cada vez más, decidí hacerme a un lado del camino para dejar que pasaran, pero también se me había ocurrido irme junto con el que estuviera en la carretera para no irme sola, así que esperé.

Pero esperé un rato y nada pasó, aunque el ruido aumentaba, esperaba que la carretera se iluminara con los faroles y lámparas de petróleo que suelen cargar cuando salen de noche, pero no vi nada, aunque seguía escuchando el ruido de la carreta y los caballos, e incluso oí algunos relinchos.

Y entonces, de la nada, el ruido comenzó a oírse ahora del otro lado y ahora disminuyendo, como si la carreta y los caballos ya hubieran pasado

por donde estaba y así se alejaron.

Pero les juro, que jamás vi la carreta ni a los caballos, jamás me pareció que pasaran frente a mí, y aunque estaba muy oscuro debí haberlos visto por las lámparas que llevarían, o en todo caso debí haber visto aunque sea su silueta. Incluso estuve un rato parada en medio de la carretera para que ellos me vieran, pero nunca los vi pasar.

—Uy que miedo —dijo Gibrán un poco sarcásticamente.

—Espera —le pregunté a la chica—. ¿Eso que contaste es verdad?

—Por supuesto —contestó Guadalupe—. Me pasó cuando estaba trabajando en la fonda de la mamá de Gibrán.

—¿Pero de verdad no viste nada?

—Estaba parada en medio de la carretera y nunca pasó por ahí una carreta, pero oí cómo se acercaba y cómo se alejaba.

—¿Y qué hiciste después?

—Pues, solo seguí mi camino y cuando llegué a la zona iluminada me subí de nuevo en la bici y llegué a mi pueblo.

Hay veces en las que puedo detectar cuando una persona cuenta una historia inventada y una historia real, y en este caso, ella estaba contando una historia real, no parecía que se la hubiera inventado en ese momento ni que la hubiera planeado antes. Si así fuera, sería mejor escritora que yo.

—Ahora me gustaría escuchar algo más interesante —dijo Gibrán y me señaló—. Tú que eres de la ciudad, que tienes una visión diferente de estas cosas, me pregunto si sabrás alguna historia o algo por el estilo.

—Pues —contesté—. Sólo conozco las cosas que me han contado mi madre y mis tíos, nada que yo haya vivido.

—Cuenta alguna de las que te sepas.

—Bueno —ahora me tocaba a mí contar un relato—. Debo de aclarar que no sé si esto que les diré es cierto, porque como les dije, son cosas que me contaron ellas, pero mi tía dice que, en una ocasión andaba explorando una hacienda abandonada cerca de aquí en la que dicen que había un tesoro que habían escondido los dueños de la hacienda para que los revolucionarios no se la robaran y pues, había mucha gente buscando por

toda la hacienda ese tesoro.

Ella entonces vio una serpiente enorme de colores llamativos arrastrándose por ahí hasta que se metió en un agujero. Ella dice que tuvo miedo, pero que, si hubiera seguido a la serpiente, esta le habría mostrado la ubicación del tesoro, o que incluso, esa serpiente se convirtió en el tesoro.

—¿Eso es todo? —preguntó Angelina.

—Es todo lo que me contaron ellas —respondí—. No recuerdo otra cosa.

—Eso no da miedo —comentó Claudio—. Pero sí me llama la atención saber si aún está ahí ese tesoro.

—Lo dudo —comentó Gibrán—. Ya pasaron 100 años desde esa época y durante todo ese tiempo lo han estado buscando, si había un tesoro ahí, seguramente ya no está.

—¿Entonces por qué hay gente que aún sigue buscando?

—Dejemos ese tema para después —dijo el líder—. Recuerden que la temática son historias de terror —y esta vez señaló a la callada del grupo.

—Te toca a tí caperucita gótica —le dijo a Mayra—. Cuenta alguna historia que te sepas.

Por la manera tan natural con la que llamó a Mayra, por poco todos explotamos en risa.

Mayra, ignorando el apodo que se acababa de ganar, aunque sí frunció el ceño, comentó:

—Yo tampoco sé muchas historias de ese tipo —comentó—. Pero mi padre una vez me platicó que en Sayula, en el cerro Colhua hay una cueva encantada.

—¿Colhua? —pregunté.

—Es un cerro que está al lado de Sayula —explicó Guadalupe—. Es el cerro más alto de todo el lugar y de cierto modo el más conocido.

—Recuerdo haber visto un cerro inmenso cuando pasamos ahí al ir a la playa —mencioné—. Quizá es ese.

—Pues la próxima vez obsérvalo bien —dijo Gibrán—. Se ve imponente.

—Como decía —relató Mayra—. Se dice que en el cerro, en algún lugar, hay una cueva donde al parecer, hace muchos años un hombre hizo pacto con el diablo. También se dice que, como ese lugar está encantado, el tiempo dentro de esa cueva fluye de manera diferente al resto del mundo, y que, si permaneces adentro unos minutos, cuando salgas, habrán pasado 40 años. Y también dicen que, hace años, cuando cayó un ovni cerca de aquí, los aliens se refugiaron en esa cueva para reparar su nave y regresaron a su planeta, pero dejaron su tecnología ahí.

—Creo que eso ultimo lo escuché en otro lado —comentó Claudio—. Ah ya recuerdo, lo leí en una novela, eso lo sacaste de ahí, ¿verdad?

—Bueno… —dijo tímidamente la chica al ser expuesta—. Pero lo del ovni es cierto.

—¿Cuál ovni? —pregunté.

—En 1979 —explicó el líder—. Se dice que un ovni cayó del cielo, que incluso algunos aviones de la Fuerza Aérea lo persiguieron y lo derribaron en los cerros cercanos a Sayula. Entonces vinieron especialistas y científicos de todo el mundo buscándolo pero jamás lo encontraron. Al final zanjaron el asunto diciendo que, lo que cayó en realidad era chatarra espacial, un satélite soviético que ya había terminado su vida útil, pero no muchos creen eso. Me imagino que el autor de esa novela conocía esa historia y lo incluyó en la novela.

—Yo igual había leído esa novela —comenté—. Bueno, es de mi hermana, pero he leído algunas partes.

—Esa leyenda dices que la conoce tu padre —comentó Angelina—. ¿Pero tú no sabes alguna?

—No —contestó la chica—. De hecho, preferiría que no habláramos de mi padre ahora.

—Ah, cierto —comenté—. Mayra está enojada con su papá ahorita porque…

Y otra vez hablé sin pensar ¿Cuándo se me quitará esa costumbre?

—¿Sucedió algo? —preguntó Guadalupe.

—No, no es nada —contestó—. Es solo que Eliseo no sabe lo que dice.

—Oye, enserio — Angelina se sinceró—. Tennos confianza, somos un equipo, no lo olvides, no muchos sabemos lo que te sucede porque casi no hablas, pero, podemos ayudarte.

Y bueno, lo arruiné, y como Mayra fue consciente de eso, tuvo que hablar:

—Últimamente mi papá toma más seguido, y bueno, fue por eso que le suspendieron la obra en la que estaba.

—Ah, fue por eso —comentó el líder de SPEED.

—Se emborracha más seguido y llega un momento en que se vuelve insoportable verlo tirado en el suelo o diciendo estupideces —explicó—. Por eso prefiero no verlo, prefiero pasar más tiempo con ustedes chicos.

Y cuando dijo esto sonrió un poco.

—Y por eso solo estoy yendo a las oficinas del arqui —agregué—. Aunque últimamente ya no hago casi nada, el arqui va seguido a Sayula a ver lo del permiso, pero ya no me deja mucho trabajo, así que aprovechaba para escribir la novela que le di a la otra Mayra.

—Y hablando de eso —me preguntaron—. ¿Ya te dijeron cómo te fue?

—Aún no —respondí—. No he visto a la otra Mayra en estos días.

—Pero bueno —dijo Gibrán—. Tropa, recuerden que nuestra misión no solo es divertirnos en torno al manga y al anime, también podemos brindar servicio a la comunidad, o ayudar a los miembros de nuestra Sociedad.

Y levantándose dijo mientras señalaba a Mayra:

—SPEED tomará cartas en el asunto del alcoholismo de tu padre.

Todos nos sorprendimos con lo que acababa de decir.

—¿Me… van a ayudar?

—Hablaremos con tu padre y lo convenceremos de que deje de tomar —comentó Gibrán.

—¿En serio? —pregunté—. ¿Eso es todo? No creo que seamos los primeros que intentan hacer que deje de tomar con tan solo hablar con él.

—Pude convencerlo para que nos dejara ir a su obra —dijo mientras se acomodaba los lentes—. Podremos convencerlo de lo que sea.

También se me había olvidado el enorme optimismo de este chico, a veces hasta raya en la inocencia.

Regresamos al tema de las historias de terror y así estuvimos por alrededor de dos horas más. Creo que de todas, la historia que más me agrado escuchar fue la de la historia de la Fonda de la mamá de Gibrán.

Por alguna razón que, quizá, ni ella misma supo explicar del todo, Martina empezó a tener más interés en aquellas historias que todos contábamos, y así, se le pasó el miedo. Incluso terminó contándonos una historia acerca de una bruja pelirroja que existió hace décadas en el pueblo.

Fue la única historia que contó, porque, a partir de ese momento, ella ya estaba cabeceando intentando ganarle al sueño. No le dijimos nada porque sinceramente, era demasiado tierno verla así.

Al final, decidió dejar la mesa e irse a acostar. Me imagino que no está acostumbrada a desvelarse, y es que, a su edad no debería hacerlo.

A eso de las doce y media de la noche, cuando afuera comenzó a caer una ligera llovizna, lo que hizo que el frio aumentara, decidimos terminar la sesión y dirigirnos a dormir.

Nos acomodamos donde previamente ya habíamos decidido, ya que, dormiríamos los chicos en una parte y las chicas en otra. Y como habían más chicas que chicos, a ellas les tocó la parte más grande de la iglesia.

Lo normal hubiera sido que, después de contar todas esas historias, no pudiéramos dormir por el miedo, pero como dije antes, están tan acostumbrados a esto que, como ya les parece normal, parece que no tienen problema con dormir, incluso Martina que era la que tenía más miedo, fue la primera en dormir porque tenía el sueño muy pesado.

Solo habíamos dos personas que no pudimos conciliar el sueño, Mayra y yo.

Aunque dormíamos en cuartos separados, debido a lo pequeño del lugar, era posible que ambos pudiéramos platicar en voz baja.

Pero ni ella ni yo dijimos nada. No sé si fue porque no se nos ocurrió nada o por el miedo que pudimos llegar a tener.

Y la verdad es que, tampoco supe que decirle, y más después de que, por mi culpa, revelara que su padre era alcohólico.

Afuera la lluvia aumentó de intensidad y al final los dos decidimos dormir.

Capítulo 34

Treinta y dos

La niña ingresó a aquel local emocionada.

Era tal su emoción que, no se decidía por dónde comenzar a buscar el regalo que su madre le compraría. Todo le llamaba la atención.

—Solo puedo comprarte una cosa —anunció su madre sonriente desde el fondo—. Así que elige bien.

No lo pensó por mucho rato. Sin tiempo que perder, se dirigió hacia la parte donde se encontraban los disfraces, pelucas, y demás accesorios para cosplayers, y ahí la vio.

Una capa color rojo.

Aunque a cualquiera, aquella capa le recordaría al personaje de los cuentos, para la niña significaba otra cosa.

Era el accesorio principal de su personaje favorito de su anime favorito.

—Quiero este —le señaló a su madre.

Ella le sonrió mientras le dijo:

—Con este completas el traje ¿verdad?

La niña respondió sonriendo afirmativamente.

—Primero pruébatelo —ordenó su madre—. Para saber si te queda.

La chica lo tomó, y se dirigió a un área donde había un gran espejo de su altura, ahí se midió aquella capa.

Sin embargo, le quedaba aún muy grande. La capa rozaba el suelo cuando, según el modelo del personaje del anime, no debería pasar de las rodillas. Y la sonrisa de la niña se borró.

—Este te queda enorme —le dijo su madre—. Quizá tengan uno más pequeño.

Pero al preguntarle a la encargada del local, esta les informó que sólo las fabricaban en esa talla. Pero la niña no se desanimó con algo así.

—Aun así lo quiero —anunció decidida.

—Pero no te queda —respondió su madre.

—Ya creceré —dijo sonriendo—. Y se me verá mejor.

Despertó a una hora de la mañana en la que aún no clareaba. Se percató de que todos aun dormían.

Afortunadamente nadie la vio llorando.

Así que Mayra decidió dormir un rato más.

****

Nos levantamos a las nueve de la mañana del domingo, recogimos toda nuestra basura, y nuestras cobijas y demás cosas que trajimos con nosotros.

Gibrán y los demás estaban felices. Comentaban que había sido una gran piyamada.

Aunque para mí fue más de lo mismo que siempre hacemos en las reuniones normales, excepto porque la hicimos de noche.

Pero el hecho de dormir en un lugar peculiar ya es algo interesante, debo decir.

—Iremos a nuestras casas a dejar nuestras cosas —anunció Gibrán—. Y nos reuniremos en el kiosco del centro en dos horas para que vayamos a hablar con tu padre.

—Espera —preguntó Mayra—. ¿Lo harán ahora?

—Así es —respondió el líder de SPEED sonriendo—. Te dijimos que te íbamos a ayudar ¿no?

Y después de hacer nuestra acostumbrada arenga de despedida, todos se separaron y Mayra y yo nos quedamos solos.

Como ambos sacamos nuestras cosas de la misma casa, ella me

acompañó a dejar todo a casa de mi tía.

Mis tíos ya estaban despiertos, pero solo mi tía se encontraba en la casa porque mi tío había salido a juntar leña.

Nos dio los buenos días y nos preguntó cómo nos había ido en la noche en la iglesia. También nos dio de desayunar café con leche y pan.

Después de aquello, nos dirigimos hacia el kiosco del pueblo.

—¿Y qué te pareció la piyamada? —le pegunté a Mayra de camino al kiosco.

Mayra al inicio no respondió así que creí que no me había escuchado. Cuando estaba por repetirle la pregunta, me contestó:

—Me gustó dormir en la iglesia —contestó—. Estaba un poco incómoda porque no había espacio, pero al menos fue mejor que la última vez que…

Y se calló de repente.

—¿Ultima vez? —pregunté extrañado.

¿Quería decir que ya antes había dormido ahí?

Me costó trabajo sacarle la verdad, pero al final me confesó que en una ocasión, sí pasó la noche en la iglesia porque su padre había tomado bastante y como tenía miedo de que estuviera violento, se quedó a dormir en la iglesia. Aunque yo pienso que fue más porque estaba tan molesta que no quería verlo.

También dijo que fue en la época en la que SPEED ya estaba instalado ahí, de manera que, aunque tuvo con que entretenerse, hacía mucho frio.

Y me imagino que fue por eso que se le ocurrió sugerir que la base se adaptara para pasar la noche ahí.

Me sentí culpable por eso, sobretodo porque, según entendí, fue el mismo día en el que le insistí para acompañarla, aunque al final ella no quiso. Sabía que debí haber insistido más.

—No sabía que te habías quedado a dormir ahí —le dije—. Bueno, sí sabía que te ibas a quedar ahí, pero no pensé que pasarías la noche ahí. De haber sabido, te habría acompañado.

Ella no dijo nada.

Le pregunté entonces que si le había dado miedo dormir ahí sola.

—Claro que no —respondió haciéndose la valiente—. Después de todo, ese lugar es mi refugio.

Pero no le creí.

Llegamos al kiosco y todos los miembros de SPEED ya estaban ahí esperándonos.

Mayra nos guió a todos a su casa.

Por cierto, soy el único del equipo que sabe dónde vive, y al parecer soy también el primero que a veces la visita.

Nos tomó unos diez minutos llegar a su casa.

En verdad era muy grande. Parecería más bien la casa de alguna persona adinerada del pueblo.

El arqui hizo un buen trabajo al diseñar esta casa adaptándola al estilo arquitectónico de las demás casas del pueblo, para no romper la esencia pueblerina.

En su momento llegué a considerar pedirle que me diseñara mi casa así.

Pero en fin. El autor de esta casa yacía dormido en un sillón rodeado de botellas y latas vacías, y en una posición muy incómoda. Había también otros tipos que no reconocimos dormidos, algunos en el suelo. Se podía oír una canción de Lola Beltrán en el fondo.

En fin, esa casa por dentro era un verdadero desastre.

Todo eso fue lo que pudimos ver por la ventana. Fue lo que la chica sugirió primero, que nos asomáramos desde fuera para evitar problemas, según ella, por si su papá se ponía violento.

—Sigue dormido —anunció Mayra—. Me da mucha pena que vean a mi papá de este modo.

—¿Vamos a despertarlo? —preguntó Claudio.

—No sé si sea buena idea —respondió Mayra—. No quiero que se ponga violento y arme un escándalo. Ya el hecho de que vean esto es muy

vergonzoso para mí. Preferiría mejor esperar a que él despierte solo.

—¿Segura? —le preguntaron Guadalupe y Angelina.

—Creo que sería lo ideal —respondí yo—. Si hablamos con él, estando aun tomado, no creo que nos entienda o nos tome enserio. Lo mejor será hablar con él cuándo esté sobrio.

—De acuerdo —dijo el líder de SPEED—. Hablaremos con él después, pero descuida —le dijo a Mayra—. Nos retiramos por ahora, pero eso no significa que no te ayudaremos, recuerda que somos un equipo. Definitivamente hablaremos con él después.

—No —interrumpió Martina y se acercó a la chica diciéndole:

—Para eso somos amigas.

Mayra quiso sonreír, pero creo que estaba más impresionada al oír aquello.

Quizá era la primera vez en mucho tiempo que la llamaban amiga.

Finalmente, todos se despidieron y, otra, vez nos dejaron a los dos solos.

—¿Vas a entrar? —le pregunté.

—No —respondió—. Tengo miedo de que despierte.

—¿Entonces qué harás?

—Iré a la iglesia a leer manga —respondió.

—¿Y te quedarás todo el día? —le pregunté—. ¿Y si te da hambre? ¿Y si te tienes que quedar a dormir ahí de nuevo? Esta vez te acompañaré.

—Descuida, estaré bien —dijo y sonriendo completó—: Te preocupas más por mí que mi propio padre.

—Ah… bueno —contesté un poco apenado—. Es más que nada que quiero ayudarte, sé que tienes problemas y…

—Olvídalo —dijo sonriendo—. Pero gracias, puedo cuidarme sola.

—No, la verdad no creo que…

—Estaré bien —y se fue de ahí.

Se alejó tan rápido que no me dio tiempo de pensar en algo para detenerla.

Decidí entonces retirarme también de la casa del arqui.

Todavía me estaba decidiendo si alcanzaba o no a la chica y acompañarla a la fuerza, cuando mi teléfono sonó y contesté.

Era la otra Mayra.

—¿Estas ocupado Eliseo?

—No —respondí—. ¿Por qué?

—Te tengo noticias de tu novela.

—¿De verdad?

—¡Por supuesto!

Esto último lo oí gritar con todas sus fuerzas detrás de mí, dándome un susto tremendo, que hizo que diera un grito que, odio admitir, no sonó muy masculino. Al voltear a ver, la chica no pudo contenerse, soltó una risotada tremenda llamando la atención de algunos vecinos que pasaban por ahí.

—Me gusta cómo gritas Eliseo, de verdad me matas.

Y siguió riendo.

—¿Si ya estabas aquí, porqué te molestaste en llamarme? —reclamé.

—Por esa cara que pusiste y por ese grito que diste, valió la pena.

Estoy empezando a creer que esta Mayra tampoco es muy madura que digamos.

—Bueno ya —pregunté—. ¿Qué sucede con mi novela?

—Sería mejor que me acompañes a Sayula, y que sea mi madre quien te lo diga.

—¿Ahorita?

—¿Tú qué crees?

****

Mayra Palacios, después de pensarlo mucho, decidió volver y buscar a Eliseo.

Esta vez se armaría de valor y le pediría que la acompañara a la iglesia.

Pero titubeaba mucho. Por momentos se animaba a ir verlo y por momentos regresaba.

Después de pelear consigo misma, decidió alcanzarlo antes de que se arrepintiera.

Cuando lo encontró ya estaba hablando con su gemela. Parecían hablar bastante animados.

Y ella sintió dentro de sí una sensación incómoda que no supo explicar porque era la primera vez que la sentía.

Fue como si a ella le molestara aquello, o como si ella desearía que ella estuviera en el lugar de la otra Mayra.

Luego recordó lo que el chico le dijo cuándo se despidieron y por momentos se sintió superior a la otra Mayra. Era más que nada para darse ánimos.

Pudo observar que, los dos se alejaron y tomaron un auto deportivo que estaba estacionado cerca. Mayra Páez se sentó en el asiento del conductor y ambos se fueron.

Era evidente que dejaban el pueblo, de manera que ya no podía alcanzarlo.

Más que la impresión de ver un auto lujoso en un pueblo como Yatareni, cosa que quizá sucedía por primera vez en la historia, Mayra siguió sintiéndose incomoda.

Como se dio cuenta de que había perdido su oportunidad, decidió, que, antes de regresar a la iglesia, compraría algunas frituras y botanas para leer manga y olvidar lo que vio.

Y entonces, de reojo los vio.

Estaban sentados en una de las bancas del parque que rodea el kiosco.

Reconoció de lejos a una chica pelirroja y la identificó como una de los miembros de Nipponkenkyo.

Estaba acompañada de un tipo vestido al estilo punk o metalero, según trataba de adivinar Mayra.

Y estaban muy, muy cariñosos.

Capítulo 35

Treinta y tres

—¿De dónde sacaste este auto? —le pregunté a Mayra cuando ya estábamos internados en la carretera. Sobra decir lo impresionado que estaba tan solo de estar montado en un auto como ese.

—Es de mi madre— respondió—. Me lo prestó para venir por ti.

—¿Tú madre tiene mucho dinero?

—Y yo también —contestó sonriendo.

No recuerdo a qué distancia está Sayula de Yatareni, pero, debido a la velocidad del automóvil al que íbamos, sólo nos tomó veinte minutos llegar a la cabecera municipal.

Aproveché para, admirar de paso, el famoso cerro que mencionaron los demás chicos, el que esta supuestamente embrujado. Traté de buscar la cueva que dijo Mayra Palacios pero no la vi.

Llegamos a un edificio de unos cinco pisos en el centro del pueblo, era uno de los más altos de Sayula, un edificio de oficinas de la editorial de la madre de Mayra.

Aparcamos en un estacionamiento en el sótano y entramos a las oficinas, llegando a donde estaba su madre por medio de un ascensor hasta el último piso.

Una puerta bastante ancha hecha en su mayoría de vidrio, y en el cual, estaban grabadas la inicial de la editorial de la madre de Mayra, nos dio la bienvenida.

La editorial se llamaba Haiku.

Era un amplio espacio con poco mobiliario y agradable a la vista. Quizá de esos que dicen que están ordenados según la filosofía zen.

Y ahí estaba su madre, sentada frente a un escritorio, y tras de ella, una gran ventana con una panorámica de Sayula.

Debo decir que, desde el primer momento en el que cruzamos miradas, me puse tenso. La madre de Mayra impone demasiado, tanto por su aspecto como por la mirada penetrante que me lanzó aun antes de que

entrara a la oficina.

De rostro sereno y perfecto, tenía el cabello negro atado en un moño como los que usan las mujeres militares además de dos mechones de cabello que cubrían un poco sus mejillas, y parte de los anteojos finos que usaba.

No parecía su madre, parecía más como una hermana mayor porque, aunque dudo que pasara de los 40 años (por la edad de Mayra) se veía de 25 o máximo 30, y para rematar, tenía un cuerpo perfecto.

Vestía un traje ejecutivo de marca y estaba sentada en una silla que, más bien, por su tamaño, diría que era como un trono.

Una típica villana de telenovela con todo el poder que pueda tener.

La mujer cruzaba las piernas y los brazos como una madre que esta por regañar al hijo que llegó tarde a casa.

Me sentía más como el novio que va a visitar por primera vez a los padres de su novia.

—Bu… buenas tardes —dije apenado mientras me acercaba lentamente. Mayra entre tanto, tomaba lugar en un sillón hecho totalmente de piel a un lado, se sentó, cruzó los brazos y por momentos cerró los ojos. Ahí entendí que estaba completamente solo.

La mujer hizo un gesto con el rostro que entendí perfectamente y rápidamente, tomé mi lugar en el asiento frente a ella. En el escritorio estaba el manuscrito de mi novela. Por lo gastado que estaba asumí que tenía demasiadas correcciones.

—¿Tú eres el que escribió esto? —me preguntó sin ningún tipo de consideración.

—Si-si, —respondí sintiéndome muy pequeño—. ¿Le gustó?

No dijo nada, pero el rostro de pocos amigos que tenía no se le quitó.

—Mi hija me platicó que escribiste una novela y que pretendías publicarla —comentó muy seria—. ¿Cuánto tiempo te tomó escribirla?

—Yo ya tenía la idea desde hace algunos años —respondí—. Pero me tomó unos ocho meses más o menos escribirla toda.

—¿Hace cuánto la terminaste?

—Hace poco menos de un mes.

La mujer tomó el manuscrito, lo miró por unos segundos y lo dejó de nuevo en el escritorio, pero lo hizo un poco violentamente, lo cual hizo que me estremeciera.

Entonces apoyó los codos sobre la mesa, cruzó los dedos de sus manos y los colocó frente a su boca, me miró y sentí que sus ojos podían penetrarme, como si pudiera sentir su mirada físicamente. No pude evitar acordarme de cierto personaje de cierto anime que hizo famosa esa pose.

Y me preguntó:

—Dime ¿Por qué piensas que mi editorial debería publicar tu novela?

Me quedé helado, no tenía ni la menor idea de qué contestar.

Sentía que cualquier cosa que dijera, podría ser usada en mi contra, así como con los criminales. Y es que sí me sentía como uno.

Al inicio pensé que ya todo estaba acabado, ella me preguntó eso quizá porque, dependiendo de mi respuesta, ella decidiría si me publicaban o no, y pues, como no sabía qué responder, pensé que me rechazarían.

Y como ya me había hecho a la idea, creí que sin importar lo que dijera, no me aceptarían.

Así que lo pensé por unos momentos, y decidí decir algo que siempre pienso, algo que nunca le digo a la gente porque me moriría de la pena, pero quizá podría provocar en esa mujer fría como el hielo, siquiera una leve reacción.

—Yo… —dije lentamente, quizá imitando al típico protagonista de anime que se siente el héroe—. Yo pienso que esto no se trata realmente de que si ustedes aceptan publicarme o no, ya que si no lo hacen, simplemente puedo ir a buscar oportunidad en otra editorial…

Ahora ella fue la que se estremeció, y pude darme cuenta que su hija también. Creo que acabo de avivar las llamas.

No sabía si era una buena ida haber dicho eso, porque creo que más bien, fue por un impulso, pero de cualquier manera ya estaba hecho.

Corrijo, no era una buena idea.

Si esto fuera una entrevista de trabajo, ya me hubieran descartado. Dije

algo que no debí haber dicho. Así que traté de arreglarlo.

—… y eso es porque no hago esto por dinero. Si pudiera lo haría gratis, pero creo que aunque el dinero es necesario, no es mi prioridad. Yo hago esto porque me gusta, pienso que eso es lo que hace un verdadero escritor, un apasionado de las letras, busca hacer lo que ama por encima del dinero, porque en mi caso, esto es lo que yo amo, lo que me gusta, y amo tanto escribir que siento que esa es mi misión, la verdadera razón por la que vine al mundo. Porque siento que al escribir historias, en realidad estoy creando mundos.

Me levante, supongo que ya emocionado, la señalé con el dedo extendiendo mi mano hacia ella y anuncié:

—Yo he venido a crear un mundo más hermoso que este.

Lo que hice fue demasiado, ¡demasiado!

Tres segundos después, Mayra estalló de risa, eso me ubicó en la realidad y me hizo darme cuenta de la magnitud de lo que acababa de hacer. Me quería morir.

Honestamente no sé de dónde saqué todo eso que dije al final.

Y la madre de Mayra también se rio.

—No me esperaba esto —dijo la chica tras de mi sin poder contener la risa, incluso lagrimeaba—. Cada vez me impresionas más Eliseo.

Ya estaba resuelto a irme cuando la madre de Mayra me habló, solo que estaba sonriendo, pero no parecía una sonrisa burlona.

—Yo tampoco me esperaba una respuesta así chico, tampoco tenías que exaltarte.

Inesperadamente dejó atrás su actitud fría y se portó más amable.

—Lamento haberte hecho sentir tan incómodo, pero así me la juego con todos a los que entrevisto.

—Así es ella —dijo Mayra al acercarse.

—Igual que tú al parecer —contesté.

Ambos nos sentamos, esta vez, Mayra se sentó a mi lado, y ella prosiguió:

—Leí tú novela, y me encantó, pero, aún tiene algunos detalles que tienes que afinar, principalmente en la narrativa, pero fuera de eso, es muy buena. No te puedo publicar aun, hay que corregir todo eso primero.

—Entiendo.

—Suenas un poco decepcionado —murmuro Mayra.

—No, no es eso —respondí—. Es solo que, como es la primera vez que vengo a cosas como esta, creí que ya desde ahora podría firmar un contrato con la editorial.

—No, muchacho —comentó la madre de Mayra—. Así no funciona. Incluso un buen escritor, siempre tiene mucho que corregir antes de que su libro salga a la luz. Lo que por ahora puedo ofrecerte es una asesoría para la corrección de tu novela. Hay que escribirla correctamente y solo entonces, podremos hablar de algún contrato.

—Es un buen comienzo —completó Mayra—. Y, gracias a que hablé con ella, esa asesoría te saldrá a mitad de precio.

—¿De verdad?

—Así es.

—Bueno —traté de no desanimarme—. Tienes razón, es un comienzo, al menos ella dijo que es buena. Que me publicaran en la primera entrevista hubiera sido un milagro.

—Tranquilo —me dijo la mujer—. Sacaremos lo mejor de tu novela a la luz.

—Mu-muchas gracias —le dije al tiempo que me levantaba—. Y también, gracias Mayra, por lo del precio.

—Es un placer —respondió su madre mientras me extendió la mano y se presentó por fin, algo que debió haber hecho desde el inicio:

—Mi nombre es Evelia y también soy escritora.

Creo que hasta su nombre impone. Ya más adelante Mayra me diría que su madre publica sus propias novelas en su editorial.

De cierto modo, ella vive uno de los sueños que yo tengo.

Le repetí que estaba muy agradecido y salimos de ahí.

Aunque no fue la gran cosa, estaba un poco emocionado. No sabía qué decir, que me haya dicho que mi novela tenía potencial es algo que no puedo aun procesar. Subestimé bastante mi propio talento.

Mayra y yo subimos de nuevo al deportivo y fue cuando me dijo:

—Ahora me toca a mí.

—¿Qué quieres decir?

—Te lo diré cuando lleguemos al pueblo.

Y salimos del edificio con dirección a Yatareni.

Capítulo 36

Treinta y cuatro

El mismo tiempo que nos tomó llegar a Sayula, fue el tiempo que nos tomó volver de nuevo a Yatareni.

Llegamos a la sede de Nipponkenkyo, un conjunto de varias casas de adobe y techo de lámina. Ya después me enteré que de hecho, todas formaban una sola propiedad.

Era más como un hotel de estilo provinciano con distintas habitaciones, o quizá, una residencia, probablemente parecida a lo que el arqui estaba construyendo.

Estaba en una zona del pueblo que nunca había visitado pero que había visto de lejos, y hasta ese momento me di cuenta de que en realidad era un solo edificio.

Por la manera en que la casa estaba construida, y por todo lo que tenía, no fue fácil adivinar que el que la construyó era alguien con mucho dinero.

Entramos por medio de un gran portón que se abría solo y pasamos a un área donde había otros autos estacionados, aunque no eran lujosos como en el que estábamos.

Cuando entramos a la casa, me di cuenta de que no podía llamarla casa, porque no lo era.

Quizá este lugar en algún tiempo antes, sí era un hotel, ya que pude darme cuenta de eso por la distribución de los espacios y las habitaciones que había, pero por todo lo que estaba viendo, ahora parecía un estudio.

Avanzamos por un pasillo central y. aunque algunas habitaciones estaban cerradas, pude ver otras abiertas, y entre otras cosas vi, un estudio de voz, como esos donde se graban discos y canciones, un gran espacio con muchos libros, posiblemente mangas porque todo estaba en japonés, otra habitación donde habían roperos enormes, percheros y muchos disfraces de cosplay y una gran sala que imitaba una sala de cine profesional, con sus butacas, una pantalla enorme y varias bocinas distribuidas por la habitación.

Y llegamos finalmente a otra habitación llena de computadoras, libros de consulta, y demás cosas.

Ahí estaban los demás miembros de Nipponkenkyo, cada uno apostado en una computadora. Tres a un lado y tres en otro.

Esa habitación estaba desordenada. Había varias repisas con cantidades inmensas de carpetas, papeles sueltos, libros, manga y otras cosas de ese estilo.

Todos los muros estaban tapizados de bocetos de personajes de anime, estudios de personajes, perspectivas, etc.

Había también pizarrones con varias anotaciones acerca de la producción de una animación.

Y también tenían un horno de microondas y una cafetera llena a la mitad.

De cierto modo, ya no me sentía en un pueblo como Yatareni. Si me hubieran vendado los ojos al entrar, me los hubieran destapado, y me dijeran que ya estaba en la ciudad de México, sí les hubiera creído.

Los demás miembros me vieron llegar junto con su líder, dejaron lo que estaban haciendo y me saludaron. Todos usaban computadoras bastante avanzadas.

Les correspondí el saludo, aunque me sentía extraño, y pienso que era porque, se podría decir que estaba en la base del rival de SPEED. Eso técnicamente me convertía en traidor.

Y entonces la líder hizo que cada uno se presentara.

Yo ya los conocía un poco porque los vi en el día del bunkasai, pero esta vez supe sus nombres y a lo que se dedicaban.

El primero en presentarse fue un gordito, estaba dibujando bocetos de chicas de anime en su computadora. Se levantó y se presentó como Arturo, pero no dijo nada más y se sentó de nuevo olvidándose de todo.

La siguiente fue una chica de lentes que se veía tímida y que se me hizo linda. Era de pelo castaño y un poco ondulando. Estaba creando fotogramas de animación, o eso es lo que me pareció ver, se presentó como Gloria y después de decir su nombre, volvió a su puesto de manera tímida.

El siguiente fue el chico rubio. De este, era el único que ya sabía su nombre porque Mayra lo dijo ese día, sin embargo, se presentó de nuevo. Su nombre era Diego, y estaba haciendo el mismo trabajo que Gloria, la cual estaba sentada a su lado.

La siguiente en presentarse, fue una chica de pelo castaño aunque no tan largo como el de la primera. Ella no estaba usando su computadora, lo que estaba haciendo era rellenar páginas de lo que parecía ser un storyboard con varios bocetos y anotaciones, además de varios fondos. Se presentó como Elisa, y se presentó como cosplayer.

Y el último, fue el chico de los lentes deportivos. Este, siendo un poco más amigable que los demás, fue el único que se levantó y me saludó dándome la mano, quizá porque era el más cercano a mí, lo que él estaba haciendo era dibujar bocetos de personajes de anime a mano.

Y su nombre era Gabriel.

—Y falta Alice —mencionó Mayra—. Pero no la veo ¿saben a donde fue chicos?

Justo en ese momento, la aludida iba entrando en el recinto. Estaba un poco exaltada.

—Lo siento —se disculpó—. Tuve problemas para regresar de… la casa de mi madre, pero ya estoy aquí.

—No te preocupes —respondió la líder—. Quiero presentarte a alguien.

A la chica pelirroja sí la recuerdo bien por el color de su cabello. Se presentó como Alice, insistiendo en que fuera llamada así y no Alicia, que al parecer es su verdadero nombre, después tomó su lugar. Lo que ella hacía era colorear uno de los bocetos de las paredes con un programa especial en la computadora.

Mayra también me dijo que ella era una cosplayer al igual que Elisa, solo que profesional, lo cual quedó evidente porque tenía rostro y cuerpo casi perfectos, como si de una modelo se tratase.

Es curioso que no me haya percatado de ello cuando fue la competencia deportiva.

Finalmente, Mayra se presentó, según ella, formalmente.

Mayra Páez es la líder de Nipponkenkyo, y la encargada de la musicalización y creación de la banda sonora.

También me comentó algo fuera del ámbito del manga y anime: ella canta, y ha escrito algunas canciones. Además de dedicarse a liderar a un grupo de otakus profesionales, también busca una oportunidad en la música.

Me estaba preguntando qué era todo este lugar, aunque ya lo veía venir.

—¿Recuerdas que te dije que nosotros nos tomamos el anime más enserio? —comentó.

—Nosotros también somos aficionados al manga y anime —explicó—. Pero es más que nada porque todos los que ves aquí, pretendemos fundar un estudio de animación.

—Mejor dicho— Interrumpió Diego—. El estudio de animación ya existe, lo estás viendo.

—Nunca se te quitará esa costumbre de meterte donde no te llaman ¿verdad Diego? —increpó Mayra.

—Parece que no —respondió el chico rubio con un sonrisa y volvió a su trabajo.

—¿Pero de dónde sacaron dinero para todo esto? —pregunté.

—Todos aquí tenemos dinero —respondió la líder—. Somos de familias acomodadas, además de que cada uno es experto en lo que hace porque estudiamos carreras relacionadas a esto.

Bueno, de Mayra lo sabía tan solo con ver el auto de su madre.

Pero todos aquí ya eran profesionistas, con carreras finalizadas y todo. Quizá es de esos grupos que se conocen en la universidad y deciden fundar su propia empresa cuando se gradúan. Algo como Apple o Microsoft pero de anime.

Y eso es porque parece ser que todos estudiaron en la misma universidad. Una escuela de diseño gráfico, artes, animación y cosas de ese estilo.

—Tenemos todo en este estudio —comentó Mayra—. Desde el equipo y el personal necesario para crear un anime, hasta mucha fuente de información, una completa biblioteca de manga en su idioma original y en otros idiomas, DVD´s y Blue Rays de cientos de animes originales, libros de animación y demás temas relacionados. Como puedes ver, estamos muy completos.

Esto supera por mucho el rudimentario equipo y biblioteca que tiene SPEED, aunque tampoco es como si lo necesitáramos, ya que nosotros no pretendemos fundar un estudio de animación.

—Déjame ver si entendí —murmuré—. Ustedes son fanáticos del manga y

anime, pero es porque piensan crear un anime ¿cierto?

—Exactamente —contestó Gloria.

—Pero como son muy pocos, dudo que puedan hacer un anime como los que hacen en Japón.

—Pues es un comienzo —comentó ahora la chica pelirroja—. Por ahora hacemos animaciones experimentales de cinco minutos y las subimos a la web para conseguir apoyo y donaciones. Pero ya estamos pensando en hacer algo más grande.

—¿Mas grande?

—Verás Eliseo —me dijo Mayra hablando un poco más seria—. En realidad no tenemos todo el personal. Aquí todos somos buenos en lo que hacemos, excepto en contar historias. Nos falta, alguien que sea nuestro guionista, así que supongo que ya sabes por dónde se va todo este asunto.

—Espera… ¿tú?

—Fue por eso que convencí a mi madre de que corrigieran tu novela, y hasta me ofrecí a pagar parte del dinero —continuó—. Porque yo igual veo potencial en tu historia. Creo que es perfecta para nosotros, sobretodo porque la escribiste en estilo de novela ligera.

Y entendí lo que quería hacer, pero aun así me impresioné cuando yo mismo lo dije.

—¿Tú quieres hacer… un anime de mi novela?

Y entonces, cuando todos estaban viéndome mientras sonreían, la líder me extendió su mano y me propuso:

—¿Te gustaría unirte a Nipponkenkyo?

Capítulo 37

Treinta y cinco

—¿Y qué respondiste? —me preguntó Mayra Palacios después de contarle todo lo sucedido el día anterior mientras pasábamos el rato en las bancas del parque central del pueblo.

—Le contesté que lo pensaría —respondí—. Y que le daría mi respuesta en unos días.

—¿Y qué … piensas hacer? —me preguntó tímidamente mientras desviaba un poco la mirada, como si hubiera preferido no preguntarme eso.

—No lo sé —contesté—. La idea de que hagan un anime de mi novela es muy tentadora, pero eso significaría dejar SPEED, y no quiero. Ya me encariñé con todos los chicos, me agrada reunirme con ellos y hacer las cosas que hacemos… No puedo creer que llegaría a decir eso.

—¿Conmigo igual?... —dijo y de repente cambió su tono de voz sonrojándose un poco—. Es decir… quiero decir, que… si se lo comentas a Gibrán, quizá él entienda, ya sabes, es tu sueño.

—Es posible —comenté—. Pero aun así, no quiero dejar la Sociedad.

—Yo tampoco —contestó Mayra.

—Pero tú no te vas a salir del grupo solo porque yo me salga —le comenté—. ¿O sí?

Mayra se puso aún más roja de lo que ya estaba y desvió la mirada. Dejó de hablar.

Por un momento ignoré el hecho de que había dicho que no abandonaría la Sociedad… a menos que yo me salga. Creo que estaba logrando lo que me propuse.

—Ehhmm, bueno —dijo después de un rato—. Es sólo que… fuiste tú quien me metió a la Sociedad a la fuerza, así que si te vas, lo normal es que yo te siga… digo, también me salga.

—No necesitas salirte también —comenté—. Si te gusta estar con ellos te puedes quedar. De hecho, fue esa la razón por la cual, desde un inicio te metí a la fuerza.

—¿Qué quieres decir?

—Qué curioso que no te percataras —sonreí por su inocencia—. No me vas a negar que desde que te uniste a SPEED, te has juntado más con la gente y has sido más abierta. Creo que hablas un poco más. Bueno, no hablas tanto como nosotros, pero ya hay un avance.

Mayra volvió a callar pero esbozó una ligera sonrisa.

—Y, a propósito —cambié de tema porque pensé que ya se estaba incomodando—. ¿Hablaste con tu papá?

A lo mejor no fue buena idea. Quizá toqué un tema más incómodo para ella.

La chica frunció el ceño. Creo que tenía razón, sin embargo, me respondió:

—Ayer en la tarde, me cansé de leer manga y regresé a mi casa. Mi papá ya estaba despierto y estaba recogiendo todo su tiradero. Quiso hablarme y disculparse pero lo ignoré y me fui directo a mi habitación.

—¿Por qué no lo escuchaste?

—Porque ya lo conozco —respondió—. Siempre hace lo mismo. No es la primera vez me dice que lo siente —y suspiró— Y no creo que sea la última.

La chica calló.

—Ayer que fui a trabajar —le platiqué—. Él no dijo nada, sólo me dejó trabajo y se fue de nuevo a Sayula, pero la verdad creo que ya no podrá continuar con la obra. Parece ser que el dueño piensa contratar a alguien más, o eso me pareció escuchar.

—Como de costumbre —murmuró mientras abrazaba sus rodillas y miraba al infinito con unos ojos muy tristes, más de los que suele tener. Era un rostro de resignación.

—Pues, ojala las cosas entre tú y tu papá se arreglen —comenté como para tratar de animarla.

—Quizá —respondió—. Pero no durará mucho tiempo así.

—Qué pesimista eres.

Me levanté y le dije:

—Tengo que ir a mi casa, bueno, a la de mis tíos, ya es algo tarde.

—Supongo que yo igual volveré a mi casa.

—¿Se van tan pronto? —escuchamos ambos detrás de nosotros al tiempo que sentimos unas manos en nuestros hombros, y nos sobresaltamos.

Mayra Páez de nueva cuenta no podía contener la risa.

—Esta vez fue 2x1 —exclamó soltando risotadas—. Valió la pena esperarlos.

—Deberías de dejar de hacer eso —respondí.

Mayra Palacios no dijo nada, pero también parecía molesta, y también asustada.

—Y bien —me preguntó señalándome con el dedo—. ¿Ya pensaste lo que te pregunté?

—Apenas ha pasado un día.

—Son 24 horas mijo.

—¿Mijo? —comentó la otra Mayra.

—Dame más tiempo Mayra —le respondí—. No es tan fácil.

—Enserio? —me preguntó—. ¿Dejarás pasar la única oportunidad de tener un anime basado en tu novela? ¿Por qué lo piensas tanto?

—Qué terca eres —exclamé—. Me agrada la idea del anime basado en mi novela pero, una cosa es eso, y otra diferente es abandonar a mis compañeros de SPEED.

—Por eso no te preocupes —argumentó—. Ya te harás amigo de nosotros cuando te unas a Nipponkenkyo.

—No es tan fácil, ya te lo dije.

—Cómo te gusta hacerte del rogar —dijo cruzando los brazos—. Pero que sepas que no te dejaré ir tan fácilmente, jeje.

—Oye —preguntó entonces tímidamente la Mayra que me acompañaba—. Si Eliseo deja SPEED y se une a Nippon…ken…yo, o como sea, ¿puedo

unirme yo también?

—¿Tienes algún estudio o carrera en diseño gráfico, animación por computadora, cinematografía, fotografía? ¿Algún curso de dibujo? O algo por el estilo —preguntó su tocaya.

—Ehhm no —respondió—. Pero estudié en la escuela de leyes por un año… hasta que me salí.

—Abogada trunca ¿eh? —dijo la otra—. Pero si no tienes nada de eso no puedes unirte. Eliseo es escritor y por eso si él acepta, se unirá a Nipponkenkyo, que es como se pronuncia. No somos como SPEED que, únicamente ven anime por diversión, nosotros sí tenemos un objetivo.

Mayra ya no contestó. Se sintió como una hija regañada por su madre.

—No seas tan dura —comenté—. Ella solo te preguntó si se podía unir a tu Sociedad.

—Y le contesté que no —respondió sonriendo haciéndose la importante—. Con algo de información extra, pero no fui dura con ella.

—Definitivamente no te pareces en nada a ella, son parecidas físicamente, pero en personalidad, están a años luz de distancia.

—Exactamente —contestó Mayra Páez.

—Apuesto a que, si intercambiáramos roles, aun así podrías darte cuenta del cambio.

—Espera un momento —dijo Mayra Páez al oír la idea de su gemela—. Se me acaba de ocurrir una idea divertida.

—¿Una qué?

—Ven, sígueme.

Mayra Páez tomó de la mano a la otra Mayra y se alejaron de ahí diciendo que las esperara y que volverían en unos veinte minutos.

Pasado ese tiempo, solamente Mayra Palacios apareció y se acercó a mí pero no me dijo nada. Se quedó ahí frente a mi como esperando a que yo le dijera algo. Incluso hizo una reverencia con el vestido. Ahí me di cuenta del engaño.

—¿Y la otra Mayra? —le pregunté.

—Estás hablando con ella —me respondió.

El tono de voz de Mayra sonaba un poco diferente. Sobre todo porque Mayra Páez trataba de imitar la voz casi apagada de Mayra Palacios, por eso también me di cuenta del fraude.

—¿Eres Mayra Páez cierto?

Y ella actuó como Mayra Páez siempre lo hace y como Mayra Palacios nunca lo haría. Incluso hizo una pose de esas que acostumbra Gibrán. Definitivamente era Mayra Páez, la otra jamás haría eso.

—¿Te diste cuenta?

—Fue por tu comportamiento, tu modo de caminar y tu voz que me di cuenta.

—Oh, vaya, qué observador eres.

—¿Y la otra Mayra?

—Ya estás con ella.

—No hablo de ti —respondí—. Hablo de la chunni.

—Ajaja, la llamaste chuuni.

—Sólo dime donde está.

—Anda por ahí confundiendo al pueblo —me respondió—. Sólo hay que buscarla.

—¿Qué le dijiste?

—Pregúntaselo tú —contestó sonriendo—. Pero hay que buscarla rápido para cambiarnos, este vestido es algo incómodo.

Verla vestida de ese modo, me hacía darme cuenta que, en efecto, era diferente a la otra. Aun cuando físicamente eran parecidas, y aun cuando ella usaba la vestimenta de la otra, se veía distinta de algún modo.

—Lo mejor será que nos separemos —me dijo mientras señalaba nuestros respectivos caminos y después alzó la voz—. ¡Tu iras por este lado, yo iré por un lado diferente! ¡Nos vemos!

—Ok —respondí cuando ya se había alejado considerablemente de mí.

****

Mayra Páez, vestida de Mayra chuuni, caminaba alegre por las calles de Yatareni. Parecía disfrutar que la gente se le quedara viendo, aun cuando ya de antemano conocían a la chica disfrazada que no era ella.

A pesar de todo, parecía caminar un poco diferente de lo usual, y es que los zapatos de altísimo tacón que usaba en ese momento parecían causarle problemas. No estaba acostumbrada a vestirse de ese modo, y es que jamás había hecho cosplay

—¿Cómo es que no se muere de calor al usar esto todo el día? —se dijo—. No puedo creer que siempre esté vestida así.

Como no encontró a Mayra, decidió mejor ir al parque, y ahí, esperar a que ellos dos llegaran por su cuenta. Así que se dirigió allá.

Pero de repente detuvo sus pasos en seco.

Puso un rostro muy serio que jamás había usado antes.

Estaba mirando a dos personas a lo lejos, sentados en el parque, donde minutos antes ella, Eliseo y la otra Mayra estaban.

Reconoció a su compañera pelirroja de Nipponkenkyo, Alice. Estaba acompañada por un sujeto vestido a la usanza rockabilly.

Mayra no sabía qué sentir al respecto.

Puede que ella lo hubiera rechazado antes muchas veces diciéndole que lo que alguna vez hubo entre ellos ya no existía.

Pero, darse cuenta de que en realidad acababa de ser desechada y él, simplemente lo intentó con alguien más. Y con alguien que pertenecía a su mismo círculo social. O mejor dicho, a alguien a quien consideraba su amiga. Fue algo que no se esperaba que fuera muy duro.

No quería nada con él, no quería saber nada de él, quería olvidarlo, pero aun así lloraba.

No sabía por qué, si porque creía sentir celos lo que significaba que aun

sentía algo por él.

O por el hecho de darse cuenta de que había sido traicionada de ese modo.

Pero eso no se quedaría así.

Capítulo 38

Treinta y seis

Supongo que fue suerte, porque no pasaron ni cinco minutos y ya la había encontrado.

La encontré contemplándose en el espejo de una vidriería.

Se miraba de una manera muy curiosa, como si jamás se hubiera visto en un espejo y esa fuera su primera vez.

Al igual que con la otra, verla vestida de Mayra Páez fue demasiado raro. Aunque eran físicamente idénticas, a ninguna le quedaba el look de la otra.

¿Será porque ya estoy acostumbrado a ellas y las conozco bien?

Me acerqué lentamente y ella, aunque quizá ya me había detectado, siguió contemplándose

—¿Qué sucede? —le pregunté.

Esperó como tres segundos y me dijo:

—Soy Mayra Páez —y volteó a verme—. Mayra Palacios me dijo que te dijera eso.

—No es así —respondí— Te pareces, pero no eres tú. Ni su ropa te queda.

—Pero no me aprieta.

—Me refiero a que… pues que no es tuya, que no eres ella. Te queda mejor el cosplay de caperuza que siempre usas.

Y se sonrojó. Ella misma se dio cuenta cuando se miró al espejo otra vez.

—¿De verdad… crees eso? —me preguntó mientras jugaba un poco con su cabello.

—No es que te veas bien o mal —respondí—. Es más que nada… que ya me acostumbré a verte así, y pues… no te conozco otro cambio de ropa, excepto cuando usaste la piyama.

La chica guardó silencio por otros segundos y al final dijo:

—¿Aunque ahora este vestida de Mayra Perfecta, crees que me sigo viendo bien?

—Claro que… espera ¿Mayra Perfecta? ¿De qué hablas?

No contestó mi pregunta, pero comentó:

—Creo que me siento bien vistiendo otra ropa que no sea el vestido ni la capa.

Y agregó:

—Si no tuviera mis traumas, me compraría mucha ropa y todos los días vestiría algo diferente.

—¿Traumas?

—Olvídalo —dijo y dejó de mirarse.

—Además —comenté—. Si tienes ropa. Mi tía te regaló mucha, ¿no lo recuerdas?

—Ah, es verdad.

Hubiera preguntado acerca de los "traumas" a los que se refería, pero, probablemente no se animaría a contestar, y si lo hacía, la plática se extendería demasiado, así que no era el momento.

—Bueno —sentencié—. Vámonos, la otra Mayra te está buscando también.

Mientras caminábamos, ella me dijo que se sentía extraña porque era la primera vez que nadie la veía raro, es decir que no acaparaba las miradas.

Obviamente porque no llevaba su disfraz. Siendo que debería ser al revés.

Pero luego entendí que fue a lo mejor por esta razón por la cual Mayra Páez le dijo que anduviera deambulando por todo el pueblo.

****

Mayra Páez avanzó a paso lento a través del parque hasta llegar a los dos, los cuales aún no se habían percatado de la presencia de la chica, y eso

era porque estaban muy unidos.

Se detuvo en seco y recordó que estaba vestida de manera diferente.

Se preguntaba si su exnovio la reconocería vestida de ese modo.

Independientemente de la pena que podría haber pasado el ser vista así, siguió avanzando.

Mayra se relajó. Comprendió que, ahora que estaba disfrazada de la otra Mayra, muy famosa en el pueblo precisamente por ello, podría ser que ella pasara desapercibida para la pelirroja y su acompañante.

Alice fue la primera en percatarse de la presencia de Mayra. Se separó rápidamente de aquel tipo y la miró un poco extrañada.

—Oh, tú eres la chica que siempre anda por ahí disfrazada.

—Cierto —comentó a su vez el tipo en una actitud casi burlona—. Me la encontré una vez al confundirte con Mayra, pero me sorprende que tú también te llames Mayra ¿Quién diría que aquí viviría otra chica idéntica a ella?

En efecto, Mayra Páez comprobó que no era reconocida y sonrió un poco para sus adentros. Tenía muchas cosas que decir debido a lo que sentía en ese momento, pero decidió guardar silencio para poder obtener más información.

—¿Oye mija? —le preguntó el tipo—. ¿No te cansas de andar todo el tiempo vestida de emo? ¿Te gusta llamar la atención?

—No es… soy emo —corrigió Mayra—. Es… algo que no entenderías.

—Es un personaje de anime —aclaró Alice.

—Ah, por supuesto —murmuró—. Mayra también tiene esa tendencia de ver esos dibujitos chinos.

—Es japonés.

—Como sea.

—¿Quién es él? —preguntó Mayra a Alice.

—Es mi novio, bueno, algo así —respondió sonriendo tímidamente.

—¿No-novio? —Mayra sonreía, pero a leguas se notaba que le costaba

mucho trabajo y trató de contenerse.

—Es una larga historia, chuuni —explicó la pelirroja—. Verás, ella fue novia de tu clon antes, pero creo que ella no supo valorarlo, es una tonta por haberlo dejado ir, porque es un amor.

—Ella dice que yo la maltrataba mucho ¿puedes creerlo? —comentó a su vez el tipo.

De sobra Mayra sabía que todo eso era mentira. Ella había sido engañada y él negaba la verdad. No podía entender cómo fue que su exnovio logró engañar a su amiga tal punto que lo creía una persona completamente diferente a la que ella conoció.

Y también se preguntaba, suponiendo que aquello fuera cierto, ¿Por qué él se comportaría de forma violente con ella, y de una manera cariñosa con Alice? ¿Acaso jamás hubo amor?

—Yo creo recordar —inventó Mayra—. Que ella una vez me dijo que tú querías volver con ella.

—Al inicio sí —contestó—. Pero después me di cuenta de que era una pérdida de tiempo y que una chica como ella no valía la pena, sobre todo después de encontrarme con esta preciosidad.

Y acto seguido acarició la mejilla de la pelirroja, mientras ella sonreía.

—¿Por qué dices eso? —y le dijo a la pelirroja—. ¿Y tú estás bien con eso? ¿Qué pasaría si Mayra se enterara? ¿No es tu amiga?

—Te contaré algo pequeña, pero no le digas a nadie —dijo Alice sonriendo maliciosa—. Si te soy sincera Mayra Páez me cae muy mal. Me molesta que se la pase dándonos órdenes a todos nosotros, siendo que ella es la única de todo el equipo que no tiene una carrera profesional ¿quién se cree ella para dar órdenes a profesionistas? No tiene ningún talento especial, y el único que al parecer tiene, que es el canto, no lo explota adecuadamente y además, no tiene nada que ver con lo que nosotros hacemos, que es animación. Ella no estudió nada de eso, ¿Qué va a saber ella de lo que nosotros hacemos?

—Es lo mismo que yo creo —continuó a su vez el tipo—. Por lo que me está contando mi Alice, creo que todos están con ella nada más porque ella tiene dinero, o mejor dicho, es su madre la del dinero. Ella por su cuenta parece que no puede hacer nada. Resultó una mantenida.

Fue como un balde de agua fría para Mayra. Pensar que dentro de Nipponkenkyo había alguien que pensaba de ese modo tan hostil. Fingir frente a los demás y a ella misma una sonrisa hipócrita cuando por dentro

le llueve toda clase de injurias y calumnias. Se preguntaba si los demás miembros de su Sociedad pensarían lo mismo que Alice, si también hablarían a sus espaldas comentando todas esas cosas. No sabía qué era peor, eso o el hecho de que su exnovio y un miembro de su propio círculo social estuvieran viéndole la cara, burlándose a sus espaldas.

—No creo que sea buena idea que le cuentes todo eso —le dijo el tipo a Alice—. ¿Qué tal si va y lo cuenta todo?

—No te preocupes —respondió Alice—. Es una chica antisocial. Los pocos con los que se junta, están con ella por mera lastima. Además, jamás le creerían. No pueden tomarse enserio a una chica que todo el tiempo esta disfrazada.

Ahora atacaba a la otra Mayra. Mayra Páez decidió que ya era suficiente.

—Se acabó —anunció mientras se quitaba el gorro de la capa y se anudaba improvisadamente el cabello hasta formar su característica cola de caballo—. No dejaré que se sigan burlando de nosotras.

—¡Mayra! —dijeron ambos sorprendidos.

—¿Qué sabes tú sobre lo que siente o piensa la otra Mayra, o las razones por las que hace lo que hace? —replicó Mayra Páez molesta—. No hace mucho que me enteré que siempre está vestida así porque no puede superar la pérdida de su madre. Una de las cosas que más me molesta de la gente es que sea prejuiciosa, que juzgue y se hagan ideas incorrectas sin saber ni investigar.

—¿Tú lo planeaste todo? —replicó el tipo molesto—. ¿Te disfrazaste de esa loca para poder espiarnos?

—Fue casualidad —respondió—. Pero me doy cuenta de todo —y dirigiéndose a Alice, le dijo—: Por lo que veo no estas para nada informada Alicia, ya que eres la miembro más reciente.

—Ya te dije que no me llames Alicia.

—Alicia es tu nombre— replicó Mayra—. ¿Sabes por qué fundé Nipponkenkyo? Sí, tenemos la idea de fundar un estudio de animación, pero lo hice también porque, yo quiero hacer algo por mí misma. Tengo mucho dinero gracias a mi madre, pero al final todo eso es de ella, ella se lo ganó con su propio dinero y esfuerzo. Ya se los había contado, por eso yo quiero hacer algo por mí misma, sin tener que depender del dinero de ella. Ese es mi deseo de superación, pero eso es algo que al parecer no entendiste.

—Y en cuanto a ti —ahora le tocaba al tipo que la acompañaba—. Toda esa basura que dijiste de que querías volver conmigo, que era tuya… ¿enserio?

—Tienes razón, ni vales la pena —respondió—. Dirás lo que quieras pero sigues siendo un mantenida mientras no…

No terminó la frase. Una cachetada que resonó por todo el parque lo interrumpió. Fue tan fuerte que el muchacho casi pierde el equilibrio.

Esto comenzó a llamar la atención de la gente que pasaba por ahí, los cuales se detuvieron a ver qué estaba pasando.

—Nadie —dijo el tipo sobándose la mejilla pero hecho un manojo de ira—. ¡Nadie me golpea de esa manera! ¡Y menos una mujer!

Se lanzó contra Mayra intentando derribarla.

—¡Suéltame imbécil!

—No se va a quedar así ¿Me escuchaste?

—Espera —la detuvo Alice—. No lo hagas, estás llamando mucho la atención.

—¡Tú suéltame! —y también la empujó contra el suelo.

Acto seguido, el tipo sacó de uno de sus bolsillos una navaja corta pero muy filosa.

Alice estaba en el suelo viendo lo que estaba pasando, no reaccionó.

Mayra Páez supo entonces que se hallaba en verdadero peligro. Pero no tuvo tiempo de decidir qué hacer.

La mano de aquel tipo con aquella navaja, se movía a gran velocidad hacia la chica. Para Mayra ya era tarde, no podría esquivarla a tiempo.

Pero algo, o alguien, se interpuso entre ella y la navaja. Logró quitar a Mayra del camino pero esa persona no pudo moverse a tiempo. Y recibió todo el filo de la navaja en el abdomen cayendo de lleno en el suelo. La sangre comenzó a brotar de la herida.

Era Mayra Palacios.

Capítulo 39

Treinta y siete

Ya desde antes de llegar a la plaza nos dimos cuenta de que algo andaba mal porque, mucha gente, aunque alejada, miraba hacia el mismo lugar.

Quizá fue un presentimiento de Mayra, pero ella se adelantó corriendo.

No sé por qué no se me ocurrió detenerla en ese momento aunque sea para preguntarle lo que sucedía. Muchas veces lo he hecho pero esta vez, cuando más lo debí haber hecho…

Todavía me arrepiento. Debí haber sido yo el que debió haber echado a correr. Me sigo sintiendo culpable.

Resumiendo lo que sucedió. Mayra Páez había descubierto un engaño entre su exnovio y una de las miembros de Nipponkenkyo. Aunque técnicamente no fue un engaño ya que en ese momento no eran pareja, pero él sí dijo algunas cosas desagradables sobre ella.

Mayra Páez los confrontó aprovechando que estaba vestida de Mayra Palacios y no la reconocían. Pero las cosas se salieron de control y el tipo quiso atacarla, pero Mayra Palacios se interpuso y recibió un navajazo en el abdomen. Afortunadamente la herida no fue profunda, no toco ningún órgano vital, solo cortó la piel.

Viendo lo que había hecho, el tipo quiso escapar, pero la misma gente que ya se había reunido ahí en la plaza se lo impidió. Llamaron a una patrulla y se lo llevaron.

Mayra Páez, yo, y algunos vecinos que nos ayudaron, llevamos inmediatamente a Mayra al centro de Salud de Yatareni. No perdió mucha sangre porque desde el primer momento estuvimos tapando la herida.

Fueron suficientes unos vendajes para que se recuperara. Como dije, la herida no fue de gravedad. Para el día siguiente Mayra Palacios estaba como si nada, aunque seguía usando los vendajes.

Avisamos también al papá de Mayra Palacios lo que había sucedido y fue enseguida al centro de salud. Era la primera vez que lo veía realmente preocupado por su hija.

Pero Mayra Palacios no pensaba lo mismo. Ya después, ella me diría que su papá se presentó únicamente porque ella estaba en peligro, pero en otras circunstancias en las que ella lo necesita, jamás ha estado. Al

parecer sigue molesta con él.

Pero es su papá. Es normal, muy normal que si se entera que su hija fue navajeada, de inmediato vaya a verla. Sería el colmo que no lo hiciera. Incluso estando borracho, sé que lo haría.

Alice, la chica con la que estaba el tipo, se disculpó con Mayra, su jefa, por todo lo que sucedió, por hablar a sus espaldas y también se disculpó con Mayra Palacios por la herida que recibió y por prejuzgarla porque no sabía lo de su madre.

Aunque Mayra Páez aceptó su disculpa, la expulsó de su Sociedad.

Ella lo aceptó, al parecer agradecida y se fue. No se volvió a presentar a su club.

Después de todo lo sucedido solo me pude preguntar una cosa:

¿Por qué Mayra Palacios reaccionó así? ¿Por qué de la nada decidió ir a salvar a su tocaya?

La Mayra que yo conocí en la iglesia ese día lluvioso nunca se le habría pasado por la cabeza salvar a nadie, quizá ni a su padre. Estaba demasiado aislada de las demás personas.

Era evidente que ya estaba cambiando, ya se preocupaba más por las personas. Quizá demasiado. O quizá yo la contagié de esa costumbre que tengo de hacer las cosas sin pensar.

Dos días después del incidente, Mayra Páez nos reunió a todos, refiriéndome a los miembros de ambas Sociedades en el kiosco del pueblo. Obviamente la cosplayer pelirroja ya no estaba.

Mayra decidió contarnos todo lo sucedido referente a su exnovio.

Aquel tipo se llamaba Gustavo. Fue su novio durante el tiempo en el que ella vivía en Sayula. Todavía me pregunto porque ella no lo dejó muy en claro, porqué salió con un tipo que, según ella, tenía tendencias violentas, era machista y celoso.

Siempre me sucedía que veía, cómo las chicas que me gustaban se interesaban por tipos así y a los que las trataban bien, los veían como amigos, pero nunca entendía por qué lo hacían.

La cosa es que, Mayra, un día, se dio cuenta de que aquello era una relación toxica y decidió dejarlo, sobretodo porque ya tenía en mente su

idea de la Sociedad, así que terminó con él, pero Gustavo no se quedó conforme. Así que comenzó a acosarla y perseguirla y se volvió tan molesto que fue entonces que ella decidió mudarse con su Sociedad a Yatareni, pero, obviamente no se lo dijo a él.

Y Gustavo, eventualmente la terminó encontrando y vino a buscarla, y seguir acosándola, pero después de eso conoció a Alice. Parece ser que Gustavo comenzó a hablarle para obtener información de Mayra porque sabía que pertenencia a su Sociedad, pero se empezó a interesar más en la pelirroja. Lo demás creo que ya es historia conocida.

Lo que también dijo, y no recuerdo si comentó alguna vez es que, ella era la única de Nipponkenkyo que no tenía una carrera. Había estudiado la universidad, pero no mencionó qué estudió. Sin embargo, la dejó porque quería dedicarse de lleno a su Sociedad y a buscar una oportunidad en el canto. Si, otra de tantas coincidencias entre las dos Mayras.

Es verdad que viene de familia rica, pero ella no quería depender del dinero de su madre, quería hacer algo por sí misma, por eso fundó la Sociedad, porque en un futuro pretendía convertirla en un estudio de animación. Como a ella también le llaman la atención esas cosas del anime, fue lo que creyó conveniente, ya que, podría, por ejemplo, tomar alguna historia de la editorial de su madre, que publica novelas más o menos del mismo tipo y adaptarla en anime.

A esto, debo de agregar que no todos en su Sociedad piensan lo mismo que pensaba Alice. La admiran porque a pesar de no tener carrera, ha logrado dirigirlos, y están felices con ella teniéndola como líder, y también porque tiene ese carisma que a veces es un poco molesto, pero lo digo en el buen sentido.

Y luego, Mayra y Gibrán contaron la parte de la historia que me pareció más interesante.

Mayra y Gibrán en realidad tienen ya mucho tiempo de conocerse. Era algo que ya intuíamos pero que, hasta ese momento confirmamos.

Gibrán, hace algunos años vivía en Sayula. Conoció a Mayra y se hicieron amigos por sus gustos parecidos en cuanto al anime. Tiempo después, se les ocurrió la idea de fundar una Sociedad porque vieron algo así en un anime que les gustaba mucho a los dos. Supongo que hablan de aquel anime donde una chica tiene poderes divinos y también funda una brigada, pero no recuerdo el nombre.

Solo que Mayra y Gibrán tenían puntos de vista diferentes acerca del rumbo del club. Mayra quería darle un propósito a la Sociedad, que es, como ya me lo ha dicho antes, la fundación de un estudio de animación, y además, poder utilizar eso mismo como una oportunidad para su afición al

canto y despegar.

Gibrán creía que en realidad una Sociedad como esa no debería de tener propósito, más que el de reunirse y hacer lo que más les gustaba, que era ver anime y leer manga.

Aunque esas diferencias no eran muy grandes, al final se separaron porque la familia de Gibrán se mudó a Yatareni cuando la antigua fonda de su madre establecida en Sayula creció y se movió a este pueblo donde no había ninguna fonda entonces. Una excelente oportunidad de negocio.

Mayra, al quedarse sola, y con aquella idea aun en mente, decide ingresar a una universidad de diseño y artes y ahí conoce a todos los miembros del futuro Nipponkenkyo. Ella procuró buscar personas que también tuvieran los mismos gustos en cuanto al anime, y, de ese modo, compartieran su misma visión. Asimismo, Mayra se documentó muy bien sobre el proceso para hacer una animación y así formó a su equipo de trabajo.

Gibrán también hizo lo mismo. Fundó su propia sociedad en Yatareni: SPEED. Al inicio eran solo Gibrán y Claudio, un amigo que él conoció en la escuela a la que asisten en Sayula. Así, duraron cerca de un año, solo ellos dos.

Supongo que no hace falta aclarar que, aunque Gibrán se movió de pueblo, sigue asistiendo a la misma escuela en Sayula ya que es la única preparatoria en todo el municipio.

Tiempo después, reclutaron a Angelina y a Guadalupe, las cuales vienen de los pueblos de Ihautzio y Calkini respectivamente. Y aun así, aunque eran de poblaciones distintas, eso no evito que se reunieran.

Por la manera en la que lo estaba contando, creo que hicieron algo parecido a lo que hicieron en un cierto anime, en el que un grupo de chicas intenta formar un club de música. Creo que las dos chicas se enteraron de la existencia de la Sociedad del mismo modo y se unieron.

La ultima en unirse a SPEED antes de Mayra y yo, fue la pequeña Martina. En ese entonces ella era un poco más tímida que ahora, sobretodo porque sus abuelos eran un poco sobreprotectores. No ahondaré en esto y solo diré que tiene que ver con el hecho de que ella vive con sus abuelos y no con su madre.

A ella también le gustan esas cosas del anime, pero no lo hacía notar tanto porque por su timidez, no tenía muchos amigos y, me imagino que sus abuelos también tenían un modo muy distinto de entender las aficiones de su nieta.

Cuando conoció SPEED, aceptó unirse a ellos aun cuando todos ahí eran mayores de edad y ella apenas tenía 13 años, ¿Qué opción tenia si eran los únicos otakus que ella conocía? Y que, además, la aceptaron. A pesar de todo se llevaron bien. Los demás la respetan y la consienten mucho.

El punto es que, cada uno de los líderes construyó su Sociedad dándole la visión que tenían desde el inicio. Mayra para fundar su empresa de animación, Gibrán, solo para divertirse.

En el caso de Mayra, ella fundó esa Sociedad consiente de que algún día se convertirían en una verdadera empresa de animación, pero mientras tanto, verían anime y leerían manga para estudiar lo que pretendían crear.

Mientras tanto, ellos conseguirían lo que necesitaban para hacerlo realidad, y estudiaban, hacían ensayos de animación, ganaban experiencia. Ella se asoció con la editorial de su madre para buscar alguna historia que tuviera potencial para convertirse en anime, y, solo hasta que encontró mi novela, fue que finalmente tenía, como ella lo dijo "todas las piezas del rompecabezas"

Ahora bien, Mayra jamás supo que Gibrán había fundado su propia Sociedad en Yatareni, pero Gibrán sí que sabía que Mayra tenía su Sociedad en Sayula. Mayra ya se enteraría de eso cuando ella y su Sociedad vinieran a Yatareni para escapar del acoso de Gustavo.

Ya habían pasado algunos años y ellos dos no se habían visto en ese tiempo, así que Mayra no sabía cómo comenzar a hablarle. Quizá pensaba que él estaba molesto por sus puntos de vista tan distintos. Así que siempre iba a comer a la Fonda de su madre con la esperanza de verlo.

Pero como no lograba nada, se le ocurrió una divertida idea, según ella: nos retó a un bunkasai, es decir a las competencias deportivas, y ahí, después de tantos años, se encontraron de nuevo.

Curiosamente, ninguno de los dos reaccionó como si conociera al otro. Pero ahora entiendo por qué aquel día del concurso de cosplay, cuando Gibrán vio a Mayra Palacios con su capa y su vestido negro, no la confundió con Mayra Páez. Ya la conocía muy bien, cosa que ahí mismo dijo.

Y por esa razón, Gibrán estaba muy confiado durante la competencia aunque la condición era que alguna de las dos Sociedades se disolvería. Porque al final, todo solo fue un rato de diversión entre los dos. Que creo que es lo que al final ella buscaba, aquello de la eliminación era solo un pretexto.

—Lo he pensado muy bien —Mayra Páez dijo al final—. Vine aquí escapando de mi exnovio, pero al final, disfruté mucho estar en Yatareni.

Se levantó y dijo con mucha firmeza:

—Planeaba al inicio irme de aquí para escapar de Gustavo, pero ya no hay necesidad. Creo que ahora ya puedo respirar tranquila, y más en un lugar tan lindo como este.

Y finalmente dijo algo impactante dirigido especialmente a su tropa:

—Muchachos lo siento. Desde un inicio les mencioné que este día llegaría, pero a partir de este momento dejaré el liderazgo de Nipponkenkyo.

—¿Qué cosa? —exclamamos todos sorprendidos, incluso los de su propia Sociedad, que se suponía que ya lo sabían de antemano.

Mayra les explicó de nuevo, que ahora que ya tenía todo lo necesario para arrancar con el proyecto de la empresa de animación, convertiría la Sociedad en una verdadera empresa de animación, que ella se encargaría de hacer todo el trámite legal y esas cosas pero Nipponkenkyo como Sociedad de anime dejaba de existir.

Eso significaba que ella, al dejar el liderazgo del grupo, automáticamente desaparecía la Sociedad, y en su lugar, se fundaría el estudio de animación, que llevaría el mismo nombre, y que, Mayra solo sería un miembro más de aquella nueva empresa.

—Fue un gusto darles ordenes, jeje —bromeó—. Pero ahora que seremos una verdadera empresa, no habrá un líder como tal, porque todos tendremos el mismo trabajo y las mismas responsabilidades.

Y agregó dirigiéndose a mí:

—Y tú, también formarás parte de esa empresa, de esa manera no tendrás que salirte de SPEED, y estaré a tu lado viendo cómo tu historia cobra vida.

Yo solo me quedé apenado después de lo que me dijo y no le contesté nada. Pero un poco de mi sintió una emoción tremenda cuando dijo aquello de que mi historia cobraría vida.

Y si con eso que dijo ya estábamos sorprendidos, pues remató con lo que dijo después.

Ella se acercó a Gibrán, extendió su mano y le dijo:

—Quiero unirme a SPEED.

Gibrán, que no se inmutó, porque, creo que ya lo veía venir, le correspondió el saludo a la chica y le dijo:

—Solicitud aceptada, bienvenida a SPEED.

Y se abrazaron. Los dos viejos colegas se reunieron finalmente después de tanto tiempo.

Quizá ambos querían hacer eso el día de la competencia deportiva.

Era una bonita estampa, y hubiera sido un buen final, de no ser porque, cuando se separaron, Mayra, manteniendo su sonrisa, le dijo algo que jamás nos esperábamos. De hecho, era algo que ni siquiera pensé que fuera posible.

—Y ahora que soy miembro de SPEED —le dijo señalándolo con la mano—. Te reto por el liderazgo del grupo.

Quedamos impactados por aquello.

Gibrán, que al parecer es muy difícil de impresionar, me daba la sensación de que ya sabía que ella pretendía retarlo, así que sin miramientos, se acomodó los lentes oscuros y respondió:

—Acepto.

Capítulo 40

Treinta y ocho

¿De verdad lo está retando por el liderazgo del grupo? Mejor dicho, ¿se podía hacer eso?

Ni siquiera Claudio, que era el miembro más antiguo de SPEED lo sabía. Por algo estaba reaccionando de la misma manera que todos nosotros.

Y el líder de SPEED se percató de nuestra sorpresa.

—Eso es porque nunca se les ocurrió preguntarlo —contestó Gibrán—. La norma existe y es algo que existe en todos los clubs del mundo, no solo de anime. Pero no es algo que los líderes te digan en tu primer día. Es algo que siempre se sabe por mera casualidad.

Pues ahora ya lo sabíamos, pero me pregunto que sí, ahora que ya conocemos esa regla, alguien más de la Sociedad se atrevería a retar a Gibrán, o a quien gane esta competencia.

—¿Y qué harán ahora? —pregunté.

Nos dirigimos todos, excepto los miembros de la ya extinta Sociedad de Nipponkenkyo, de nuevo hacia el parque donde había sido el primer enfrentamiento contra la Sociedad de Mayra Páez, aunque ahora que sé la verdad, creo que no puedo llamarlo enfrentamiento.

Llegamos a la cancha más grande y ahí Gibrán decretó el reto, ya que él era el líder al cual retaron:

—No perderemos el tiempo con juegos infantiles como la última vez, lo que haremos será correr dando vueltas a toda la cancha —anunció el líder de SPEED—. Daremos cinco vueltas, quien las complete primero, se convertirá en el nuevo líder de SPEED.

—¿De verdad quieres decidir el futuro líder de SPEED con una carrera? —replicó Mayra sonriendo un poco descarada mientras apoyaba las muñecas en su cintura.

—No me gustaría complicarme tanto —respondió Gibrán—. Puede que elegir el líder sea algo importante, pero quiero acabar con esto rápido.

—Como quieras —respondió mientras la chica hacia unos pequeños estiramientos—. Pero estoy segura que elegiste una competencia de

velocidad porque asumes que eres muy veloz.

—No lo asumo —le dijo mientras caminaban hacia la línea de salida, y. sonriendo, continuo—: Lo soy.

—Pues no eres el único —contestó la chica.

Los dos se pusieron en posición. Todos los demás nos quedaríamos a observar para ver que todo se llevara a cabo correctamente. Incluso pintamos una línea que simbolizaba la línea de salida y también nos encargaríamos de contar las vueltas que llevaría cada uno.

No supe exactamente cómo sucedió porque yo me encargué de trazar la línea de salida en el suelo con un trozo de carbón que encontré por ahí, pero alguien designó a Mayra Palacios para que ella diera el grito de salida. Seguramente fue Claudio.

Mayra Palacios, moviéndose tímidamente, se puso a un lado de la línea de salida cuando ya había acabado de dibujarla y los dos que competirían tomaron su posición ahí mismo.

La chica empezó una cuenta regresiva. Aunque trataba de sonar fuerte, su timidez hacia que se oyera despacio.

Al final gritó “Despegue” en vez de “Fuera”

Inmediatamente después de que Mayra Páez y Gibrán salieran disparados, no pudimos evitar murmurar unas risas. Lo siento. Sé que está mal reírme de ella, pero no lo hago por burla. De cierto modo ese tipo de cosas me causan un poco de ternura.

Tal y como pudimos comprobar, Gibrán corría a una velocidad impresionante, y, por momentos vi que adoptaba una postura extraña, extendía los brazos rectos hacia atrás y erguía mucho la espalda. Esperen, ya recordé dónde vi eso.

Curiosamente, sí aumentaba su velocidad al usar esa postura.

Pero Mayra tampoco se quedaba atrás. Ella no usaba esa misma manera de correr, pero se estaba acercando peligrosamente a Gibrán.

La postura de Mayra era más de una maratonista. He visto chicas correr así en los juegos olímpicos. Quizá Mayra es atleta, o por lo menos tiene conocimiento.

Durante la primera vuelta y parte de la segunda se mantuvieron a una velocidad constante, pero, a partir del final de la tercera vuelta

comenzaron a disminuir su velocidad.

Estaban comenzando a cansarse.

Parece ser que quisieron sacar toda su energía de golpe desde el inicio. Es una lástima que hicieran eso, quizá estaban demasiado confiados en que iban a ganar. O solo querían presumir, demostrarle al otro que no podía ganarle. De cierto modo, en eso se parecen esos dos.

La cuarta vuelta duró un poco más que las anteriores, porque, debido a su cansancio, su velocidad comenzó a disminuir. Pero definitivamente, ninguno se daría por vencido.

Incluso nos pareció que cuando se acercaban el uno al otro, conversaban entre sí.

Para la quinta vuelta, aumentaron un poco su velocidad, era su última oportunidad.

La diferencia es que, aunque Gibrán parecía que ya estaba dando el último esfuerzo antes de caer, Mayra sonreía como si estuviera confiada. Quizá esperaba que Gibrán se detuviera y se rindiera al ver su estado, eso haría que ella ganara por default.

Pero Gibrán no se detuvo, por el contrario, aumentó su velocidad.

Sin embargo, de nada le sirvió. La confianza que sentía Mayra se manifestó en un último impulso.

Enserio, no sé de dónde saca energía esa chica. Al final comenzó a dejar atrás a Gibrán cuando ya se acercaba a la meta. Gibrán entendió que había perdido.

La chica cruzó la meta y ganó la competencia.

SPEED adquirió su último miembro y cambió de líder. El mismo día.

Gibrán estaba muy exhausto y jadeaba demasiado. Apoyaba sus manos en sus rodillas intentando conseguir aire.

Mayra también, pero no se le notaba tanto.

Se acercó a su viejo amigo y le extendió la mano. Gibrán aceptó su derrota.

—No te sientas mal —comentó Mayra—. No pretendo robarte tu Sociedad, creo que has hecho un buen trabajo reuniéndolos y haciendo lo que más les gusta. De cierto modo, empiezo a entender tu punto de vista. Haré un

buen trabajo dirigiéndolos.

Y agregó mientras ponía sus manos en los hombres de Gibrán:

—Tú te convertirás en un sublíder que estará a cargo cuando yo no esté.

Gibrán sonrió.

—Espero que este cambio nos vaya para bien —dijo Claudio al ver los resultados.

—Yo creo que si —comentó Guadalupe.

—Ahora ya somos más mujeres que hombres —anunció Angelina.

—Siempre hemos sido más mujeres que hombres —comentó la pequeña Martina.

—Ojala no se aprovechen de eso —dije un poco en broma.

Mayra, entonces pidió que la llevaran a la base de SPEED.

Mayra Páez estuvo ya aquí antes, cuando le pedí que fuera a ver a Mayra Palacios y fue aquí donde se conocieron. Me parece que otras veces venia aquí a buscarla cuando yo le mandaba algún mensaje, pero en todo caso no fueron quizá más de cinco veces.

Esta era su primera visita a la iglesia, cuando ya albergaba a SPEED.

Ella entró y conoció el lugar en un recorrido que no duró más de diez minutos debido a lo pequeño del lugar.

Dio su visto bueno, pero según ella, le faltaban muchas cosas, tanto en material de estudio (refiriéndose al manga y anime) como a la iglesia en sí.

—Habrá que remodelarlo.

Mayra nos dijo que el siguiente sábado no habría reunión porque se encargaría de remodelar la iglesia en su totalidad. Quizá ella estaba pensando que los demás no estaríamos de acuerdo o pensábamos que ella aprovecharía la oportunidad para hacer y deshacer lo que quisiera, así que se nos adelantó y dijo que la espera valdría la pena. Y también nos recomendó que no nos apareciéramos por la iglesia en estas fechas y que

el sábado dentro de quince días nos daría una sorpresa.

Y efectivamente, fue una sorpresa tremenda. Fue una verdadera remodelación, a tal grado que en un inicio, no reconocimos el lugar.

Ella nos contó que durante ese tiempo, contrató a un grupo de trabajadores para que le ayudaran con los arreglos.

Y, como tiene dinero…

La iglesia ahora lucía un firme de concreto y cal pintado de color blanco en sus muros, que le daba un aspecto muy parecido al que podría haber tenido en sus días como templo religioso.

La vieja techumbre que tenía fue sustituida por una nueva, formada por una estructura de acero y láminas de asbesto.

Había ahora una puerta corrediza instalada en el hueco de la entrada a la iglesia.

Y también colocó cristales gruesos con grabados en los huecos de las ventanas para que no se metiera el frio.

Por dentro, también había aplicado concreto y cal a las paredes y había pintado todo de blanco. Además de haber aplicado un piso también de concreto, recubierto completamente por una alfombra roja.

Las paredes que nosotros habíamos instalado hechas de tarimas que no estaban muy fijas, ahora eran muros ligeros de tablaroca color blancos.

El acomodo de las habitaciones, por decirlo así, era un poco diferente. Mayra respetó la estructura y diseño original pero logró hacer que hubiera aún más espacio. No sé cómo lo consiguió, y eso que yo soy el arquitecto.

La que era la sala de espera, seguía cumpliendo su función. Ahora con sillones y sofás que, aunque pequeños, eran suficientes para todos, y en el centro una mesa de cristal.

La chica dijo que se podían apilar los sillones en un rincón y remover la mesa para adaptar ese espacio y otro al lado para pasar la noche ahí.

La biblioteca de manga y anime ahora estaba más completa. Habían manga en japonés, DVD’s y blue rays originales de animes, incluso ediciones especiales y colecciones raras.

Aquí también, la chica metió la cafetera, el horno de microondas y otros aparatos que Gibrán había prometido poner alguna vez y no lo hizo. Y

también este lugar fue adaptado para que se pudiera dormir aquí al remover los muebles.

La habitación donde veíamos el anime también había cambiado bastante. La vieja televisión que teníamos fue sustituida por una pantalla de plasma colgada en la pared, y un equipo de sonido estéreo que nos envolvía como si estuviéramos en el cine.

Todo esto, toda la electricidad del recinto, funcionaba gracias a un panel solar que se había instalado en la techumbre. Ya no teníamos necesidad de colgarnos.

Y en la parte de atrás, donde estaba antes el altar y donde se encuentra la pared curva, Mayra no supo qué poner, debido precisamente a la forma del lugar. Así que solo se limitó a poner una puerta corrediza y dejar todo como estaba ahí. Después bromearía diciendo que esa era una prisión para los que cometieran alguna falta contra la Sociedad o contra el manga y el anime.

Todos estábamos encantados con las nuevas instalaciones, el nuevo equipo, la nueva sede.

Aun si Gibrán hubiera estado resentido por haber perdido el liderazgo de SPEED, con esto definitivamente se le hubiera olvidado. Ahora éramos verdaderamente un club de anime, o mejor dicho una Sociedad.

Pensar que hasta hace poco tiempo sentía pena ajena de todas las cosas que hacían estos chicos. Y ahora, también voy formando parte de esto, y le voy encontrando el gusto.

No esperaba algo como esto en el momento en el que me mudé a este pueblo, pero, creo que no hubiera podido pedir otra cosa mejor.

Quedarme en este pueblo será de lo más interesante y divertido.

Y así, comenzó la primera reunión de SPEED presidida por la nueva líder.

Capítulo 41

Mensaje del autor

Comencé a escribir esta novela un 8 de agosto de 2018. Antes de eso, dudaba si podría siquiera terminarla. A lo que me refiero es que, con otro proyecto que llevaba meses pausado, no sabía si una novela como esta, que en esencia es un slice of life podría salir adelante. El problema con los slice of life es que las cosas que se cuentan ahí son cotidianas, es decir, no salen como parte de una trama bien planeada porque todo aparentemente sucede al azar, y creo que ese es el mayor reto a la hora de escribir una historia de este tipo, hacer que tu historia no sea aburrida como la vida misma, hay que dotarla de personajes y acontecimientos interesantes.

Dando un vistazo a todo lo escrito en este primer volumen y a todo el trabajo de estos cuatro meses, me doy cuenta de que ha sido un poco complicado, pero también divertido de algún modo, pero imagino que todo eso es porque, al escribir todo esto, me evoca la sensación de que yo también soy un nativo de Yatareni, y junto a Eliseo, las dos Mayras, los chicos de SPEED y los demás habitantes del pueblo, también voy viviendo junto con ellos sus aventuras.

Espero que ustedes también, al leer esta historia sientan lo mismo, y entonces supongo que habré conseguido mi objetivo. A decir verdad, estoy un poco sorprendido por haber escrito todo esto y llegar hasta acá, además de la incipiente popularidad que estoy comenzando a tener en la página donde publico esta historia, y me da gusto que les esté agradando, así como también me siento genial cuando me doy cuenta de que creo que la historia está saliendo como lo tengo planeado, pero aún hay muchas otras historias que contar acerca de Yatareni y sus habitantes. Por ahora esperen hasta que tenga los siguientes capítulos para poder sacar el segundo volumen. Dejaremos un poco las ocurrencias azarosas para darle un poco más de vida a este bonito pueblo.

Desde un pequeñísimo rincón de una casa muy grande. Noviembre de 2018